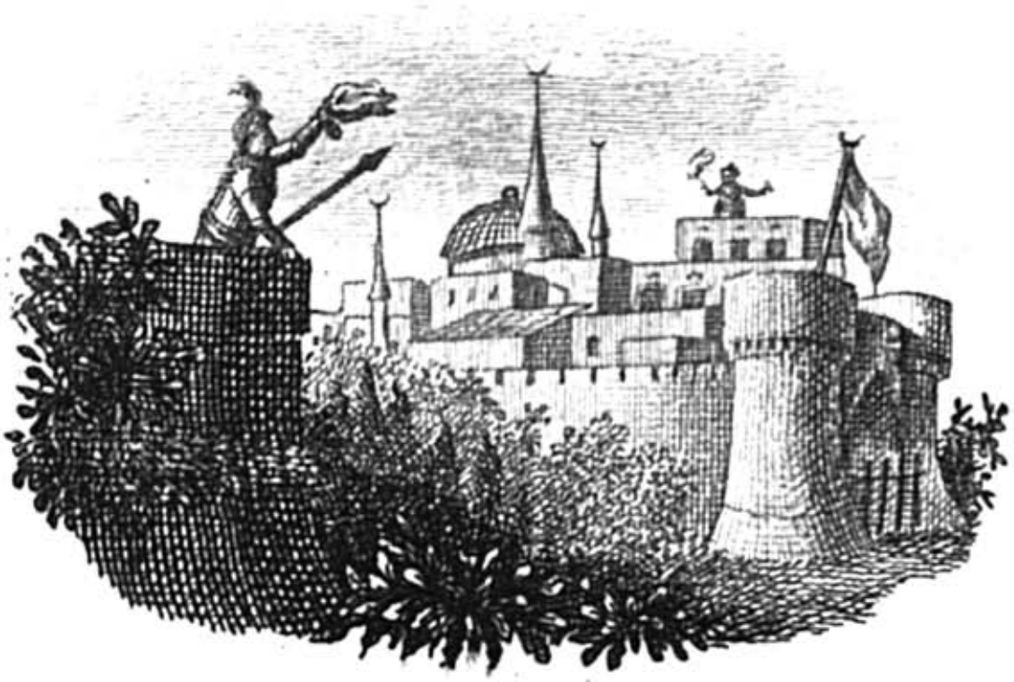
LA CONQUISTA
DE VALENCIA
POR EL CID.

LA CONQUISTA DE VALENCIA

POR EL CID

Novela Historica Original,

Por Estanislao de Cosca Vuyo.



T.º 2.º

VALENCIA,

Imprenta de Mompie. 1831.

Feodoro Blasco lo grab.º

JOAQUIN ENTRAMBASAGUAS Y PEÑA

R. 5153

INDICE

DEL TOMO SEGUNDO.

CAPITULO NONO. *La aparicion.* 3

CAPITULO DÉCIMO. *El asalto de Villanueva.* 36

CAPITULO UNDÉCIMO. *Los dos enamorados.* 69

CAPITULO DUODÉCIMO. *Los embajadores persas.* 112

CAPITULO DÉCIMOTERCERO. *La sorpresa.* 148

CAPITULO DÉCIMOCUARTO. *El Cid y Ximena.* 188

CAPITULO DÉCIMOQUINTO. *El caballero del Águila.* 230

CAPITULO ÚLTIMO. *La entrada triunfal.* 286

LA CONQUISTA
DE VALENCIA
POR EL CID.

CAPITULO NONO.

La aparicion.

La esperanza de ver humillado y vencido á sus plantas al soberbio héroe de Castilla halagó tan dulcemente á Abenxafa durante los momentos de la revuelta, que cuando se le escapó la presa de las manos probó una especie de desesperacion di-

ficil de contener. Bien hubiera deseado haber esgrimido su espada al frente de los sediciosos agarenos; pero en primer lugar no osaba ofender á las claras á Elvira y provocar su resentimiento; y por otra parte estaba tan lejos de adivinar el desenlace de aquel drama, que opinó inatil su presencia. El éxito sin embargo demostró la fragilidad de sus proyectos: porque la suerte que se rie muchas veces de los humanos antojos se complace en rodar en siniestro de los demasiadamente confiados, para hacerles ver que es árbitra y soberana en distribuir las gracias, y que todos deben acercarse á su trono con respetuoso recelo. El plan del desalmado árabe era en estremo alevoso é inhumano: poner una cadena á los pies del primer hé-

roe del cristianismo en aquella edad, reducir su esposa á la esclavitud, y dar la mano á su hija de grado ó al redopelo, fueron los primeros pensamientos que asaltaron su mente. A las amorosas delicias debian seguir los encantos de la ambicion que no les van en zaga: vencedor del egército del noble Cid, el que seria facil destrozar perdido el caudillo, correria á conquistar los castillos, plazas de armas y pueblos que poseía Rodrigo; y aun obligaria á los Reyes que pagaban parias á este á que siguiesen satisfaciéndole los tributos por una natural consecuencia del vencimiento. Sueños tan deliciosos se desvanecieron en un punto, y el que solo pensaba en triunfos y regocijos tuvo bien pronto necesidad de formar sin dilacion

un plan de defensa bien combinado para hacer frente á la pujanza é indomable ardor de los castellanos que estrechaban mas y mas el sitio. Por bastantes siglos han sido obgeto de la admiracion la hidalguía y el heroismo de los sitiadores, y el sufrimiento, valor y despecho de los sitiados.

Verdaderamente que mirado á buena luz parece imposible que en una edad en que las pasiones eran feroces y frecuentes los populares tumultos, rayase la constancia de los musulmanes en el estremo de la desesperacion. Pero esta sorpresa desaparece del todo, cuando consideramos que defendian la tierra natal de sus hijos, el pais mas fertil de Europa que ellos habian enriquecido con sus conocimientos agrícolas, y que no desmerecia bajo ningun tí-

tulo el dictado de Campos Eliseos con que era conocido en Africa. En efecto: Valencia en el siglo décimotercero era el emporio de la agricultura, llevando gran ventaja á las naciones mas civilizadas: y esta verdad queda demostrada hasta la evidencia, cuando vemos á la Francia confesar en nuestros dias que el sistema de riego y los reglamentos de su admirable tribunal establecidos ya en aquella época faltaban para completar su legislacion. Los hombres pues, que al incentivo de un culto opuesto unian la defensa de dones de tanta cuantía, sacaban á plaza su arrojo, y brillaban con heroicos rasgos que la ilustracion no permite denigrar.

Pero la libertad de Rodrigo no habia causado tanto dolor á Aben-

xafa, cuanto era el placer que de ella resultaba á las ilustres castellanas. Permanecieron estas en el circo hasta que vieron salir libre al inmortal Campeador cubierto de laureles y de gloria que sus hazañas y virtudes le concedian. Entonces embriagadas con el inesperado placer de haber gozado su presencia, y llenas de la ufanidad que les daba tan bello triunfo, regresaron á palacio á desahogar la una en brazos de la otra la inesplicable ternura que no habian osado mostrar en el pabellon. Apretó Ximena á su hija contra su seno, y prodigándola repetidas caricias que quizás estaban destinadas en su corazon á otro obgeto, le dijo: = ¡Le hemos visto, Elvira! ¡Le hemos hablado, y su delicioso acento ha henchido la medida de mi go-

zo! ¡Ah! ¿donde se hallará un esposo mas tierno que mi Rodrigo que atropella y vence mil muertes por decir una palabra á su Ximena? ¿Podria exigirse mas de un amante, en cuyas venas ardiese la llama de la juventud? ¡Oh, esposo del mi alma! añadió alzando los brazos y cruzando las manos; cien corazones tan amantes como el mio eran poco para pagar dignamente tu cariño: el aire que respiro, la luz de mis ojos, los latidos de mi pecho, todo te lo debo; un recuerdo tuyo me hace la mas feliz de las mugeres, y una sola mirada me enloquece y enagena.

Calló, y tornó á abrazar una y otra vez á la doncella: pero aquellas imágenes de conyugal ventura habian despertado en Elvira doloro-

sas sensaciones. Acababa de presenciar con indecible embeleso las dichas de sus padres, que eran para ella una prueba de que si algun verdadero contentamiento existe en el mundo, debe buscarse sin duda en dos personas que se aman y que estan unidas por el sagrado lazo del matrimonio. Esta idea era como un rayo que destruía su existencia moral: porque la creida muerte del caballero del Armiño la privaba para siempre de la halagüeña esperanza de gozar semejante felicidad. Conmovida, pues, y arrebatada por la certidumbre de la desgracia que es terrible para los humanos, pasó su brazo por la cintura de Ximena, y esclamó: = ¡Oh, por cuan felices podemos tenernos, madre mia; pues nos ha cabido por suerte un varon

tan grande y tan virtuoso! Entre las muchas espinas que rodean y martirizan la vida, pueden cogerse algunas flores que ofrecen las virtudes y el amor: vos, adorada madre, habeis probado la dulzura de estas flores, pero vuestra hija solo descubre para ella las agudas puntas que sobresalen en el tallo de la rosa.

= Hija mia, respondió la matrona con prontitud; ¿que dices? ¿Será posible que en el lozano verdor de tu existencia pruebes ya la hiel del infortunio? ¿Y me encubres tus pensamientos, ingrata, cuando las niñas de mis ojos no me son tan queridas como tú? ¡Ah! Elvira: considera que no te habla una madre, sino una amiga, una compañera de infortunio de quien eres el único consuelo. ¿Has olvidado acaso que

te llevé nueve meses en mi seno, que te dí á la luz con riesgo de la vida, y que te alimenté con la sangre de mis venas? Aun estan bien presentes en mi imaginacion tus infantiles juegos y aquellos graciosos rasgos que presagiaban desde la cuna tu belleza. Elvira mia, ¿tan pronto quieres anublar los placeres que inundaban el alma de esta ausente esposa? No, ábreme tu pecho, deposita en mí tus secretos, parte con la amistad las penas que te agobian, y está segura de hallar en mí el alivio que deseas. ¡Se tornan tan ligeras las penas comunicadas! Conozco las debilidades de nuestro sexo, y no temas que mis labios se abran á la queja; porque no las rípidas reprensiones, sino los suaves consejos endulzan la desgracia.

Hablando asi imprimia cariñosos ósculos en las frescas megillas de la joven, besábale las manos, ceñia con los brazos su cuello, clavaba en los suyos los ardientes y amorosos ojos, y procuraba con sus ademanes significar que á la par de buena esposa era tambien amantísima madre. Correspondia Elvira á estas pruebas de maternal amor con igual entusiasmo, porque cada palabra aumentaba su conmocion: y hubiera mas de una vez interrumpido á Ximena, si no lo impidiera la ternura que la agitaba.

=No sigais, señora, no sigais; que no es de diamante mi corazon para no abrirse á la voz del afecto, respondió Elvira. ¿Será un delito la sensibilidad para que tema confesarla á mi querida madre, á quien no

hubiera dudado nunca referir los mas graves deslices? Escuchadme con indulgencia, y considerad que no hay doncella alguna que sea superior al mérito, á los ruegos y á la constancia, cuando la pasion amorosa es mas sutil que el aire que por cualquier resquicio penetra y hiere nuestra imaginacion. No habreis sin duda puesto en olvido el último torneo que se celebró en nuestra villa de Vivar, al que convidadas por nuestro padre asistieron las mejores lanzas de la cristiandad, corriendo de los mas distantes puntos de la península. Recordaros la pompa, gala y regio tren con que se presentó un caballero, cuyo yelmo ornaban blancas marlotas, y en cuyo escudo se veía grabada una nivea azucena sobre campo de oro, pintaros el

marcial arrojo con que entró en la liza, y los premios que en aquella jornada ganó, fuera repetiros lo que sabeis; porque no es facil olvidar al que derribó por tierra á los mas diestros paladines, y al que sin duda hubieran proclamado los reyes de armas vencedor del torneo, á no hallarse alli mi padre nunca vencido en lid alguna. El riguroso incógnito que conservó este caballero privó al concurso de saber su nombre: y todos se perdieron en vanas congeturas, procurando adivinar quién era aquel valiente y modesto aventurero de la azucena. Por mí sé deciros que sentí una suave impresion que sus gracias é hidalgo arrojo hicieron en mi pecho: pero estaba lejos de pensar que ni de industria ni por acaso hubiera fijado

en mí sus ojos el héroe: tanto fue su recato y comedimiento.

Lució aquella noche, y como en regocijos de esta clase probamos siempre las jóvenes sensaciones demasiado vivas que nos dejan afectadas, quise buscar en los armoniosos sonidos de mi arpa la calma que habia huido de mí. Habíame colocado en mi estancia de espaldas al jardin iluminado por la luna que se levantaba de frente, y ví cruzar una sombra por delante de mí producida á mi entender por algun obgeto que paseaba el vergel. Aumentóse mi desasosiego: pero como la música es hecha de una alquimia de tal virtud que lo mismo tranquiliza las ligeras impresiones que las grandes, á cortos instantes puse en olvido la sombra, y seguí preludiando en el

arpa caprichosas sonatas. Interrumpió á deshora mis sonidos una voz dulce y varonil que cantó graciosamente este

ROMANCE.

¿Que vale enristrar la lanza
Ni vestir bruñido acero,
Si las flechas del amor
Traspasan cascos y petos?
Piensa el paladin lograr
Alta prez en el torneo,
Y antes de herirle el contrario,
Le hieren dos ojos negros.
Buscando su luz hermosa
Olvida mas alto premio;
La beldad el pecho alienta;
Será mucho su denuedo.
Mira por entre las barras
De la visera á su dueño,
Cada vez que tiende el brazo

La nuda espada esgrimiendo.
  Y cobrando nuevo brio
Con la vista del lucero,
Cuyos rayos le enardecen,
Pelea con noble fuego.
  Revuelve airoso las riendas
A su contrario siguiendo,
Le acosa, acuchilla y vence,
Y aplaude su triunfo el pueblo.
  ¿Juzgais que debe la prez
Que ha logrado el caballero,
Al temple de su armadura,
O á sus marciales alientos?
  Los ojos de esa hermosura,
Que lleva á la espalda sueltos
Con el zéfiro jugando
Los atildados cabellos,
  Le dieron tan alta gloria
En un simultáneo encuentro;
Que sin dama que le inflame,
No hay denodado guerrero.

Cuando puso fin á su canto, habíame yo asomado á la ventana, y miraba al paladin de la azucena, que recostado sobre el tronco de un arbol me saludaba con respetuosos ademanes, como significándome que era yo el blanco de sus cantares. Quise retirarme; pero su acento era tan melodioso, y tenia tan presente la pujanza con que levantó de las sillas é hizo perder los estribos á los mejores ginetes, que no acertó á mover la pesada planta. Ya entonces se habia acercado el joven con la visera alzada, y dejaba ver unos luengos rizos de azabache contrastando maravillosamente con el nevado color de su tez: pedíame perdon de su atrevimiento con tan blandas y espresivas palabras, que no hallé modo de airarme por mas que

lo procuré, y asi fingiendo enojo como mejor supe, le respondí suavemente, y le mandé no comparecer ante mi presencia segunda vez. Juró obedecerme, y me rogó por favor si queria concederle el que desde aquel dia fuese mi secreto caballero para tener una deidad, segun él decia, que le acorriese y alentase en los combates. Principió desde entonces á mostrarse tan afectuoso, tan cortés, tan denodado y tan obediente, que aunque en todas partes le veía lucir sus habilidades y donosura, nunca osaba alzar los ojos á mirarme por no ofenderme. Era yo para él como una estrella que le guiaba á los sitios mas arriesgados, y adonde quiera que habia laureles que coger, contentándose con ofrecérmelos sin aspirar á mas pre-

mio que el que admitiese yo propicia estas ofrendas. Asi pasaron los hermosos dias de mi primera juventud en Burgos, hasta que partimos al monasterio de San Pedro á causa del destierro de mi adorado padre. Nunca mas oí hablar de semejante guerrero, ni aun sabia su verdadero nombre, pues no se lo habia preguntado la única vez que le hablé. En esto emprendimos nuestro viage al castillo de Cebolla, y caimos en poder del malvado Abenxafa: creció con este golpe mi desconfianza de tornar á ver al denodado mancebo que tenia por timbre una humilde azucena. Llamóme cierto dia la esclava Aldara, y me dijo: = un guerrero disfrazado del campo cristiano ha llegado á advertiros que el caballero de la azucena que ha

trocado este título por el del Armiño os espera á la orilla del Turia, habiendo atropellado cuantos peligros ha encontrado en su viage. No pude poner freno á mi gratitud, y vistiéndome en trage moro, salí, le oí, y le hablé. Nuestro encuentro fue feliz, porque ni uno ni otro sufrimos contratiempo alguno: hasta que el malvado Dolfos arrastrándole engañado á esta ciudad cortó de raiz las halagüeñas esperanzas que habia yo concebido de ser dichosa en brazos de un caballero, cuyo valor y generosas prendas le hacian de todo punto digno de aspirar á mi mano.

Muda y embelesada escuchó Ximena á su hija, porque habia recelado al principio algun desman, y solo hallaba al presente causa para

alabar la cordura y altos pensamientos de Elvira. Reputara sin duda la matrona por delito el que hubiesen rendido á Elvira los encantos de un atildado y barbilindo joven: pero que la enamoraran los botes de lanza, la hidalguía y bravura de un paladin de renombre, era para ella la cosa mas natural del mundo: tales eran las ideas que en aquel siglo se tenian del mérito. Asi es, que prodigando nuevas caricias á la doncella, la contestó entre amorosa y placentera: = No dudaba yo, dulce hechizo de mis ojos, que nuestras ideas eran harto semejantes para que no te arrastraran como á mí el heroismo y la nobleza: conozco que no en vano circula por tus venas la generosa sangre de Rodrigo de Vivar, de quien eres el mas fiel trasunto.

Pero ¿que quieres, amada Elvira, que te diga? ¡Ah! nunca cesaré de subir al cielo de la alabanza la serenidad esterior con que viste á tus pies la cabeza de tu amante sin arquear las cejas por no descubrir ante un musulman tu afecto, y mostrarte superior á las humanas pasiones. Permita el cielo que puedan bien pronto los ósculos de tu padre pagarte ese rasgo de superioridad moral digno de su ilustre hija. No, no desconfies de ser feliz: las virtudes y los esfuerzos heroicos de nuestro corazon rara vez dejan de tener premio.

= Es verdad, madre mia, la interrumpió Elvira: pero cuando las tinieblas de la noche separan de nosotros los obgetos que nos son queridos, cuando la eternidad opone su

muro de bronce entre dos almas, ¿que se puede esperar ya en este valle de desdichas? El acero que cercenó su cabeza, destruyó mi ventura, como pulveriza un rayo las ramas del arbol. No os juzgo capaz de que creais que en mi pecho puedan encenderse dos llamas: apagada la primera que ha ardido en él, queda el humo del infortunio para ahogar cuantas delicias pudieran rodearme. Pero no, todavía existen mis amados padres, añadió abrazando á la matrona, y en su seno encontraré la tranquilidad y otro amor mas puro y sosegado. De hoy mas solo me restan los suaves goces de este cariño: él pondrá en olvido pasiones menos legítimas: él derramará bálsamo sobre las heridas que la desgracia ha abierto. ¿No es cierto,

madre mia? ¿No es cierto que mi narracion no ha disminuido la ternura con que me amais?

= ¡Disminuirla! esclamó Ximena. ¿A quien mas que á una madre pueden interesar tus infortunios? Pero estás muy conmovida, y esta conversacion te afecta demasiado: sal, hija mia, á espaciarte por la vega, y quizás las gracias de Gil Diaz te restituirán la alegría. Ten siempre presente que el cielo pocas veces olvida á la virtud.

= Ese será mi único consuelo, gritó Elvira besando la mano de la matrona. Tras esto se encaminó á la orilla del Turia melancólica y afligida en compañía del escudero que no osaba hablar por no dar enfado á su señora. Sentíase la doncella sin fuerzas para andar, y se sentó á la

puerta misma del jardin que besaban las aguas del humilde rio. La soledad que reinaba en aquel sitio, su conmocion interior, la vista de la corriente que mansamente pasaba como pasan los dias del hombre, todo aumentó su tristeza. La imagen del enamorado caballero no se apartaba un punto de su imaginacion: y queriendo de una vez apurar el caliz del dolor para alejarle despues de sus labios, dijo á Gil.

=Dias hace que deseo, amigo Diaz, que me cuentes como mejor puedas las circunstancias de tu prision la noche que seducido y engañado cayó en manos de Abenxafa el valiente caballero del Armiño.

=Eso haria yo de muy buena gana, contestó el criado, si supiera otra cosa sino que un descomunal y

mal aconsejado caballero asió de mí á todo su talante, y me sepultó en el batel sin decir esta boca es mia: y que llegados despues á una alameda de árboles donde le esperaba no sé qué princesa, comenzaron á salir por aqui, por allá, no sino por acullá tantos moros, que no fuera posible contarlos. Solazáronse algunos conmigo azotándome bonitamente, mientras otros se ocupaban en desarmar y poner cadenas al atrevido caballero, que á mi cuenta debe á estas horas de habitar el otro mundo. Por mi parte sé deciros que me dí á entender que aquello era justo castigo que le enviaba el cielo por haberme zambullido sin piedad en el barquichuelo contra toda razon y buena ley. Pero por algunas burlas del bellaco de

Vellido, saqué en limpio del borrador de sus mentiras que el tal caballero no me tenia ojeriza, sino que todo fue obra de no sé qué embuste de Dolfos que es muy hazañero y capaz de levantar una figura al mismo sol.

= Asi será, repuso Elvira: porque el paladin del Armiño no te conocia, y dió crédito á las razones de un traidor regicida que tiene bien merecido el castigo que tarde ó temprano ha de caer sobre su cabeza.

= No diga su merced eso, la atajó Gil, porque toda mi desgracia nació de haber pronosticado á Vellido que moriria en sitio elevado; por cuyo pronóstico se puso tan colérico conmigo, que estuvo en un tris el que no me hiciese tasajos. La ver-

dad sea dicha, que es un malvado sin alma, y que en su casa hay un tubo ó tufo á infierno, que juntamente con el resonar de las cadenas, el crugir de los hierros y el continuo humo que se ve no dejan duda de que está tan condenado como Mahoma. Mas de una vez he visto yo durante mi cautiverio que por las bardas de un jardinito que tiene asomaban algunas ánimas con tocas blancas, entre las que reconocí facilmente la del Rey Don Sancho y la del caballero del Armiño. Ambas me miraron y se sonrieron, como para significarme que eran cristianas, y que no venian á hacerme daño alguno, sino por el contrario á consolarme y traerme la paz: y aun otro dia las ví vestidas con los trages mismos que usaban aqui bajo,

por cuyo motivo creí que iban á acometer á Vellido, pero estuviéronse reposadas y tranquilas esperando quizás que muera para haberlas con él.

= Todas esas visiones, replicó la hija del Cid, son efecto de tu imaginacion que debia estar soñando de miedo como acostumbra; que las almas de los muertos, si han sido buenas, se estan gozando de la presencia de Dios, ó si fueron malas, harto tienen que sufrir en el abismo: y ni unas ni otras vienen por acá á poner pavor á nadie.

= Ahora digo y afirmo, gritó el escudero, que es su merced hija de su padre, que asi quiere creer en fantasmas y apariciones como volar. ¡Válgate el Diablo, y que de incrédulos aparecen por esas tierras! De

perlas tomaria el que asomara por ahí el caballero á quien engañó Dolfos, tan solo porque cayera su merced del error en que está.

=Aun regalaria yo al señor Gil una buena joya por la aparicion, dijo Elvira.

Era entonces la hora del crepúsculo de la tarde, y principiaba á señorearse el silencio por la apacible vega. Ni los árboles se mecian, ni el rio murmuraba deslizándose con mucho remanso, ni piaban los pintados pajarillos que se habian retirado á sus humildes nidos. Al pronunciar Elvira las últimas palabras, sonó á deshora un ruido en el fondo del Turia, y abriéndose paso por la superficie del agua, salió un guerrero cubierto de todas armas, y corrió adonde el criado y la doncella

estaban. Volvieron ambos la cabeza, y al reconocerle esclamó Gil: = ¡vive Dios, que ahí teneis el alma del caballero del Armiño como la ví la última vez!

= ¡Él es! gritó la hija del Cid, y cayó rendida á un mortal desmayo que de todo punto la privó del conocimiento: pero ya Gil mas ligero que el zéfiro habia desaparecido huyendo del armado paladin que sintió á par de muerte el susto que habia causado á su amada. La levantó suavemente del suelo, y la sentó en un escaño lleno de temor por los gritos que daba el criado en palacio, pidiendo que acorriesen á su señora, y la librasen de las ánimas en pena.

Habia sabido el caballero del Armiño que Elvira se hallaba entonces alli, y deseoso de verla y acla-

rar la verdad de los hechos, resolvió dirigirse por dentro del rio á guisa de diestro nadador contra los consejos del anciano Hamete que le representaba con viveza los peligros que podia correr. Quiso la suerte que el prudente y cauto Hakim adivinando lo que sucederia le siguiese de lejos por la orilla: y asi luego que llegó se sentó al lado de la doncella castellana, sosteniéndola con sus manos, y dijo al caballero: = Si aprecias en algo tu vida y la mia, retírate antes que tu imprudencia nos acabe de perder.

= ¡Y no podré hablarla! esclamó el del Armiño.

= ¿Ves los efectos de tu ligereza, gritó el anciano con gravedad, y todavía insistes? ¿Conoces tú mismo el riesgo en que has puesto la

vida de la joven? Sálvate, amigo mio, que yo cuidaré de conducir á su habitacion á esta doncella: te lo pido en nombre de la madre que tanto amas.

El guerrero alzó los ojos al cielo en ademan desesperado, y partió aceleradamente como un furioso; mientras Hamete tomando el tono de serenidad que le era natural condujo á su aposento á Elvira, y la entregó á su desconsolada madre.

CAPITULO DECIMO.

El asalto de Villanueva.

Luego que El-Hakim dejó en su aposento y en brazos de Ximena á Elvira, se dió prisa en ausentarse para acorrer al caballero del Armiño, y evitar las preguntas que sin duda le dirigiera la matrona castellana. Recobróse poco á poco de su pasmo la doncella, cuando ya Gil Diaz habia esplicado punto por punto la causa de su accidente, atribuyéndolo á justa venganza del cielo por no dar crédito á la aparicion que habia referido á su señora. Abrió

esta los ojos lánguidamente, y fijándolos en los que la rodeaban, esclamó con voz debil. = ¡Ha desaparecido la vision!

= Hija mia, respondió Ximena, algun misterio encierra lo que has visto: por ahora tranquiliza tu espíritu, y date paz y sosiego en esto de creer la realidad de las sombras. ¿Quien sabe si todo será una ilusion, ó un resultado natural de la magia? No ignoras que los árabes tienen en opinion de mago á El-Hakim, y dicen que ha hechizado á Abenxafa para lograr en su avanzada edad ser su favorito; hame parecido que era él quien te ha subido desmayada: y podrá ser que el malvado moro haya usado contigo de ensalmos y encantamentos para dar gusto á su perverso señor.

=Por el omnipotente Dios juro, gritó Gil, que su merced se engaña, y que en este negocio no ha puesto la mano ningun encantador, ó mienten mis ojos que vieron clara y distintamente al caballero del blanco animal en el mismo ser y figura que tenia la malhadada noche de mi prision. Asi llueven monedas de oro, como es verdad cuanto digo: y ahí está mi señora Doña Elvira, que si no afirma lo mismo que yo, me arrancaré las barbas á araños.*

=No lo dudeis, madre mia, dijo la joven: armado y valiente como se ofrecia siempre á mi vista ha salido del fondo del Turia dirigiéndose con gentil continente hácia nosotros. Venia tan resuelto, con un rostro tan natural y tan poco demudado, que me avergüenzo de no haber teni-

do valor para hablarle. ¡Oh cielos! ¿quien sabe los secretos que me habria revelado?

=¡Voto á mí! añadió Gil: ¡y como su merced tiene vendada la razon que no conoce que el haberse aparecido el tal guerrero fue burla del diablo por haberse reido de mi narracion! pues á fe de bueno, que pensé que cargaba con nosotros, y se nos llevaba por esos aires caballero sobre una nube.

A pesar de los disparates del escudero, la hija del Cid pensaba lúgubremente de aquella escena, revolviendo en su imaginacion contrarios pensamientos que despertaba en ella la lucha de sus ideas, pugnando en opuesto sentido con lo mismo que habia visto. A no haber mirado á sus pies la cabeza que creía ser de

su amante deslumbrada por el yelmo que en verdad era suyo, hubiérase dado á entender mas de una vez que vivia el paladin del blanco escudo: pero como por una parte no debia dudar en su concepto de la muerte de aquel héroe, y por otra era evidente que salió de las aguas del Turia, no podia menos de persuadirse que se le habia aparecido el alma del caballero con el designio quizás de comunicarle alguna nueva de gran importancia. En estas dudas y pláticas estaban cuando los relinchos de los caballos y sus carreras junto con el son de los alelíes y las voces de los almoravides implorando á Mahoma, las pusieron en mucha admiracion. Parecia hundirse la ciudad y venir á tierra los muros, segun el volcánico tumulto

que reinaba, causado por la proximidad de las haces del Cid. Pero antes de referir este acontecimiento, será preciso volver un poco atras, y cambiando de escena trasladarnos al campamento cristiano en el punto mismo en que se ausentó el caballero del Armiño confiando la custodia del sagrado estandarte al denodado Ordoñez de Lara.

La lumbre del naciente dia brilló en un cielo limpio y despejado, serenada la borrasca de la noche: y el centinela comenzó á pasearse triste y pensativo con la tardanza de su compañero de armas. Recelaba que hubiese emprendido alguna aventura demasiado peligrosa, en la que su arrojo é hidalguía le precipitaran en una muerte cierta. Con este pensamiento deseaba de todo punto la

hora del relevo, que en efecto no tardó, para ver si conseguia averiguar el camino que habia tomado el guerrero, y seguirle á todo trance, y partir con él los riesgos que le rodeasen. Pero todas sus diligencias fueron inútiles, y no solo no pudo rastrear huella alguna del valiente joven, sino ni aun hallar persona que le conociese. Convencido, pues, de la inutilidad de sus pesquisas, entró en la regia tienda de Rodrigo con melancólico semblante, y dándole cuenta de los sucesos de aquella noche, le dijo: = Hemos perdido sin duda una de las mejores lanzas del egército, y diera por salvar su vida ambos brazos á todo mi talante. No es posible sino que con su marcial denuedo y generoso ánimo haya intentado librar él solo

á tu familia, y haya perecido á manos de la traicion.

=No sé qué decirte, respondió el Cid, porque en este punto me acaban de anunciar que mi escudero á quien algunos soldados vieron sentado á la orilla del mar cenando con mucho reposo á la luz de la luna, no parece aunque le han buscado por todo el campamento.

=No hay mas, replicó Ordoñez, sino montar á caballo, y entrar lanza en ristre en Valencia á ver si podemos dar en lo cierto de estos acontecimientos. Aunque será dificil hallar un perro que quiera informarnos de la verdad, que en su boca no puede menos de trocarse en mentira.

=Asi es, añadió Rodrigo; y lo que yo entiendo que puede hacerse

en este caso, es llamar al soldado Reynaldos que sabe de coro todas las trazas y hazañerías del mundo, y que envasado en un trage morisco penetre á la ciudad, y averigue y nos diga si estan ó no en Valencia. Porque vive la orden de la caballería que profesamos, que no sé qué pensar de tan estraños sucesos: y que si como parece cierto han sido hechos prisioneros en mi propio campamento, podemos reposar sosegadamente. Aunque no sé por que presumo que aqui ha de haber misterio y que mi pobre escudero ha sido víctima de la perfidia.

=Déjate estar, repuso Ordoñez de escuderos, que mas vale la cola del caballo de mi compañero de armas, que cuantos escuderiles espantajos asoman por esas tierras. Y date

prisa en eso de enviar disfrazado á Reinaldos, que no tendré paz ni tranquilidad hasta saber el paradero del invencible paladin del blanco escudo.

Llamaron efectivamente al soldado, y despues de haberle llenado de ricas dádivas y presentes, le dieron las necesarias instrucciones, y le despacharon á la ciudad rogándole volviese cuanto antes á avisarles de lo que ocurriese. Partió Reynaldos tan otro de lo que era, que no fuera posible trastejarle y reconocerle: con lo cual se aquietó el de Lara, y mitigó un tanto sus zozobras el Cid que amaba tiernamente á su escudero, ya porque le servia desde mozo, como queda dicho, ya tambien por su natural alegría que en todas partes se grangea amigos. Dos dias pasaron sin que tuviesen nueva al-

guna de Reynaldos, ni menos de los desaparecidos caballero y escudero: pero regresó por último el soldado anunciando la muerte del paladin del Armiño, cuya cabeza decia haber visto á la puerta de palacio, y la esclavitud de Gil Diaz, quien le habia referido algunas de las circunstancias de su cautiverio. En resolucion, rastreando noticias de aqui y de allá se habia dado tan buena maña Reynaldos, que punto por punto puso en claro la verdad del hecho, descubriendo hasta el nombre del traidor Vellido que habia estado en el campamento cristiano. Apoderóse la indignacion de los generosos ánimos de aquellos valientes acostumbrados á vencer á sus enemigos al cielo abierto y cuerpo á cuerpo, y que por lo mismo detestaban la

falacia y la traicion. El entusiasta Ordoñez hacia desesperados ademanes al oir tan negra perfidia; pidiendo á voces la sangre del bárbaro musulman que tan indignamente habia despojado de la vida al mas denodado de los guerreros que se distinguian en tan célebre campaña. Y necesitó Rodrigo de Vivar de todo su ascendiente y autoridad para tener á raya el ardor de su egército que deseaba vengar de una tantos agravios, comprometiendo quizás con un entusiasmo intempestivo el éxito de aquella lucha que en cierto modo debia decidir si los africanos ó los iberos empuñarian en lo sucesivo el cetro de España. El escuadron cuyo gefe habia sido el héroe del blanco escudo amenazaba llevarlo todo á sangre y fuego, y mo-

rir mil veces, ó clavar en el hierro de sus lanzas las cabezas de Vellido y de Abenxafa. Vióse en un momento saltar sobre sus bridones á estos desesperados militares, y partir como un rayo lanza en ristre hácia los edetanos muros. Pero el Cid que conocia la temeridad de semejante arrojo por no ocultársele las fuerzas con que contaba el tirano Abenxafa, les salió al encuentro por desusado camino, y les mandó torcer las riendas y volver al campamento, ofreciéndoles empero conducirles dentro de tres dias á la pelea, y asaltar los arrabales de la ciudad. Empresa ardua, y que no hubiera intentado el conquistador, á no constarle el valor de sus adalides que no pasaban de siete mil combatientes entre la infantería y caballería, nú-

mero harto reducido si se compara con el de los sitiados que podian oponerle veinte mil hombres armados.

Mas antes de llevar á cima tan peligroso asalto que podia muy bien decidir de su suerte, quiso ver á su esposa en la corrida de toros, y cerciorarse por sí mismo de la verdad de los informes que le habian dado acerca de las fortificaciones de las murallas y de la corriente del rio. Dióse á entender facilmente que si llegaba á posesionarse de Villanueva y Alcudia, que eran sus arrabales, no solamente estrechaba el sitio y reducia á el hambre y á la desesperacion á tantos moradores, sino que les cerraba la salida á las llanuras donde podian desplegar sus masas y arrollar quizás su egército. Ro-

drigo, pues, acompañado solo de su grande corazon y elevado ingenio, entró de hilo en la ciudad sin arma alguna; y á pesar de los infinitos peligros que hormiguearon á su rededor en la plaza de los toros, salió sano y libre de Valencia despues de haber gozado el placer de hablar á Ximena, como hemos visto. Luego que puso los pies en sus reales, corrió á la tienda de Ordoñez, y arrojándose á sus brazos, le dijo: == Vengo reventando de alegría, amigo Lara, vengo ebrio de contento, y ni sé esplicarme, ni acierto á decir lo que siento. Abrázame una y otra vez, que tú no te quedarás en zaga en esto de darte un buen filo en mi gozo: y llámame á los paladines del egército, y diles que toquen á armar, que la luz del nuevo dia nos

ha de ver en muy distinto sitio del que ocupamos.

= A fe de la pescozada que me dieron al armarme caballero, contestó Ordoñez, que no he entendido una sola palabra, y que me alegro solo porque me lo mandas sin saber de qué. ¡Válgate Dios por el hombre, y que de cosas has dicho que no se atañen ni pertenecen las unas á las otras! Esplícate por San Lázaro, y vengan esos brazos aun otra vez, que no debe de ser de poco momento asunto que asi te ha sacado de tus casillas. ¿Has visto á tu esposa y á tu hija?

= Las he visto, respondió el Cid, y las he hablado. Pero estoy cierto de que vas á santiguarte si te digo que me ha salvado la vida y me ha acompañado hasta las puertas de la

ciudad el caballero del Armiño.

=¡El caballero del Armiño! murmuró entre dientes Ordoñez. Sin duda ninguna ha querido refocilarse contigo algun socarron, y se ha fingido tal, porque Reynaldos me dió tantas señas del casco que tenia puesta la cabeza, que no podia ser de otro que de ese paladin, aunque lo digan encantadores.

=Te repito, replicó el Cid, que he visto y platicado con ese valeroso incógnito, cuyo denuedo le descubrirá siempre por entre un millar de combatientes. Iba disfrazado de morisco, y su alfange brillaba á la luz del sol tan puro y reluciente como resplandecia un tiempo el niveo animal de su escudo. Pesia á mí que no supe adivinar por sus brios quién era; y ya nos despedíamos en la ve-

ga del Turia, cuando le rogué cortesmente que me digera su nombre para estarle agradecido; y me contestó que me acordase siempre de los caballeros en cuyo escudo campea una alimaña del color del ampo de la nieve. Quise seguirle, pero habia desaparecido de mi vista, sin dejar rastro alguno de sus huellas; y aunque sabia la direccion que tomaba, era entregarme á una muerte cierta por la multitud de traidores que habian adivinado mi nombre y pedian mi vida.

= Si no tienes mas pruebas, replicó Lara, para opinar que el tal moro era el caballero del Armiño, te aseguro que no me convences. Pues ¿y que diablos habia de hacer un joven tan denodado en Valencia, vistiendo disfraces y usando arcadu-

ces? ¿Olvidaria los laureles que crecen en estos reales, y se estaria holgando con los señores musulmanes? ¿Y estos dejarian en paz y con vida á un enemigo tan terrible, cuya lanza bastaba á pulverizar su poder? Permite, amigo Rodrigo, que dude de la identidad de ese paladin: aunque por otra parte entreveo un debil rayo de esperanza, de que quizás existe el misterioso incógnito á quien tanto admiro.

=Duda cuanto quieras, añadió el Cid, que sé muy bien que vive, y que sin duda se oculta entre los infieles para armarles algun lazo y entregar en nuestras manos la ciudad. Y asi quiero que al momento se ponga sobre las armas el egército, y que nos acerquemos á Valencia desplegados en batalla. Yo

mandaré el ala izquierda que debe asaltar el arrabal llamado Villanueva; y tú al frente del ala derecha seguirás la direccion del Turia hasta el punto por donde entra en Valencia. Confio el centro al Conde de Oñate, que solo debe apoderarse de la línea de circunvalacion, y estar pronto á apoyar ambas alas en caso de necesidad.

=Te entiendo, respondió Lara, y al instante quedarás obedecido con general alegría, porque todos ansian venir á las manos con esos cobardes, que á no serlo hubieran ya salido de su encierro y presentado batalla á nuestras haces tan inferiores en número á las suyas.

=Espera, gritó el de Vivar, te prohibo digas á nadie que existe el caballero del Armiño, no sea que

llegue á oidos de Abenxafa, y cause inocentemente su perdicion.

=¿Aun insistes en eso?

=Pronto te desengañarás, le atajó Rodrigo: y ambos amigos se separaron para comunicar á los gefes subalternos las órdenes oportunas.

Recogieron con presteza los guerreros las ondeantes tiendas de campaña, y se ordenaron en batalla marchando por diferentes direcciones á la ciudad. Galopeaba delante Rodrigo de Vivar alentando á los flecheros y ballesteros que le seguian alegres por demas con la proximidad de un combate que no podia menos de ser sangriento y glorioso. Distinguíase en esta ala la flor de los caballeros, lo mas distinguido del egército que se ufanaba con la dea de haber merecido la preferen-

cia en los peligros. Alli el impávido Ordoño ostentaba su formidable acero, terror de los moros en las fronteras de Castilla: alli con semblante gozoso y marciales brios fatigaban á los fogosos caballos los valientes Arias Gonzalo y Fernan Sanchez. En todos se leía el ansia de pelear é inmortalizarse emulando si posible les era al héroe que los conducia al campo de los laureles: porque los soldados que combatian bajo las banderas del Cid, contaban siempre con la certidumbre de la victoria, ya que todas las veces era esta la estrella que presidia á sus hechos de armas.

Descubrieron los adalides las murallas y agujas de las mezquitas valentinas, é hirieron el aire con tumultuosas aclamaciones, como si se

ofrecieran á sus ojos los campanarios de su dulce patria despues de una larga ausencia. Fijaban todos la vista en Don Pedro Bermudez que llevaba en sus manos el glorioso pendon de la Cruz, como dándose á entender que dentro de algunas horas habia de tremolarle el viento sobre la mezquita de Villanueva. Llegaron á tiro de ballesta de los edificios de este arrabal, é hicieron alto para disponerse con mejores brios al súbito asalto del debil torreon que los muraba y cerraba. No se cansaban los campeones de admirar aquella fertil y deliciosa vega coronada con los frutos del estío, y tan florida y risueña que podia muy bien competir con la dichosa Arabia.

Adelantóse por las orillas del Turia el intrépido Cid para reconocer

mas á su gusto la posicion de sus tropas, y llegó á un paseo que por esta parte se estendia un cuarto de hora, cercado todo de altos árboles que se veían retratados en el claro fondo de la corriente del rio. Rayaba entonces el sol los lejanos montes, y las canoras avecillas se despedian blanda y regaladamente con sus arpadas lenguas de la luz del dia: su melífluo canto, la amenidad del sitio, la serenidad del cielo, la traspuesta del hermoso sol que doraba y encendia las nubes, y la proximidad en que se creía el héroe de su amada Ximena descubriendo desde alli las torres del palacio de Abenxafa, todo junto y cada cosa de por sí inflamó la imaginacion de nuestro alborozado caballero. Apeóse por un instante del caballo, y

sin soltar las riendas, esclamó con sumo regocijo mirando á todas partes. = ¡ Dichoso yo una y mil veces que piso los campos eliseos, mansion de los bienaventurados á quienes cupo la suerte de ver la luz en estos amenos y floridos prados! Aqui las cristalinas aguas corren mansamente besando las calles de la ciudad; la tierra brota abundante y dulcísimo sustento cultivada por los forzudos y vedijosos brazos de los laboriosos valencianos: el sol y la luna resplandecen serenos, y son parte á acrecentar las cosechas, alegrar los corazones y derramar la abundancia y la ventura. Aqui las apuestas y donosas zagalejas van en trenza y en cabello saltando de campo en campo y de flor en flor seguidas de sus amantes, sin que la

honestidad tenga que darles en rostro el menor desliz, y sin que ellos sean osados á mas que á mirarlas, y ellas á dejarse ver. Pero esta rústicidad y esta simpleza son poderosas á producir las desventuras y sinsabores de los infelices rústicos vejados, aporreados y oprimidos por los fieros mahometanos. Hora es ya de que desparza el cristianismo sus rayos por estos pensiles, y de que sustenten y enriquezcan los dones de la madre tierra á sus hijos que la cultivan, y no á los ociosos musulmanes que se estan mano sobre mano y pierna sobre pierna sentados en muelles almohadones, y pisando preciosas alfombras. ¿Quien duda que he nacido por querer del cielo para variar la faz de este pais y resucitar en él el siglo de oro? ¡Oh, dulce

Ximena mia! ¡Oh, hijas de mi corazon! Rodeado de vosotras y gozando vuestros suavísimos ósculos acabaré mis dias pacífica y holgadamente en tan encantadora morada.

Y en diciendo esto, calló y tornó á oprimir los lomos de Babieca, porque los alelíes y roncos atabales anunciaban la salida de los moros mandados por el soberbio Aliatar, quienes viendo desde los muros á los cristianos habian resuelto arrojarlos de alli. Aproximáronse las enemigas haces, y se embistieron con sin igual ímpetu y pujanza alzando los árabes una confusa vocería que atronaba los vecinos campos. Alli cayó á los repetidos fendientes del Cid el furibundo Aliatar: alli quedó vencido en singular batalla el valiente Tarfe entre los brazos de Nuño, y alli se

compitieron el valor y el audacia, la generosidad y el denuedo de los campeones. Entre tanto la caballería árabe con el fin de cortar la retirada á los cristianos habia pasado el rio, y envolvia la retaguardia de Rodrigo poniéndole en mucho aprieto. El héroe acudia con inaudita ligereza á todas partes, alentando á sus soldados que peleaban con despechado corage al verse cercados de triplicadas fuerzas. Pero de repente la caballería del ala derecha que mandaba Ordoñez cae sobre los infieles por la espalda, y reinan el desorden y la confusion hasta el último punto. Los infieles se baten con los flecheros del Cid, estos con la caballería musulmana, y la caballería musulmana con la de Ordoñez: de suerte que acometidos mutuamente

por frente y por espaldas, se ver obligados á redoblar sus fuerzas sin que sea posible salir del combate sino muertos ó vencedores. Cada cristiano tiene que haberlas con dos contrarios decididos á vender caras sus vidas: y el heroismo consigue por último triunfar de la multitud. Los almoravides, perdido su gefe Aliatar, se desordenaron y principiaron á entrar tumultuosamente por las puertas de Edeta, abandonando el campo sembrado de cadáveres. La mortandad fue tan horrorosa, que por todas partes aparecian montones de degollados árabes, en los que tropezaban y daban de ojos los fugitivos cegados por la inmensa polvareda que ellos mismos levantaban, y por el copioso sudor que corria por sus rostros. Hubieran podido

muy facilmente los cristianos apoderarse de la ciudad persiguiendo á los vencidos, pero en aquellos momentos de regocijo y embriaguez solo pensaron los gefes en adelantar hácia el arrabal, y hacerse fuertes en los primeros edificios por si revolvian los musulmanes con nuevas fuerzas. Pero era tal el terror que se habia apoderado de los débiles corazones de los agarenos, que aun no se daban por seguros dentro de los muros, y corrian por las calles despechados y convencidos de que los adalides del Cid iban á tomarles la ciudad.

Abenxafa montado en su brioso caballo, salió del alcazar con la rapidez del rayo, al punto que supo la derrota de los suyos, y ordenan-

do las deshechas haces, las exhortó á defender aquel recinto sagrado del Profeta, segun él decia, ofreciendo dádivas y premios á los que se distinguiesen en tanto que llegaba el numeroso egército de Africa á las órdenes del Rey Juzeph. Cobraron ánimo con tales promesas los infieles, y coronaron bien pronto los muros, cuando ya los adalides de la Cruz dominaban enteramente los arrabales de Villanueva y de Alcudia, y ondeaba clavado en la aguja de la mezquita el estandarte de Rodrigo de Vivar. Los instrumentos militares celebraban tan delicioso triunfo, que no podia menos de causar la perdicion de los musulmanes: y los guerreros de Castilla se abrazaban tierna y alegremente,

entonando himnos de alabanza al omnipotente Dios que les habia concedido tan singular lauro.

Las espesas sombras de la noche encubrieron lúgubremente los obgetos, hasta que el brillante esplendor de las hogueras alumbró el campamento del Cid. Entonces aparecieron los soldados ricos con el botin que habian recogido del campo de batalla, mirando con solícita curiosidad á la luz de las llamas las joyas de que habian despojado á los mortales restos de los mahometanos. Contrastaban con tan alegre espectáculo los gemidos y sollozos del padre que lloraba la muerte de su hijo, ó del hermano que conducia en sus brazos á su hermano herido y moribundo. Asi confundidas estas escenas de alegría y de luto, y mez-

cladas la risa y las lágrimas, ofrecian el retrato verdadero de la vida humana, donde se dan la mano los gustos y los pesares. El inmortal Campeador se paladeaba con la esperanza de libertar dentro de pocos dias á su familia de la esclavitud en que gemia; y miraba con enternecimiento el dichoso techo que ocultaba á sus caras prendas. Entonces suspiró suavemente, y dijo: = Mucho me cuestas, España, caro suelo que sostuvo mi cuna: ¡muchos esfuerzos son necesarios para purgar tus recintos de indignos tiranos: pero si consigo verte libre y abrazar á mi Ximena, ¡que gloria ni que felicidad pueden igualarse á la mia! ¡Oh Dios! no agitan el humano corazon dos sentimientos mas dulces que el amor patrio y el amor conyugal.

CAPITULO UNDECIMO.

Los dos enamorados.

Cuando Ximena descubrió desde el regio alcazar del monarca de Valencia el estandarte de su esposo ondeando al viento á tan corta distancia, hizo repetidas demostraciones del singular júbilo que embelesaba y pasmaba sus potencias. No con menos alegría mostró el suyo la hermosa Elvira, en quien las gracias y la belleza aparecian sombreadas por la suave melancolía, aumentada desde la aparicion del caballero del Armiño que fatigaba su mente sin dar-

le paz un solo punto. Porque una imaginacion viva y fecunda, al paso que en los prósperos dias de bonanza es uno de los bienes mas apreciables por las inagotables delicias con que saborea al alma paseándola por las dilatadas regiones del mundo ideal, es tambien en los casos aviesos un aguijon penetrante que no cesa nunca de clavar su aguda punta en el corazon de mil desusadas maneras.

Un dia en que deleitándose con la esperanza de la próxima libertad se paseaba algo mas consolada por el salon que miraba al jardin, entró Gil Diaz molino y con misteriosos ademanes le significó que se escondiera.

=¿Que dices, preguntó la hija del Cid, amigo Gil, que no te entiendo? ¿Por que no hablas?

=Señora, respondió el escudero, un moro de retorcidos y canos bigotes, que tiene la frente lisa y despejada, la barba blanca y poblada, los dientes ralos y la nariz de marca, quiere á la fuerza ver á su merced para comunicarle no sé qué secretos de importancia. Asi Dios me ayude como es un mago hecho y derecho que pretende encantar á su merced para que encantada y todo sirva á los gustos de su amo. No nos metamos en mas dibujos y cerremos la puerta lo mejor que posible sea, que tengo para mí que es el único medio de escapar de sus garras. ¡Moros y secretos!

=No temas, contestó Elvira, y dile que entre, pues podria ser que fuesen de tal virtud sus palabras, que la tuviesen bastante para dismi-

nuir mis penas. No son tan poderosos los embelecos de la magia como piensas: y si conmigo habia de usar de encantamentos, lo hubiera hecho con mucha flema y remanso desde un lejano aposento, pues nada importa para encantar que la persona esté aqui ó en Burgos, que á eso y mucho mas se estienden las habilidades de los encantadores. Aunque por mí puedo asegurar que no me importaria un ardite estar encantada, cuando lo tengo por el major bien del mundo y por la vida mas quieta y sosegada. Porque el que tal está, no solo se libra de la necesidad de alimentarse y de dormir, sino que ningun tormento acucia su imaginacion, á causa de que el curso de la sangre y de la existencia para, y todo permanece en

inaccion. Mira, amigo Gil, si es corta conveniencia el vivir sin frio, ni calor en verano y en invierno, holgar de continuo, y no pensar en nada: ventajas que á mi ver ni el Rey en su trono las disfruta. En fin, es una especie de éxtasis delicioso, que no hay mas que desear: y si el buen Gil conoce á algun mago, dígale que venga, que yo le regalaré unas cuantas joyas para que me encante.

=Válgate el diablo por señora, gritó Gil, y lo que sabe su merced: un púlpito podia tomar en cada dedo, é irse por esos mundos á predicar lindezas. Y digo que no debe de ser mala la tal vida; y si en eso consiste el toque del encantamento, gentes conozco yo por esas calles á bandadas que deben de estar encan-

tadas segun la holgura y buen pasar que se dan. Solo á un punto de la ordenanza faltan, que es al de comer y dormir: porque, vive el bendito San Pablo, que se hartan á todo su talante, y duermen á pierna suelta: y asi es que medran mas que las cañas á las orillas del rio, y estan frescos, rollizos y colorados, con unos rostros como la plata de relucientes. Pero dejando en paz á estos señores encantados, vuelvo á decir, que piense su merced bien lo de admitir á su presencia al moro que yo no daria una grazna para fiarle, segun la mala pinta que tiene. Echa un tufo á truhan, que encalabrina: y nada bueno puede esperarse de tales entes.

=A pesar de eso, replicó la doncella, te repito que le mandes en-

trar, y no hablemos mas en el asunto que es punto concluido.

= Pues no me he de apartar de vuesa merced, dijo el escudero, un negro de uña, por si quisiera cometer desaguisado el señor moro: y le prometo que las ha de haber conmigo, y ha de saber quien es cada hijo de vecino.

= Haz lo que te plazca, y por ahora mándale entrar.

= Protesto contra esta entrada, añadió Gil, y juro y juraré en todo tiempo que le dejo entrar contra mi voluntad, y por hacerme fuerza su merced á quien debo obedecer á fuer de buen criado.

Hecha esta protesta con tono firme y valedero, salió de la estancia Gil Diaz, dejando á Elvira entregada á dudosos pensamientos. ¿Que se-

cretos tendrá que descubrirme este infiel? decia entre sí. ¿Será algun guerrero disfrazado que querrá comunicarme alguna nueva de mi hermana ó de mi padre? Mas al momento se imaginaba otras mil cosas, y no podia llevar con paciencia el que tardasen tanto, desesperándose con las preocupaciones del escudero que causaba la tardanza sin duda. Penetró por último Gil seguido de El-Hakim Hamete que hizo profundas reverencias á Elvira á estilo oriental, y esclamó:

=Las gotas del rocío, dice el poeta, caen á abrir las rosas que ajó la noche: la imagen de la felicidad viene á pintar la sonrisa blanda del contento en el rostro que llenó de lágrimas el infortunio. ¿Podré, hermosa castellana, lisongearme de que

la vista del siervo del profeta no os causa tedio ni horror?

=Nunca aplace, contestó la hija del Cid, un enemigo: pero cuando viene de paz, tampoco descontenta. Decid, sabio anciano, la causa de vuestra venida, que me impacientan las dilaciones.

=Quien no sabe aguardar la ventura, esclamó El-Hakim, tampoco sabe disfrutarla. Entended que vengo, como os habrá anunciado este criado, á descubriros secretos que os importan, y que solo á vos debo manifestarlos. Mandad á el esclavo que se retire, que no son dignos sus oidos de percibir el armonioso sonido de vuestra voz.

=¿No lo decia yo? gritó entonces Diaz. ¡Calle! ¿con que no son dignos mis oidos de escuchar lo que es-

cucha el mastinazo del moro? ¡Vive Dios! que á no ser hombre incapaz de quebrantar el voto que hice de vivir pacífico acá bajo en la tierra, que le abria la cabeza como una granada. Pues sepa el señor perro, que no tengo de irme de aqui, y cepos quedos con esas alharacas y requebrajos, ó verán quien es Roque.

=Entonces, replicó Hamete hablando siempre con Elvira, mi presencia es inutil: Alá os guarde.

=¡Como! respondió la castellana. ¿Me dejareis sin hacerme saber el obgeto de vuestra venida, ni los secretos que decís interesarme?

=Ya os he dicho, añadió Hamete, sin dejar su tono de gravedad, que los esclavos no deben alternar con los señores: y mis labios no se

abrirán mientras no se retire ese escudero.

=Gil, esclamó Elvira, te mando que nos dejes solos.

=¡Ah, señora! gritó sollozando el criado: Vuesa merced llorará el quedarse á solas con un descreido moro, y echará menos mi persona, que aunque fuera para dar voces pidiendo ausilio, vendria aqui de perlas. Alguna red ha tendido Abenxafa contra mi pobre señora: y esos son los secretos de ese embelecador y maldito malandrin, que ardiendo vea en los infiernos. ¡Oh pobre inocencia de mi señora! Ahí te quedas sola y espuesta á un diablo, que no parece otra cosa el vegete clueco que te hace la rueda para ganarte con ensalmos y mentiras.

Despues de esta rociada de invec-

tivas contra el anciano Hamete, salióse de la estancia el escudero llorando amargamente como si su señora estuviera ya tendida en un féretro: y transcurridos unos momentos de silencio, dijo El-Hakim.=Los secretos que debo revelaros son de tal naturaleza, que antes debeis ofrecerme no descubrirlos ni á vuestra propia madre: porque cuando va en ello la vida de una persona que nos es amada, nunca son de mas las precauciones. No dudo que vacilareis en darme crédito; pero vuestros propios ojos serán el desengaño.

= No puedo, respondió Elvira, pronunciar esa oferta sin saber antes la clase é importancia de esos secretos, que si tocan en lo mas mínimo á mis amados padres, á la fe que profeso, ó á mi honor, no so-

lamente no los callaré, sino por el contrario los pondré en voz, y los publicaré por todas partes.

=Pertenecen á vos sola, contestó El-Hakim, y para decirlo de una vez, tienen relacion únicamente con la aventura que os aconteció la otra tarde á la orilla del rio, cuando visteis armado á un caballero que juzgais muerto.

=Siendo asi, contestó la hija del Cid, prometo no abrir mis labios sobre esta materia, y podeis fiaros de mí á todo ruedo.

Pero antes de declarar la contestacion de Hamete, debemos referir el obgeto de esta visita que tan impaciente tenia á la hermosa Elvira. Desde que el anciano Pelayo, ó como mas veces le nombramos, desde que Hamete libró la vida del

caballero del Armiño en el panteon de los reyes moros, ansiaba este valiente paladin lograr de su libertador permiso para regresar al campamento cristiano á distinguirse con nuevos y gloriosos hechos. Pero El-Hakim que juzgaba ser su presencia de la mayor importancia en la ciudad, para tener á raya en un caso la venganza y la cólera de Abenxafa contra sus prisioneras, le decia que no podia otorgarle lo que pedia sin esponerse á perder la vida en un suplicio. Porque al punto que se divulgase la noticia de que existia el joven caballero, no faltarian traidores que la llevasen al monarca moro, y este caeria en la cuenta de quien le habia librado, porque no podia haber sido otro. La gratitud que al anciano debia el del Armiño,

atábale las manos, y á pesar de la repugnancia con que permanecia lejos de los peligros y del bélico estruendo, se daba á entender que era de su obligacion cumplir al pie de la letra la voluntad de aquel á quien era acreedor del aire que respiraba. Cuando peligró la vida del inmortal Campeador en la plaza de toros, Pelayo no vaciló en esponerlo todo por salvarla, y haciéndose acompañar del disfrazado caballero, logró ver coronadas sus esperanzas mas felizmente de los que habia deseado. Desde aquel dia no cesó el joven é impávido desconocido de representar como vergonzosa y humillante su inaccion, y aun osó añadir en un momento de caballeresco entusiasmo, que hubiera valido mas morir que entregarse á la ignominia de una existencia que no

podia ya ser util á su patria. Unidos los deseos del paladin á las sospechas que ya escitaba en los domésticos y vecinos un esclavo tan amado de Hamete, pusieron á este último en la determinacion de permitirle partir dentro de algunos dias, rompiendo por medio de las dificultades. Altivo y acostumbrado á mandar el caballero del Armiño, contenido por el agradecimiento podia haber soportado por corto espacio de tiempo el freno de la obediencia; pero ya aquel caracter noble y altanero no era parte por mas esfuerzos que hacia á reprimirse, y saltaba de impaciencia ansiando el momento de verse en el campo del honor con la espada desnuda y la visera calada. Conoció el esperimentado anciano que aquel orgullo no era por in-

gratitud sino que ardia en las venas del campeon ilustre sangre, y que sin duda era muy elevada su cuna. Esta observacion confirmada con mil distintas pruebas que á cada paso daba el del Armiño, persuadió á Pelayo la referida resolucion de atropellar por todo, y concederle lo qne tan de veras solicitaba.

Mas antes de partir, el joven quiso ver á su amada, y decirla que existia: en vano su libertador le espuso las consecuencias de su primer atrojo, cuando á la ribera del Turia causó á Elvira su súbita aparicion aquel accidente. Cerró los ojos á todos los riesgos, y dijo terminantemente que habia resuelto hablarla para quitarle el pasmo que su vista le produjo: y solo á fuerza de ruegos, vino á bien en que Pelayo lo pre-

viniese á la doncella para no repetir la pasada escena.

Hamete, pues, oida la promesa de la hija del Cid, le dirigió la palabra en estos términos: =Debo en primer lugar advertiros que no soy musulman como muestra mi trage, sino un pariente vuestro que vela por los dias de la familia del ilustre Rodrigo: soy en fin, Pelayo, de quien habreis oido hablar distintas veces á vuestro adorado padre. Porque azar me hallo en esta ciudad, y como he conseguido deslumbrar al malvado Abenxafa, son sucesos que en otra ocasion quizás podré referiros con mas sosiego y regocijo. Lo que os importa mas es saber que la que creisteis aparicion la otra tarde, no lo fue, sino que real y verdaderamente vieron vuestros ojos

al que reputais muerto, y cuya vida me glorío de haber salvado.

=Hamete, respondió la hija del Cid temblando de alegría, ¿me engañan vuestros acentos, ó es verdad lo que me habeis revelado? ¡Dios mio! añadió á media voz para que no oyese Hamete sus palabras: ¿con que todavía hay felicidad en la tierra para mí? ¡Que agradecimiento será bastante para pagaros el beneficio que acabais de concederme, Soberano dispensador de las humanas dichas! ¡Ah! ¡cuan necia anduve en pensar que las desventuras del hombre no tienen término, ó que el cielo se olvida del corazon inocente y amante de la virtud! Perdonad, respetable anciano, siguió diciendo, que exale mi sorpresa y tribute repetidas gracias al Dios del universo,

que por vuestro medio ha librado los marciales alientos de un héroe de la cuchilla de su asesino. Admiro el valor y la pujanza del caballero del Armiño; aunque mi admiracion no sale de los límites de tal, como debeis pensar de aquella cuyo corazon inflama la sangre de Rodrigo de Vibar. Quisiera sin embargo que me dijeseis si todavía permanece en Valencia ese paladin, ó si como no dudo, ha corrido ya al campo de los laureles, que es el cielo de los ánimos valerosos.

=Señora, respondió El-Hakim sorprendido del disimulo de Elvira que pugnando con las pasiones negaba saber que existian; ese denodado guerrero hubiera desde el primer punto saltado por encima de la muerte para volar al sitio donde on-

dea al aire el pabellon de la libertad de España: y si yo hubiera consultado su natural entusiasmo y ardiente arrojo, le hubiera permitido desde entonces correr á la gloria. Pero como los peligros que os rodean son los incentivos y despertadores que me llamaron á esta ciudad, y su regreso al campamento cristiano sacaba á luz mis ardides, no he creido oportuno hasta ahora consentir en su partida. Al presente está próximo á abandonar este recinto, y os suplica que os digneis admitirle á vuestra presencia por unos instantes para poner á vuestros pies sus homenages.

=Sí, gritó Elvira, quizás deseará poder decir á mi ilustre padre que me ha visto: decidle que entre, y prevendré entre tanto á mi madre.

=Señora, recordad vuestra promesa, en virtud de la cual no podeis revelar á nadie los secretos que os he descubierto.

=Teneis razon: decidle que en este aposento le espero.

Hizo Pelayo una profunda reverencia, y salió de la estancia dejando á Elvira en aquella especie de suspension en que apenas podemos dar razon de las sensaciones que esperimentamos. Parece que el humano corazon acostumbrado al curso natural y tranquilo de acontecimientos de una misma naturaleza apenas pueda soportar la súbita mudanza del mal que se trueca en bien, ó de la alegría que se cambia en llanto. La hermosa doncella probó aun con mas fuerza la verdad de esta observacion, cuando el caballero del Ar-

miño vestido de árabe entró en el aposento, y doblando las rodillas ante aquella singular y pasmada hermosura, dijo: =¡Te veo por fin, dulce embeleso del alma mia! He aqui el instante mas delicioso que he probado nunca: es como una gota de celestial ventura que cae sobre mí para poner en olvido las pasadas desgracias. Podemos ya esperar que brillen para nosotros dias mas serenos, y que, vencida esta ciudad, logre de ti la ventura de poder aspirar á tu mano.

=¡Ay! esclamó Elvira, ¡y cuanta confianza me infundian tu valor y tu nobleza! El mundo entero acuciándome con nuevos é increibles tormentos, no consiguiera verme suspirar por un hombre en mengua del orgullo que debe todas las veces

mostrar mi sexo. Pero ¿como podré ocultarte lo mucho que ha padecido mi espíritu, reputándote muerto, aunque el ser hija de un héroe me obligaba á mostrar la risa en los labios cuando mas entero y firme era mi dolor? Habíase desvanecido para mí la imagen de la felicidad, y solo anteveía una existencia árida y privada del inefable encanto de amorosas esperanzas. Aun ahora que mis ojos no dudan de la realidad de tu vida, se representa en mi imaginacion como un agradable sueño de aquellos que en mi infortunio hubieran sido mi único consuelo.

= Elvira, contestó el caballero, mi gratitud será eterna para contigo: podia aspirar solo á distinguirme en el campo del honor enardecido por el entusiasmo que cobro

cada vez que tu deliciosísimo acento hiere mis oidos; pero cuando te dignas pagar con tus miradas las mias, ¿que culto podré rendirte, benéfica deidad, que sea digno de ti? ¿No es á esos hermosísimos ojos á quienes debo los lauros que he cogido en los combates? Presente siempre ante los mios su graciosa luz, es como la apacible estrella que me precede en mis hazañas: un recuerdo tuyo ha bastado siempre á tornar las fuerzas á mi desfallecido ánimo, y el valor á mi brazo. ¡Oh hermosura! ¡sin ti qué seria la tierra, ó cómo existiera el heroismo! Espiraria entonces por grados el marcial arrojo de la andante caballería, y trocaríase en debilidad su pujanza.

=Siempre eres entusiasta por la belleza, respondió la doncella, aun-

que pudieras decirme que tambien yo lo soy por el valor. Paréceme adornado de todas las otras prendas el joven valeroso: porque nosotras nos complacemos en ver resplandecer tan brillante cualidad en aquellos á quienes nos dignamos admitir por nuestros paladines. Pero nada me has dicho de tu partida que deseo: ¡sentiria tanto que otro brazo que el tuyo enarbolase primero sobre el edetano muro el pendon de Castilla! Conozco que no ha sido en tu mano correr antes al campamento cristiano: pero ahora que ya no se opone Pelayo, ningun respeto debe detenerte un solo instante, sino aparecer otra vez entre tus compañeros, y enjugar las lágrimas que tu creida muerte les habrá arrancado. Parte, y apresúrate á rom-

per las cadenas que nos sujetan: cadenas que de dia en dia serán mas pesadas segun el enojo de Abenxafa, y los riesgos que esponen nuestro honor. De ti y de mi padre lo espero todo: si cuando se pelea recordando el nombre de una persona amada es tanto el brio que saca á plaza un guerrero, ¿que será cuando defiende á esa misma persona y aguarda por recompensa su cariño?

=No tardaré, replicó el del Armiño, en reunirme con el egército, aunque debo tomar antes muchas precauciones para asegurar á todo ruedo la vida del anciano libertador á quien debo el vital aliento. Todavía si te place, nos veremos otra vez, y entonces que ya estaré próximo á partir habrás de llevar á bien

que tome las órdenes de tu madre. y que la haga presente algunas observaciones para vuestra seguridad por si la fortuna se os mostrase contraria, y el bárbaro Abenxafa tendiese nuevos lazos á vuestro honor. Ahora no es justo que comprometa el secreto de que existo, y cause quizás la perdicion de Pelayo. Adios, Elvira: solo ansiaba manifestarte que todavía respiro, y que mi corazon palpita como siempre por la reina de las gracias y de la donosura. Donde quiera que el sol dore los campos, allí te presentarás tú á mi mente: en su esplendor creeré adivinar el tuyo, y en el oro de sus rayos veré un trasunto de tus cabellos.

= Te ruego, ó valiente caballero, dijo sonriendo graciosamente la doncella, que no aprendas de los orien-

tales á decir flores y zarandajas, que no sé por qué me disuenan al oido. Ya sabes que en Castilla se espresan lisa y llanamente los afectos sin cortapisas, y que á los cabellos los llaman asi sin colgarles una barra de oro que puede pesar tanto que los rompa. Dios sabe que digo esto porque he concebido mortal odio á los tales arrumacos desde que los he oido sonando en los labios de Abenxafa, y apenas puedo llevar con paciencia la nausea que me causan. Torno á suplicarte que no me hables en tan levantado estilo, porque el lenguage del alma es sencillo y puro.

=¡Oh, Elvira! contestó el incógnito, ¡siempre las sales de tu ingenio han de relucir en tus amables coloquios! Te ofrezco olvidar con-

Anterior Inicio Siguiente

tigo semejantes dibujos, y no encarecer ya mas tu mérito; porque las humanas alabanzas no son poderosas á dar una idea justa de él. ¡Y he de dejarte! Al probar los hechizos y dulcísimos embelesos que cercan tu persona, ¿quien puede resistir al dolor de perderlos, aunque sea por corto tiempo? Todavía paréceme verte en aquel hermoso torneo donde brillabas en medio de la multitud como un lucero entre cien estrellas. ¡Con que delicia enristraba yo la lanza mirando por entre las barras de la visera el sol de tu hermosura! Suave y puro como el esplendor del alba ha venido mas de una vez tan amoroso recuerdo á alegrar mis tristezas en el abismo de la desgracia. Ya por último entreveo el fin de las penas: porque si me

amas, no dudará tu padre conceder su hija á quien si no le iguala en méritos, no es de inferior nacimiento. Pero me olvido de que debo ausentarme, puesto que cada instante que permanezco aqui será un tormento para Pelayo por los riesgos que amenazan su existencia. Quédate en paz, graciosa Elvira: y el cielo quiera acelerar la hora de volvernos á ver.

=Adios, le atajó la doncella: no te detengas, que el agradecimiento es antes que el placer que probamos hablándonos.

Los dos amantes se separaron despues de otras dilaciones que felizmente les ocurrian para gozar un punto mas de su conversacion: porque las despedidas de los enamorados son largas como las noches del

invierno. No es facil decir la revolucion que en el ánimo de la hija del Cid produjo esta escena: porque ver aparecer de nuevo una perspectiva agradable y lisonjera cuando menos remedios hallaba á su infortunio, habia por precision de cambiar el curso de sus naturales pensamientos. Entre todos los tormentos posibles, no hay ninguno que no deje con sus punzadas una sombra de esperanza capaz de regocijarnos con la idea de un porvenir mas felice: pero cuando se busca la dicha en una persona, y esta deja de existir, entonces no queda resquicio alguno al consuelo. Elvira no podia aun conocer toda la estension de los bienes que la fortuna le devolvia; al paso que obraron en ella las reflexiones, se paladeó con su delicia.

Dirigíase con pausados pasos á la habitacion de su madre embebida en sus ideas, cuando encontró á Abenxafa atildado y vestido de gala, como si se encaminase á algun festin. Detuvo la presurosa planta el sarraceno, y saludando á la doncella con graciosos ademanes y corteses espresiones, la rogó que le siguiese al jardin donde deseaba hablar con ella por unos momentos. Parecia mas afectuoso que nunca, y en sus miradas, en el tono de su voz, y en el aire de su persona campeaba cierta suavidad que no le era natural, y que anunciaba á las claras alguna súbita y grande resolucion.

=¡Válgame Dios! esclamó la hija del Cid; ¡siempre al bien se ha de enzarzar el mal! Pero ánimo, cora-

zon mio: inventemos trazas y ficciones siguiendo el curso de las aventuras que segun lo que en mí se multiplican puedo ufanarme de ser muger de importancia.

Tras esto tomando un semblante alegre respondió con voz dulce y encantadora que otorgaba al árabe la gracia que solicitaba, y que le acompañaria al vergel. No dudó el monarca moro al oir tal respuesta que Elvira bebia los vientos por él, como suele decirse, lo que ya se habia imaginado, y llegando á la roca de donde se precipitaba la cascada, se sentó en ella rogando á la hermosa castellana que hiciera lo mismo. Sentados pues ambos en aquella deliciosa cumbre, de donde tendiendo la vista se descubrian las fértiles campiñas que floreaban los cristales del

siempre manso Turia, y de donde se distinguia tambien la punta de la ondeada bandera de la Cruz, tomó la palabra Abenxafa, y se esplicó de esta manera: = No juzgues, hermosa cristiana, que el temor de verme sitiado por las huestes de tu padre, ó la pérdida de una batalla me traen á tu presencia á poner en voz las blandas proposiciones que he resuelto hacerte. Muy pronto poderosos egércitos de Africa mandados por aguerridos capitanes volarán en mi socorro, y verás á los orgullosos nazarenos besar humildes la cadena que ligará sus manos. Pero no, el amor que te profeso y los sentimientos pacíficos que me inspira, oblíganme á poner un término á tamañas desgracias, puesto que es en mi mano el remedio. Ofrezco dar

la libertad á tu madre, y aliarme con el valiente autor de tu existencia, si consientes en ser mi esposa y en subir al trono que yo ocupo. Dirás que ya otra vez y en circunstancias al parecer no tan peligrosas para mí pronuncié la misma promesa que tu despreciaste: pero no he concluido aun, ni paran ahí mis intenciones. Juro seguir los estandartes cristianos, y hacer la guerra á mis compañeros de armas, con tal que no me obligueis á mudar de culto, y que pueda en mi interior seguir la religion del Profeta.

= Admírame vuestra resolucion, Abenxafa, dijo la hija de Ximena sonriendo agradablemente; y á no creerla obra de las pasiones que preocupan la razon, me guardaria bien de combatirla. Os engañais, si pen-

sais que mi padre, el valeroso Rodrigo de Vivar, sea capaz de pagar con la mano de su hija una accion que llamaria alevosía: porque habeis de saber que hay una notable diferencia entre el modo de juzgar de ambos pueblos. Creedme, generoso Monarca; debeis esperar á que los egércitos africanos destrocen y desbaraten á los sitiadores; y entonces que estareis en el caso de imponer condiciones á los vencidos, vendrá de molde el cumplimiento de vuestros deseos sin descender á humillaciones que reputo indignas de tan poderoso guerrero. Los castellanos llevan su orgullo al último punto de la exaltacion, y se tienen por tan denodados y potentes, que el mundo entero les parece poco; vos no los conoceis: y por eso en la

fuerza de vuestro entusiasmo concebís pacíficas ideas que os seducen. Hablar de paz á los españoles es lo mismo que tratar de desesperarlos: porque han nacido en el campo de batalla cuando sus padres disputaban á los vuestros el cetro de los godos en los montes de Asturias. Paréceme difícil enfrenar á una generacion belicosa, y que ha mamado con la leche el amor á la independencia nacional; mejor es vencerla y levantarse sobre sus ruinas.

= ¡Grande Alá! contestó el sarraceno; ¿es posible que tan sutil ingenio haya cabido en suerte á una muger? Bella castellana, la posesion del paraiso celestial no puede ser tan grata como deliciosos son tus acentos. Conozco la verdad de cuanto me has dicho: me aconsejas lo que á mi

gloria y á mi ventura conviene. Cuantas veces recuerde tus consejos, otras tantas bendeciré los hermosos labios que se han dignado mostrarme el camino del deber. Entre tanto gozaré la delicia de verte, y si no te ofendes, me tomaré la libertad de hablarte con mas frecuencia, porque no debo vivir privado de tantos encantos, cuando tú no te niegas á desplegar las sales de tu agudeza en presencia de tu adorador. ¡Ah! dias hace que no se me ocultan tus pensamientos: el rubor y la falacia que enseñan á las doncellas los nazarenos te ponen un candado en la boca: pero ¿que importa si tus acciones declaran los secretos del alma?

=Dejando aparte vuestras congeturas, le interrumpió la resuelta don-

cella, conviene que disimuleis vuestro cariño: pues aunque el poder no necesita de precauciones, sin embargo espero este favor de vos en gracia de la confianza que os he dispensado. Pláceme mucho mas el misterioso afecto de un guerrero que obedece mis órdenes sin aspirar á otra recompensa que el que me digne dárselas, que no las públicas demostraciones de un amante que para nosotras siempre son desagradables y equívocas. Bien veo que os causarán estrañeza costumbres que para vos son nuevas; pero ya que quereis sacrificar en las aras de las bellezas de Castilla, necesario es que aprendais los sacrificios únicos que se dignan admitir.

Iba á responderle Abenxafa, pero levantándose con precipitacion

Elvira, se alejó despues de haberle dirigido un gracioso saludo de despedida, que le dejó absorto é indeciso. Es verdad que se dió á entender que aquellos desdenes de la hija de Rodrigo serian usanza de los castellanos, y que á fuer de enamorado debia llevarlos con paciencia, porque adivinaba por sus artes y magia que la tal doncella andaba perdida de amores por él. A pesar de su perspicacia se engañó esta vez de medio á medio, porque la cristiana que al principio se habia entretenido alegremente á costa del árabe para tomarse tiempo y engañarle con quiméricas esperanzas, se hastió por último de su plática, y aprovechándose de aquel momento en que le vió dispuesto á todo, le volvió la espalda con gentil gracia. Vióla en-

trar en su palacio el Rey de Valencia admirando la esbeltez de su talle y el magestuoso continente con que caminaba, y soñó en su imaginacion futuras delicias que habia de gozar en compañía de aquella hermosura. Hubiera él ordenado al instante sus falanges y salido contra los cristianos, si no asaltara su mente la idea de la pasada derrota que tan presente tenia. Mejor será aguardar los refuerzos de Africa, dijo entre sí: y representándose los combates en que saldria vencedor y las venturas que lograria, casi estuvo en un tris que no diese dos zapatetas en el aire de pura alegría, olvidándose de la gravedad que conviene á los que ocupan los solios de la tierra. Quiso Dios que se contentó con disparar en larga risa; y asaz alegre y por demas

satisfecho dió la vuelta á su estancia á manifestar á los suyos el regocijo que le inundaba. ¿Y todo esto por quien? ¡Oh poder de la hermosura y de las amorosas palabras! tú eres el norte de los humanos afectos: todo cede, todo se rinde, y todo se postra á tus plantas.

CAPITULO DUODECIMO.

Los embajadores persas.

La victoria de Villanueva no solo inflamó y acrecentó el entusiasmo del egército español, sino que enriqueció de todo punto á los soldados con los preciosísimos despojos que encontraron en los edificios de los sarracenos. Collares de gruesísimas perlas y grandes piezas de oro abundaban con tanto esceso, que apenas podian darse á entender los cristianos que dentro de la ciudad quedase riqueza alguna. Regocijados en estremo con el botin, y encantados

por decirlo asi, al admirar la diáfana hermosura de aquel cielo siempre despejado y sereno, y donde el sol brilla con toda su pompa y magestad, discurrian por las fértiles riberas del Turia, cuyas olorosas yerbas despedian una aromática fragancia.

Valencia situada en un dilatado llano y á la orilla misma del rio era por su templado clima, abundante suelo, feracísimos campos y por su proximidad al mar una de las ciudades mas hermosas de Europa, y al mismo tiempo mas ricas. Prosperaba en ella el comercio con Africa y con los distintos puntos de España que poseían los árabes; y dando salida los naturales á los granos que les sobraban, adquirian los otros obgetos necesarios para hacer deliciosa la vida.

Atravesaba el Turia á Valencia corriendo por medio de sus principales plazas plantadas de pomposos olmos y sauces que le daban un aspecto campestre y agradable: y aunque sus calles eran estrechas segun costumbre de los sarracenos, no por eso carecia de asombrosos edificios. Al rededor de sus murallas habia muchos y muy bellos jardines que servian de recreo y solaz á los ciudadanos: y aun si hemos de dar crédito á una antigua crónica, hermoseábanla graciosísimos paseos decorados con fuentes.

La belleza de la ciudad no podia de modo alguno compararse con sus contornos: necesario era ver reverdecida la tierra en las cuatro estaciones, y llena de colmados frutos que abundantemente se desprendian

de las ramas desgajadas con su peso, para dar una idea de la amenidad de este aromoso vergel. Veíanse dilatados bosques de frondosos árboles que regados por los cristales del vecino rio levantaban la erguida copa cercada de lustrosas hojas. Alfombraba á todas horas la arena olorosa azar que el viento arrancaba de los ordenados naranjos que ostentaban la nivea flor y el dorado fruto á un mismo tiempo: y confundíanse sus caidos y olorosos cálices con el jazmin, la rosa, la violeta y el aureo aroma. Deslizábanse las aguas susurrando blandamente, ó quizás saltando á un suelo mas hondo se deshacian en liquida espuma que argentaba su corriente.

Tantas delicias no podian menos de alegrar el corazon de los guerre-

ros, haciéndoles concebir una ventajosa idea de la holgada vida que podian pasar en tan amena morada, donde los mas sabrosos y delicados alimentos se vendian al mas ínfimo precio. Esperimentaban entonces por sí esta verdad: pues los colonos que no podian introducir en Edeta las producciones de sus campos, las ofrecian á los sitiadores con magnífica abundancia. Descubríanse en los arrabales que habian tomado los cristianos elevados montones de dulces naranjas, cestas de coloradas fresas, ricas carnes, verdura de todas clases, y un pan tierno y delicado para aquel tiempo. Y mientras en el campamento del Cid andaban tan abundantes los manjares, principiaban ya á escasear en la ciudad poniendo en mucho aprieto á los sar-

racenos siempre confiados en los socorros que aguardaban de los almoravides.

Sonó á deshora una harmoniosa música en el arrabal, y apareció montada en suntuoso palafren, y rodeada de caballeros que á fuer de corteses alternaban en tener las riendas á la hacanea, la donosa hija del Cid, Doña Sol, que habia permanecido hasta entonces en el castillo de Cebolla. Cual suelen las canoras avecillas disparar en suavísimos trinos y amorosas alboradas al salir encendido de las brillantes ondas el padre de la luz, y saltan de rama en rama egercitando sus arpadas lenguas en cien distintos y dulcísimos tonos, no de otro modo al ver á la doncella los paladines del egército del Campeador rompieron los aires

con festivos vivas y voces de algazara. Correspondia Doña Sol con graciosas sonrisas y cortesanas saludes á estas públicas demostraciones de alegría: y su nombre repetido de labio en labio encendia en los corazones la llama de la admiracion y del patriotismo. Cubria el rostro de la hija de Rodrigo un delicado velo, que tuvo la cortesía de alzarse, y dejar sostenido por detras de los rizos, el que contornando sus delicadas facciones daba mayor realce á su hermosura. Arrojaron al aire los guerreros sus celadas al gozar de lleno en lleno las miradas de la apuesta señora, y por todas partes se compitieron los aplausos y las alabanzas á su gentileza y donosura.

= ¿Y no halla ya entre nosotros, decian algunos, á su adorada madre?

Esta reflexion hacia asomar á sus ojos tiernas lágrimas de despecho, pareciéndoles que era una mengua para los que se llamaban caballeros de Castilla el no haber libertado ya á Ximena de la esclavitud en que yacia. Pero en aquel punto llamó la atencion universal una escena patética de amor conyugal y filial. Al instante que llegó Doña Sol al edificio que habitaba Rodrigo, y que estaba vecino á la mezquita donde el aire tremolaba el estandarte de Castilla, abrazó á su hija, y encaminándose juntamente con su fiel amigo Ordoñez de Lara á lo alto del alcazar, subieron á un torreon de arquitectura gótica que en forma de aguja ó miramar se elevaba á una prodigiosa altura. Tendió el amoroso héroe los ojos al palacio del Rey

moro, y mostró á su hija el techo bajo el cual habitaban su madre y hermana. Pero no bien habia espirado en sus labios la frase, cuando divisaron y claramente reconocieron á la enamorada Ximena, que con el fin tambien de contemplar de lejos la bandera de su esposo, habíase encaramado á la techumbre ó tejados de palacio. Descubriólos sin dilacion la matrona, y agitando con presurosos movimientos el blanco pañuelo que llevaba en sus manos, dió muestras é indudables señales de que facilmente los distinguia. Tendia Doña Sol los brazos hácia su madre con cariñosos ademanes, mientras Rodrigo enternecido con la vista de su esposa le dirigia afectuosas miradas. Asi permanecieron largo rato escitando la ternura de cuantos los

miraban, que no podian menos de llorar ardientemente, viendo el estremo en que rayaba el mutuo afecto de aquella ilustre y virtuosa familia.

Descendieron unos y otros tristes en demasía, considerando los peligros que todavía los cercaban, y que quizás serian parte á separarlos para siempre. Ordoñez con el fin de distraer la melancolía de su amigo y apartar de su imaginacion los objetos que le conmovian demasiado, le convidó á pasear aquellas florecientes riberas bañadas entonces con el aljofar de la mañana. Reía de puro alegre la huerta; y caminando los héroes por el borde mismo del agua, vinieron á sentarse bajo de dos tilos en un escaño de piedra. Levantábase por las espaldas el mages-

tuoso y aurífero sol bordando de púrpura, záfiro y oro las lejanas nubes; y mil parleros ruiseñores le entonaban himnos de regocijo escondidos entre las verdes hojas, de donde le veían encumbrarse al cenít. Daban rostro el de Lara y el de Vivar á una espesísima selva de árboles frutales, donde todavía en agraz se descolgaban la pera, la manzana y el melocoton, tal vez interpolados de dulces cerezos. Refrescaban tan apacible sitio limpios y sosegados arroyuelos que nacian del Turia corriendo en diferentes y sesgas direcciones, y descubriendo en su claro fondo guijas de vistosos matices. Poblábanlos invitando á la pesca pequeños bardos y ligeras anguilas, para que nada quedase que desear: y triscaban jugueteando y recogiendo

la verde fruta lindísimas zagalejas cubiertas con delgadas y sutiles telas, que velando sus encantos los subian de punto: porque en aquellos tiempos de ignorancia y sencillez bastaba en los campos cualquier trage para tener á rienda los humanos pensamientos que no se despertaban tan facilmente como en nuestros dias, en que la amorosa solicitud penetra por los resquicios y por el aire.

=Veo, dijo el Cid, que es este el mas bello pais de Europa, y que lleva grandes ventajas á la misma Italia, á la que tantos elogios prodigan los estrangeros. En verdad que me pasma y encanta la abundancia de las esquisitas frutas que penden de aquellos verdes árboles, y pienso morir en este cielo de felicidad, pues

mi admiracion no acierta á darle otro nombre.

= Pues á mí, respondió el de Lara, no tanto me arroban la amenidad y belleza de tan plácidas riberas, como la singularidad de algunos usos del pais, y la alegría de sus habitantes. He recorrido todas las cercanías y pueblecitos inmediatos que se descubren en esta llanura, y he tenido tan sabrosas pláticas con algunos aldeanos que, por malos de mis pecados, en un siglo no les hubiera puesto fin. Es de saber que son todos gente alegre y de lucios cascos, tan dispuesta á dar dos zapatetas y entonar una jácara, como á romper los terrones y empuñar la ballesta. Cómense las manos tras la harmoniosa dulzaina, que es la músi-

ca á que se muestran mas aficionados, y los muchachos van al rededor de los músicos que la tañen danzando y brincando: y de tiempo en tiempo ponen la cabeza en el suelo y los pies en el aire, haciendo una voltereta, que es señal de sumo regocijo entre ellos.

=¡Válgate Satanás por la invencion, gritó el Cid, y qué ligeros deben de ser los tales rapaces! Diera de buena gana una dobla de oro por verles egercitar tan estraña habilidad, que por la cuenta les vendrá como anillo al dedo. Y cuando tanta soltura cae sobre tan hermosas figuras como generalmente tienen, tal sea mi vida siempre, como ella parece. ¿Y no has observado, si te place, qué gracia ó raro saber distinguen á las zagalejas de estos con-

tornos, que si se asemejan á las que he visto, son tan blancas como el ampo de la nieve, y tienen unos negros y brillantes ojos?

= Mal año para mí si no pueden tomar un púlpito en cada mano, é irse á predicar agudezas por esos mundos, segun es de donosa y picante su lengua. Digo que á pesar de mi natural aversion á las hazañerías de este sexo, estaba colgado de sus palabras que me sabian á almibar sobre buñuelos. Pero lo que principalmente ha llamado mi atencion, es la limpieza de sus casas, que parecen escudillas de plata; alfombradas con hermosos azulejos, de modo que el piso puede servirles de espejo para rizarse el cabello; y para aldeanas gastan un lujo y un asco que sorprende á primera vista.

== Vuelvo á decirte, Ordoñez, replicó Rodrigo, que este es el mas encantador pais del mundo, y que resuelvo acabar en él mis dias si consigo tener á rienda el natural entusiasmo por las armas que me lleva de guerra en guerra sin dejarme vivir holgado y pacífico en brazos de la mas amada de las esposas. Porque es de todo punto imposible reunir mas bellezas y mayores ventajas para regalo del hombre y alegría del corazon que las que anteveo y observo cada dia en esta tierra: no puede menos de ser eterno en ella el siglo de oro de que nos cuentan cosas asaz admirables los poetas. Y si tú, amigo mio, quieres permanecer aqui á disfrutar las riquezas que deben pertenecerte y tocarte de esta grande conquista,

holgaré de vivir en compañía tuya, y nos daremos traza todos juntos para llenar la medida de la humana ventura. Pienso á las orillas de este mismo rio, ó por mejor decir sobre él, levantar un alcazar de placer ó recreo, donde gocemos las deliciosísimas auroras de mayo, y respiremos el fresco ambiente en los calorosos dias de agosto. Y si agregas á estas delicias una compañera amable, hermosa, discreta y adornada de virtudes, ¿quien duda que tu dicha será envidiada de los mas poderosos monarcas del orbe?

=Huelgo, contestó el de Lara, de todas esas felicidades que me anuncias, y procuraré solazarme con la fortuna que me quepa, metiendo las manos hasta los codos en ellas, escepto en el último punto: porque

pensar que he de sujetarme á los caprichos de una hermosura, y renunciar los verdaderos gustos que en la errante vida de los caballeros se prueban, es pensar en lo escusado.

=¿Sabes lo que te digo, Lara? le atajó el Cid: que á los ojos de algunos eclipsas en parte las brillantísimas cualidades que te hacen acreedor al renombre de héroe, por andar algunas veces cruel en demasía contra las bellezas á quienes estamos obligados los paladines á acatar, reverenciar y adorar á todo ruedo. Una de las causas por que á mi entender es mas util y alabada la caballería, es por la proteccion que dispensa al sexo debil, defendiéndole contra los que le hacen desaguisado, enderezando sus desaciertos y amparando sus necesidades. Asi en-

carecidamente te ruego, que calmes y pongas freno á esa aversion, que no sé como conciliar en hombre de tantas prendas.

=Ya sé, dijo algo sonrojado Ordoñez, que es mi deber derramar hasta la última gota de sangre por obedecer la menor mirada de una beldad en cumplimiento de las órdenes de nuestra caballería: pero al mismo tiempo conozco que tanto como valen esos astros mirados de lejos, pierden de quilates á medida que uno se acerca: y asi me contento con tributarles el culto á que soy obligado sin besar empero las reliquias, no sea que se desvanezca el prestigio. Y como las ideas de los hombres son varias y cada cual descuella por un capricho, el mio es ese, sin que esté en mi arbitrio trocar la natu-

raleza y cambiar las inclinaciones que me han cabido segun el signo en que nací, que ó yo sé poco de astronomía, ó no debia ser la estrella de Venus.

Rióse Rodrigo de Vivar de la estraña aprension de su amigo: y en esto vieron llegar á Nuño que recorria aceleradamente la vega en su busca, para comunicarles una alegre nueva. = Señor, dijo al Cid, vuestras hazañas llenan ya con su fama el orbe todo, y no hay rincon alguno tan escondido ni tan poco favorecido de los rayos del sol, donde no hayan resonado en boca de los trovadores. Acaban de saltar á la arena unos embajadores de Persia, á quienes envia el gran Soldan á felicitaros por vuestros triunfos, movído de la gran admiracion en que le han puesto: y acompañan la emba-

JOAQUIN ENTRAMBASAGUAS Y PEÑA

jada con riquísimos y esquisitos presentes que valen un reino.

=Por San Lázaro, gritó Lara, que cuando se sepa en Burgos este hecho, han de morderse las manos los señores aduladores que trastornan con sus calumnias la cabeza de Su Magestad. En Dios y en mi conciencia, que es este el dia en que me anda brincando el gozo por el alma al ver premiados el mérito y la virtud: y que he de poner sobre las niñas de mis ojos á ese valeroso Soldan que tan levantados pensamientos concibe. ¿Pero no os han dicho, amigo Nuño, por que camino han penetrado á tan dilatada distancia los heroicos hechos de armas de nuestro gefe?

=Dicen, respondió Nuño, que fue á Persia un mercader de Flan-

des con hermosos cuadros, en cada uno de los cuales estaba pintada al natural una de las grandes victorias del inmortal Cid, y que habiendo comprado las pinturas el Soldan, enamoróse tanto del valor y felicidad de nuestro héroe, que pasaba las noches y los dias mirando y remirando los cuadros. Pero el que principalmente le dió una elevada idea del patriotismo de Rodrigo y del amor á su nacion, fue uno que representaba el concilio celebrado en Roma. Veíase la iglesia de San Pedro con las siete sillas colocadas para otros tantos monarcas cristianos, unidas la del padre santo y la del rey de Francia; y la del de Castilla puesta una grada mas abajo. Estaba nuestro héroe en ademan de romper de un puntillon el ebarneo asiento del

de Francia, y encumbrando con sus manos el escaño del Soberano de Castilla: su Santidad parecia en el acto de descomulgarle con general agitacion de los príncipes que se hallaban presentes.

=¿Y no se notaba alli, preguntó Rodrigo, al pontífice alzando la descomunion, y absolviendo aquel primer ímpetu de entusiasmo? Porque entonees deberán de creer por aquellas tierras que todavía cuelga de mi pobre sayo la tal descomunion, y vive Dios, que me pesaria de que el señor Soldan me hubiese cobrado cariño por esta causa.

=No han dicho nada de eso los embajadores, contestó Nuño, quienes se hacen lenguas de vos, y asi desean veros y daros la embajada como si les fuese en ello la vida.

=Lo que yo no sé, le interrumpió Ordoñez, quien les haya podido dar noticia del sitio donde á la sazon residimos, porque si en Persia por la cuenta les dieron á entender que en Burgos, ¿como han desembarcado en este mar, y han venido de hilo á buscarnos?

= A lo que pude comprender, replicó Nuño, se dirigieron en derechura á la Andalucía con resolucion de tomar los informes necesarios, sabiendo que el espíritu guerrero del Cid le lleva de pueblo en pueblo siempre sin morada fija: y como entre los señores andaluces no se habla de otra cosa sino del sitio de esta insigne ciudad, facilmente pudieron saber á punto fijo el camino que debian tomar.

= Ahora pues lo que importa,

añadió el de Vivar, es que se pongan en buen orden las haces del egército, no solo para recibir con la debida pompa á los embajadores en premio de las muchas leguas que han tenido que pasar para cumplir con su mensage, sino tambien para que los paladines de la cruz se alienten y regocigen al ver el público testimonio y homenage que tributan los soberanos al escaso mérito que en mí reconocen. Porque al considerar algunos que ando desterrado de Burgos, no digan, como dicen, que la fortuna y las cortes persiguen siempre á los que se distinguen con nobles y heroicos hechos: porque cuando á los que obran bien les quedase solamente el convencimiento propio, bastaba para hacerlos felices, cuanto mas que la fama que

siempre es justa no respeta cetros ni coronas, y á despecho de los envidiosos premia los esfuerzos de la virtud con una buena opinion, que debe ser el mas grande estímulo para las almas elevadas. Dulce es andar por esos mundos en boca de las gentes con general aprecio: porque á pesar de que ninguna ventaja proporciona en vida la fama póstuma, es sin embargo una verdad que el pensar en ella lleva consigo un no sé que delicioso que halaga nuestro amor propio: y aunque no la hayamos de disfrutar, nos agrada imaginar que nos cabrá en suerte. Sea enhorabuena un sueño, sea un bien puramente hijo de la imaginacion la gloria y que está cercado de espinas; ¿no goza el hombre mas arrobado á un mundo ideal y perfecto, que ras-

treando por la árida tierra que habita? ¿Y que diremos cuando este sueño produce las hazañas mas útiles al género humano, cuando es el aliciente y mas poderoso despertador del amor patrio? ¿Hubiérase Leonidas sacrificado en las Termopilas, á no antever la gloria que á su patriótico arrojo se seguiria? ¿Hubiérase Mucio abrasado el brazo, á no estar seguro de las alabanzas que mereceria su generoso sacrificio? Pues si el único resorte para levantar las alas del humano corazon á grandes y atrevidas empresas es el amor propio, y á este se le halaga y pone en movimiento con la esperanza de la inmortalidad, estimulemos su accion en vez de procurar inutilizarla. Y por ahora vayamos á festejar á los enviados persas, y á ver los

presentes del Soldan, que no pueden menos de ser ricos y apreciables, segun es de poderoso el que los manda.

=Juro en mi ánima, dijo Ordoñez de Lara, levantándose del asiento, que me has dado un rato delicioso y bien diferente de aquellos en que te pones á quemar inciensos á la belleza. Porque en mi concepto hay tanta distancia del mérito del valor al de la hermosura, como de la luz del sol á la de las estrellas. Las gracias son un don que da de balde la naturaleza, sin que tengan que hacer mas para recibirlo y conservarlo, que echarse á dormir y adornarse y acicalarse como mejor plazca á cada dama: cuando el arrojo á mas de adquirirse con la educacion requiere un temple de alma

muy al propósito y vencer para sacarlo á plaza cuantas incomodidades traen consigo la guerra y sus reveses.

Entró el Cid en el edificío, y ordenáronse las haces cubriendo las calles del arrabal por donde habian de pasar los embajadores persas á ofrecer los regalos del Soldan. Leíanse en los semblantes de los guerreros la alegría y el pasmo que les ponia aquel egemplo estraordinario de la altura á que se encumbra el valor: y por todas partes reinaba la algazara mezclada con tumultuosas y repetidas aclamaciones. Porque la gloria del general ufana y anima al soldado que piensa tener en ella una parte como resultado de las victorias á que ha contribuido con la fuerza de sus brazos: y porque el

orgullo militar se complace de poder decir he peleado bajo las banderas de un héroe, cuya fama eclipsa y pone en olvido la de los Pompeyos y Alejandros.

Los enviados del Soldan admirados de tanta pompa, se presentaron á Rodrigo de Vivar con timidez y embarazo; y despues de saludarle á estilo oriental con profundas reverencias y genuflexiones, tomó la palabra uno de ellos, y dijo: =Nuestro poderoso soberano, el Soldan de Persia nos envia, sol de Castilla, á saludarte en nombre suyo. Porque la alta opinion de tus hazañas, ha penetrado hasta su imperio y henchido de entusiasmo por tu noble persona su real corazon. Donde quiera que los hombres amen á su patria, y donde quiera que el honor

sea el ídolo de los ciudadanos, han de rendir este vasallage al heroismo que conserva y defiende á la una, y asegura y hace resplandecer el otro. Justo es pues que desde las mas ocultas y lejanas naciones tributen los monarcas de la tierra inciensos al héroe de su siglo, llamado con razon el rayo de los combates y el águila de occidente. Y para que traigas á tu memoria alguna vez, Cid valiente, la amistad de nuestro soberano y el público testimonio que á la faz del universo paga á tu mérito é inclitos hechos de armas, te suplica te dignes admitir este corto don que te ofrecemos.

Calló el orador, y al punto los criados pusieron sobre ricas mesas preciosas alhajas y barras de oro y plata, incienso, mirra, hermosos

mantos de púrpura, y algunas tiendas de campaña de seda labradas con esquisito primor y maestría. Y al propio tiempo preguntaron á quien debian entregar gran copia de camellos que componian igualmente parte del regio presente. Absortos estaban todos con la riqueza de los enviados que en sus trages y finos modales mostraban ser, como en efecto eran, parientes del Soldan. Rodrigo se regocijaba de que sus armas hubiesen ilustrado asi su nombre, y de que se pusiese en claro la injusticia con que le habian desterrado de Burgos, cuando España debia honrarse de haber sido su cuna. Respondió pues á los persas en estos términos con aquella amabilidad que le distinguia de todo punto de los otros guerreros que por lo comun

eran de un caracter áspero y brusco.

= Mucha satisfaccion me causa que el haber cumplido mis deberes con mi patria y con mi Rey me haya grangeado una buena opinion, que es el premio mas lisonjero á que podia aspirar. Decid á vuestro Soberano, que admito con sincero reconocimiento su amistad; y que si la diferencia de nuestros cultos y mis años no cortasen las alas á mis deseos, iria personalmente á pagarle esta prueba de singular cariño con mis servicios: porque no debe ser cobarde, quien acata y honra tan particularmente al valor. Pero ya que el cielo niega este desahogo á la gratitud que inflama mi pecho, confio que vosotros le significareis mis sentimientos del modo mismo que yo hago con vosotros. lo

Dadle en mi nombre repetidas gracias por el don que con mano generosa me ofrece por vuestro medio: y rogadle que tenga á bien recibir una prueba de mi respeto.

El héroe de Vivar presentó en seguida á los embajadores los principales gefes del egército, y mandó desfilar por frente del edificio á las ordenadas haces para que hiciesen ostentacion de su bizarría y marcialidad. Tras esto acomodó á los persas en su mismo alojamiento, llegando su bondad hasta el punto de agasajarles con fiestas y otras demostraciones de contento, y pidióles que no regresasen á su pais hasta verle entrar triunfante en la hermosa Valencia. Mucho gusto dió á los enviados del Soldan la cortesía del

Cid, cuyo arrojo y afabilidad no sabian como aunar juzgando la una prenda incompatible con la otra. Ordoñez los acompañaba por hacerles merced á visitar los pueblos inmediatos, recorriendo las floridas vegas del Turia y del Jucar, cuya situacion y graciosas campiñas alababan con muchas veras.

Este acontecimiento imprevisto contribuyó tambien á la conquista de la ciudad, no solo por el orgulloso arrojo que despertó en los soldados de Rodrigo, sino tambien por el pasmo que causó á los moros, al ver que hasta los soberanos de su culto y de tan lejanas tierras se honraban con la amistad de un adalid, cuyo poder era ya formidable. Admíranos en verdad, el que un hombre solo desbaratase á las veces

y venciese numerosos egércitos: pero si consideramos el espanto que causaba su nombre, facilmente comprenderemos este arcano. Semejante al estallido del trueno el grito de »el Cid vence," aterraba á los musulmanes que se atropellaban en su fuga por escapar de aquel acero, cuyos golpes eran de muerte. Su prestigio pues, la aureola que brillaba en su cabeza bastaban sin el ausilio de su brazo invencible á inclinar á la victoria, cuyo carro rodaba siempre en derecho de Castilla, como si aquel fuese el punto donde debia dirigirse.

CAPITULO DECIMOTERCERO.

La sorpresa.

La hora del alba seria cuando la linda Elvira que pasaba por muy amiga de madrugar, salió á espaciarse por la florida vega que humedecian los cristales del ameno Turia por frente del real alcazar de Abenxafa. Seguíaula en zaga y á larga distancia fray Lázaro y Gil Diaz, que se profesaban singular cariño, y que holgaban tambien de gozar los encantos de la aurora que en aquella estacion y en aquel en estremo regocijado pais no podia menos de

ser deliciosísima. Cubrian en otro tiempo la espaciosa plaza á esta misma hora las ricas producciones de la tierra, amontonándose las dulces frutas y sabrosas verduras: al presente escaseaban ya los comestibles por el asedio, y estaba casi desierta y desprovista del necesario alimento.

Caminaba delante sola y señora nuestra doncella, como hemos dicho, y nuestros dos amigos que iban con mas reposado continente se detuvieron un momento para corresponder á los saludos de un moro que al principio no reconocieron, ó sea por el espacio que mediaba, ó sea porque todavía era debil la vislumbre del dia. Mas luego vieron ser el señor Vellido Dolfos que se les reunió con muestras de mucho agasajo, y les dijo:

= Vengo á solicitar de vosotros una gracia, amigos mios; confiado en el retorno que merece el amor que os mostré mientras la suerte de la guerra os hizo esclavos mios.

= Si asi es, le interrumpió Gil, cuente su merced con una tanda de azotes, igual á aquella de marras: cuente con que nos ha de servir trabajando á destajo, entre tanto que nosotros nos solazamos bonitamente con descargarle sendos latigazos que le pongan como nuevo; y cuente con que ha de comer solamente queso, pan y agua. Porque justo es que á quien pide tornas, se le den saludadas: y nosotros no somos hombres para hacer pleito por punto más ó menos.

= Bendiga Dios esa lengua, esclamó fray Lázaro, para que podais

algun dia tenerla á raya y no encajar á cada triquete tamaños disparates. Si todavía ignorais, hermano, lo que quiere el señor Vellido, ¿á que viene esa cafila de sandeces? ¿No podia desear confesion, arrepentido de sus muchos y enormes delitos? ¿Y os parece que en ese caso podia yo en conciencia negarle su demanda, por mas que muestren todavía mis carnes las señales de su crueldad para con nosotros?

= Vuelvo otra vez á mi cuerpo, contestó Gil, cuanto he dicho: y de ahora para siempre lo anulo y doy por mal pensado y peor hablado.

= Lo que os ruego, añadió entonces Vellido, es que uno y otro intercedais con Doña Ximena, á fin de que me dé una recomendacion para su esposo con seguridad plena

de no tomarme cuenta del pasado tiempo: y con este documento pienso fugarme á su campamento y abandonar esta ciudad, que voto al diablo, no tardará en caer en manos de los sitiadores.

=¿Y eso no mas exige de nosotros su merced? preguntó el socarron del criado. Pues á fe mia que he recomendado mas de una vez á su merced con tales veras á las señoras mis amas, que han ofrecido encumbrarle tanto, que no le alcancen sino con llamarle señoría. Me dejaria yo pelar las barbas antes que consentir que tocasen los vencedores un solo cabello de la cabeza del buen Dolfos mi antiguo camarada, y poco há dueño de mi persona. Y asi tengo por escusada la peticion, pues ahora vaya con documentos.

ahora sin ellos le recibirán de perlas los cristianos.

= Pues yo, replicó fray Lázaro, he de interceder con Doña Ximena para lo que pide Doifos, porque mi conciencia me manda que pague el mal que me ha hecho con bienes.

= Es su paternidad, le atajó Gil, espíritu de quimera conmigo, y no haya miedo de que una sola vez esté á mi razon. Asi recomendará mi señora á un traidor, como lloverán torreznos: y juro á tal, que no le han de valer escusas, y ha de satisfacer la deuda que conmigo tiene sobre los azotes que me mandó dar. No, sino andaos con rodeos y melindres: que en cayendo su merced en manos de Reynaldos y Gayferos, mis amigos, sabrá con quien las habia.

= Bellaco, gritó Vellido, vé y cuenta á esos señores que mi mano ha visitado tus carrillos.

Dicho esto descargó sobre el pobre Diaz tal bofetada, que casi dió con su cuerpo en tierra: pero saliendo el escudero de su acostumbrado paso con aquel insulto, asió de las barbas á Dolfos, y comenzaron los dos una escuderil pelea de araños, mogicones y patadas. El criado sacudia al regicida, el regicida al criado, fray Lázaro gritaba haciendo ademanes para ponerlos en paz, y al ruido del alboroto, de los porrazos y de las voces del religioso, volvió la cabeza Elvira, y soltó las riendas á la risa, al ver los hinchados mofletes de Gil que chispeaban de puro colorados, los hundidos ojos de Dolfos que arqueaba

las cejas y apretaba los dientes haciendo graciosos visages á cada golpe que recibia, y la flema y remanso de fray Lázaro que se contentaba con darles voces sin tomar parte en el combate.

Acercóse la doncella, y al verla por un natural movimiento de respeto, cesaron ambos combatientes en la pelea, poniendo unos rostros compungidos y melancólicos. = ¿Que es esto, preguntó Elvira sonriendo cariñosamente, amigo Gil? ¿Y el voto de vivir pacífico y sosegado, qué se ha hecho?

= Señora, respondió el escudero, los primeros ímpetus de la cólera no son en manos del hombre: y el mas reposado pierde los estribos cuando le acriban y asaetean. Ahí tiene su merced al señor Vellido

Dolfos, que todavía pretende ponerse á cuentas conmigo, por si mi señora Doña Ximena le ha de recomendar ó no á mi amo para que deje impunes sus delitos.

=Si tal es la causa de la disputa, contestó la hija del Cid, viva mi buen escudero quieto y sosegado, que mi madre no escucha á renegados, ni los escuchará jamas: y el asesino del Rey Sancho y el que puso en venta la cabeza del caballero del Armiño valiéndose de mi nombre, puede estar seguro de que tarde ó temprano morirá, como le predijo Diaz, en lugar alto: y veamos si quiere vengarse tambien de mi prediccion: que puede ser que con solo pestañear yo, le mande Abenxafa colgar de uno de estos árboles. Quítese de mi presencia el

vil traidor, y otra vez no ose alzar los ojos á mirarme si aprecia en algo la vida: pues por la Cruz de que ha maldecido el fementido, que no necesito de los cristianos para castigar sus infinitas maldades; que de un renegado y regicida todos recelan, y á todos place deshacerse de gente criminal.

Vellido se alejó con indignados ojos sin atreverse á mirar á la irritada hija de Ximena, conociendo cuan facil le seria en una y otra época, es decir ahora ó despues de tomada la ciudad, recompensar su merecimiento. Fray Lázaro que ansiaba sacar á plaza su humildad para dar egemplo de que los agravios deben ponerse en olvido, alzó los ojos al cielo, y despues de haber exhalado un robusto y pausado sus-

piro, esclamó: = ¡Es posible que la hiel de la venganza halle cabida en el blando y tierno pecho de Doña Elvira! No, no puedo darme á entender que se haya asi trocado la naturaleza de las palomas: interceda su merced, señora, con su padre, á favor del desgraciado Dolfos que quizás con el arrepentimiento lavará sus pasadas acciones.

= Su paternidad perdone, respondió la doncella, pero por esta vez no soy de su opinion: nunca emplearé mis ruegos para salvar á un cobarde y alevoso renegado.

Adelantóse con gentil continente por la vega mas ligera que la liebre, y dió orden á Diaz que regresase á palacio, y aguardase alli su vuelta que daria al instante. Dirigíase la belleza de Castilla á un escaño in-

mediato que ocultaban unos altos rosales, á cuyo agradable sitio debia venir el caballero del Armiño á despedirse de su amada. No tardó en llegar el paladin vestido ya con su magnífica coraza y cubierta la cabeza con un casco de bruñido acero que le habia regalado Pelayo. Llevaba caida la visera como en otro tiempo, y en vez de las blancas plumas que le distinguian de los otros guerreros, coronaba su casco una marlota negra graciosamente inclinada al lado izquierdo. Tembló el corazon de Elvira al ver otra vez armado al valiente caballero, agitada por un presentimiento fatal que aguó la natural alegría que en aquellos dias retrataba su rostro. Deslustráronse súbitamente las rosas que coloraban su fresca tez, quedando esta pá-

lida como las aguas del mar iluminadas por la lumbre del nocturno astro. Sin duda hay en la mente humana una chispa de adivinacion que alarma nuestras potencias y facultades físicas antes de acontecer la desgracia. Admiró al incógnito paladin la súbita mudanza del color de su amante, y recelando en un punto mil contrarios accidentes, preguntó turbado y cuidadoso: = ¿Que aspid has pisado, hermosa Elvira, que asi ha conmovido tu pecho y eclipsado la púrpura de tus megillas? ¿Será posible, Eterno Dios, que cuando se acercan á su ocaso nuestras penas nazca de repente una estrella de mal agüero? Rompe ese silencio, dueño mio, y si nuevas borrascas me roban la luz de tus soles, permite á el alma saborearse con tu vista los bre-

ves momentos que el destino nos concede.

= Ignoro la causa, respondió la hija del Cid, pero agita mis miembros un frio mortal; y siento tal inquietud, que apenas podré esplicarla con palabras. Quizás la proximidad de la dicha causa en mí sensaciones desconocidas: porque parece que los grandes acontecimientos se anuncian ellos mismos, como el trueno al que preceden los relámpagos. Pero una preocupacion no debe ser parte á privarnos del gozo de volvernos á ver en el feliz momento en que el egército cristiano va á recobrar su mejor lanza.

= ¿Quieres, dijo el caballero, partir conmigo y recobrar tambien la libertad? Juro en mi ánimo sacarte en mis brazos por entre un

millon de combatientes, y restituirte á tu adorado padre. Mi empresa si bien se considera es arriesgada: porque cerradas como estan las puertas de la ciudad, no me queda mas recurso que arrojarme al rio, y á nado salir al campo cristiano despreciando la nube de flechas y saetas que al verme huir lanzarán contra mí los sarracenos. Pero si me concedes la gloria de ser tu libertador, saltaré con la espada desnuda al muro, y de alli nos deslizaremos al arrabal con el aliento que tu divina presencia infundirá á mi pecho.

= ¡Piensas, contestó Elvira con patético entusiasmo, que seria capaz de abandonar á mi querida madre, y esponerla á mayores insultos y peligros por todos los bienes que

encierra el orbe? Mi felicidad es muy despreciable á mis ojos comparada con la suya: renunciaria á la vida y á las delicias mismas del amor por proporcionarle un solo consuelo. ¡Oh! tú no llevarás á mal el que ame con tanto estremo á la que me alimentó con la sangre de sus venas, á aquella á quien dirigí la primer sonrisa desde la cuna para significarle que ya la reconocia el corazon. Pero observo que es temerario arrojo entregarse al cielo abierto y á la luz del sol en manos de la suerte, cuando protegido de las tinieblas de la noche podias facilmente ponerte en cobro sin tantos peligros. Y aunque la vida sea para los héroes un obgeto de poco precio porque les espera la inmortalidad, sin embargo deben procurar salvarla,

sino por ellos, por aquellas personas á quienes costaria su pérdida la ventura.

= Los árabes, replicó el joven, recelan que los cristianos han de asaltar la ciudad, y no hay precaucion que no tomen por las noches para evitar una sorpresa que les podia ser funesta: mas fiados durante el dia en su claridad, andan menos solícitos, y es mas agible el burlar su vigilancia. Sin embargo á decir verdad, aunque asi no fuese, nunca reputaria digno de un individuo de la alta caballería el escapar á la sombra de la noche por temor, á manera de un criminal que huye por no esperar la sentencia de muerte en castigo de sus delitos. ¿Que dirian mis soldados de que su gefe que tantas veces les habia mostrado

el camino del verdadero honor necesitaba de las nieblas y de los ardides para vencer á tan cobardes enemigos? No, ellos me han de ver entrar á buena luz y con la cabeza erguida, como quien no teme mostrarse despues de una batalla, seguro de que no le darán en rostro su cobardía.

= Si asi es, esclamó la doncella, nada debo decir en contrario: porque amo tu gloria tanto como tu corazon. Tu regreso al campo cristiano lisongea agradablemente mis esperanzas: y no dudo que en breve gozaré el placer de hablarte mas tranquila en esta encantadora vega. ¡Que deliciosa está! Mira como el aurora ha erguido las florecillas que esmaltan las márgenes de los riachuelos, corriendo sus líquidos cristales

entre blancas y pardas guijas. La tierra floreciente, el cielo despejado y el aire puro, todo da claros indicios de la plácida bonanza que reina en la naturaleza. ¿Por que no ha de haber en mi interior la misma calma?

= Deja que mi brazo victorioso, gritó conmovido el paladin, derribe al suelo los pendones de Mahoma, y ponga á tus plantas una laurífera corona: deja que la cabeza del vil Abenxafa clavada en la punta de mi lanza aterre á los tiranos que oprimen injustamente á la virtud, y entonces regocijada y satisfecha probarás las dulzuras de la amable tranquilidad. Ahora que los riesgos hormiguean á tu rededor y ardes en deseos de contemplar dichosa y reunida á tu familia, ahora que presencias á todas horas las lágrimas de

una esposa enamorada, no es posible que encuentres de todo punto la calma. Parto sin poder tributar mis respetos á tu madre como deseaba: parto á buscar una muerte gloriosa, ó á romper las cadenas y libertar á la mas hermosa de las ciudades del yugo sarraceno: al lado de tu ilustre padre y á la sombra de sus laureles penetraré proclamando vencedor tu dulce nombre. Si la cruel fortuna nos separa, y me espera el sepulcro, acuérdate alguna vez de un caballero que todo lo ha sacrificado á tu amor.

= Demasiado me acordaré, dijo suspirando la hija de Ximena: porque no es facil borrar la imagen que está impresa en el corazon. Adios, valeroso joven, saluda á mi amado padre, y dile que los brazos de su hi-

a no han ceñido dias hace su cuello: dile... Pero ¡Dios mio! ¿quien se acerca?

En efecto: venia hácia ellos con presurosos pasos y ademan amenazador el Monarca de Valencia, saliendo de entre unos enramados jazmines que enzarzándose por los troncos de los vecinos árboles formaban como una pared de verdes hojas que ocultaba del todo los obgetos que por aquellas sendas vagaban. Centelleaban los ojos del tirano, y sus blancos labios manifestaban el corage y ávida rabia que despedazaban su alma al reconocer á la que amaba discantando con un guerrero de la Cruz y con muestras de enternecimiento. Sin embargo no colgaba de su tahalí alfange alguno, ni brillaba en el cinto el mango de su pu-

ñal: pendia sí de sus hombros una sutil capa de púrpura recogida enteramente á las espaldas, y en el magnífico turbante que cubria su cabeza se veían sartas de perlas ondeando en graciosos pabellones.

=¿Quien eres? preguntó el airado Abenxafa al caballero del Armiño con impetuoso tono. ¿Que buscas en esta ciudad, y por donde has penetrado?

=¿Y con que derecho, le contestó el cristiano, exiges de mí que responda á tus preguntas? ¿Piensas que soy algun esclavo tuyo, á quien puedes mandar como te plazca? Jamas satisfago á nadie con la lengua: empuña la espada, y te enseñaré segunda vez cómo has de tratar á los paladines de Castilla.

=Orgulloso eres, soldado, res-

pondió el morisco; y siento no poder probarte el desprecio con que te miro, pues por azar me hallo sin arma alguna. Sin embargo soy el Soberano de esta ciudad, y me parece que me asiste algun derecho para preguntarte quién eres. Y si estas razones no bastan, sabe que me pertenece el corazon de esta cristiana, y que debo conocer con qué motivo has venido á hablarla.

= Por la Cruz santa juro, insensato y presumido árabe, que á no verte desarmado te cortaria la lengua para que no tornaras ya á blasfemar de la belleza mas perfecta que posee España. ¿Juzgas que te pertenece su corazon porque lo has ganado en alguna singular batalla? A risa me provoca tan infundada presuncion; y si te place seguir mis

consejos, cesa de cansarme con necias interrogaciones, de las que sacarás igual fruto que de tus amores con la hija del Cid.

= Por Alá, gritó el árabe, que si me permites volver á palacio por un sable, que he de paladearme con mirar tu cabeza clavada á la puerta de mi alcazar.

= Hombre vil, dijo el del Armiño, de muy buena gana haria semejante concesion á un guerrero de honor, á un guerrero valiente que no hubiese recurrido ya otras veces á la traicion para asesinar á sus enemigos. ¿No fuiste tú quien arrebató del campo cristiano con la mas negra perfidia al caballero del blanco escudo para vengar sin riesgo la gloria que le habia cabido, haciéndote morder la tierra á las puertas

mismas de la ciudad? Te cubriste de infamia con tan despreciable accion: y desde entonces perdiste ya los derechos á la confianza que antes inspirabas: ¿como quieres merecerme la menor sombra de ella, si veo tus manos teñidas, no con la sangre que derraman los valientes en la liza, sino llenas de las manchas que ostenta el verdugo despues de haber sacrificado la víctima? Aqui tienes presente la sombra de tu rival: yo soy el caballero del Armiño, el que te venció en singular combate, el que juró derribarte del trono á que te èncumbraron tus crimenes, soy aquel á quien seducido y vilmente engañado sepultaste en el panteon donde descansan las cenizas de tantos monarcas de tu culto. Tiembla delante de mí: he venido á anunciarte que

se acerca el dia de tu perdicion, y que está escrita en las celestes bóvedas tu sentencia. ¡Ay de ti, si osas profanar con una sola mirada los encantos de esta celestial criatura! se abrirá el abismo á tus plantas, y saldré yo con impávido corazon á defender la inocencia. ¿No me reconoces en el acento, en el veneno que respiran mis palabras, en el desprecio con que te hablo, en mi coraza y espaldar? Acuérdate de mis palabras: cumpliráse mi prediccion, y me paladearé insultando con la sonrisa del menosprecio los postreros alientos de un tirano. Y tú, hermosa Elvira, adios: nada temas de ese malvado: que donde quiera que él ose atormentarte, allí me verás aterrarle con la súbita aparicion de mi sombra.

El caballero, pronunciada su terrible profecía, con misterioso tono, desapareció como un rayo siguiendo la ingeniosa ficcion que sin duda le salvaba: pasó á nado el rio, y aunque los centinelas de la muralla le dirigieron y asestaron continuas saetas, tuvo la felicidad de que se hiciesen pedazos sus puntas resonando sobre el espaldar de finísimo acero, que era el único blanco á que podian encaminarlas. Permanecia Abenxafa atónito y consternado sin alzar los ojos del suelo donde los habia fijado: porque su imaginacion supersticiosa y llena de las preocupaciones que el espíritu de fatalismo y las doctrinas del Alcoran infunden á los musulmanes añadia al fanatismo de su secta ciertas ideas confusas y horrorosas que acerca de los

muertos habia aprendido en algunas regiones de Africa. Asi no dudó un solo momento de que el caballero del Armiño era una espantosa vision que el angel de las tinieblas le enviaba para poner pavor á su alma. Recordaba el acento del paladin que habia oido durante la batalla que tuvieron, y en la noche de su prision: y como no podia menos de reconocerle, cayó en tan estravagante creencia. El ingenio lo conseguia todo en aquellos tiempos de ignorancia: y trasformando los sucesos mas sencillos con la magia de la reinante supersticion, suponia prodigiosos y sobrenaturales unos acontecimientos que en sí mismos no tenian nada de estraordinario. De aqui nacen las maravillas, apariciones y encantamentos que nos refieren las

antiguas leyendas: y que examinados á buena luz no son otra cosa que rasgos de desenvoltura y agudeza con que hombres superiores á los otros en ingenio y conocimientos utilizaban en su provecho la agena ignorancia. Nada mas facil que hacer ver á una imaginacion exaltada por el terror, fantasmas y sombras gigantescas: y si el embelecador poseía por fortuna algunos secretos físicos, pasaba plaza de mago, y se captaba la universal admiracion.

= Elvira, esclamó por último Abenxafa con apagada y doliente voz, deseo hablarte cuando torne á reinar la calma en mi agitado ánimo. Iré dentro de algunos momentos á tu aposento, y espero hallarte alli: porque quizás será la última vez que nos veremos.

El aterrado musulman miró tiernamente á la atildada doncella, suspiró, y se alejó de su presencia con presurosos pasos, y casi temblando como si todavía le persiguiese la infausta vision. La hija del Cid á pesar del gozo que debia inspirarle el feliz desenlace de una escena que pudiera haber sido horrorosa, parecia sin embargo meditabunda como dudosa de la suerte que habria corrido el caballero del Armiño en su fuga. Regocijábase, es verdad, recordando la ingeniosa idea del paladin que habia pasado plaza de sombra á los ojos del crédulo sarraceno, quien no habia aun conseguido salir del pasmo que le habia puesto la supuesta aparicion. Pero cuando volvia á imaginar los riesgos innumerables que habia de vencer

el joven incógnito para ponerse en cobro y llegar con vida al campamento cristiano, se entregaba segunda vez á sus melancolías.

Combatida de tan contrarios pensamientos, iba ya á encaminarse á palacio á solazarse en brazos de su amada madre, cuando salió de detras de los resales que alli habia el anciano Pelayo con llorosos ojos, y deteniendo sus pasos, la dijo: = ¿Vagais todavía por aqui, mal aconsejada doncella, y en la ciudad reina por todas partes la confusion? ¿No han llegado á vuestros oidos el son de los roncos atambores, el estruendo de los hombres de armas, y las pisadas de los caballos? Ya los hijos de Agá corren á la plaza, encendida la sedicion, y juran por su Profeta derramar la sangre de los que

reputan traidores: levántase la llama de la discordia: y solamente se escuchan amenazas y vituperios á las ilustres prisioneras. ¿Y vos, en medio de este desorden, os dirigís con tanto remanso al alcazar?

= Decidme, venerable anciano, preguntó la bella Elvira: ¿sabeis que ha sido del caballero del niveo escudo?

= Se ha salvado, respondió Hamete, ocasionando el popular tumulto de que os hablo. En vano los centinelas del muro han hecho llover las flechas y saetas sobre su fuerte espaldar, pues el paladin cortando las aguas con intrepidez y ligereza ha burlado su rabia, y ha llegado, segun ellos mismos declaran, al campamento de vuestro padre sin lesion alguna. Mas los árabes han creido

que su fuga era efecto de alguna traicion: y dicen que estan vendidos, y que es necesario purgar la ciudad de los que defienden á los nazarenos. Han redoblado los centinelas; han ordenado un muro de barcas que cierra el paso del Turia, y han tomado infinitas precauciones para que no pueda ya penetrar ningun paladin.

= ¡Justo Dios! dijo la doncella de Castilla: si se ha salvado el valeroso mancebo, caigan sobre mi cabeza cuantas desgracias plazcan á la divina Providencia. Anteveo, generoso Pelayo, una furiosa borrasca que amenaza nuestras vidas: Abenxafa me ha sorprendido hablando con el caballero cristiano; y aunque este por una feliz inspiracion le ha obligado á creer que no era en realidad

un ser viviente, sino una sombra que le anunciaba su próxima muerte, temo no obstante algun desman.

=Haceis bien en temerle, replicó Hamete, porque esa ilusion se desvanecerá como la niebla al primer rayo de la luz, cuando sus soldados le refieran la manera como ha salido de la ciudad el guerrero. Entonces no le quedará duda ninguna de que se ha dejado engañar, y caerá sobre nosotros su venganza. Confiemos solo en el Soberano Autor de la naturaleza que nunca abandona al hombre virtuoso en la espinosa senda de la vida; y despreciemos los esfuerzos de un tirano, á quien un soplo, una mirada del Eterno Dios puede despojar de la vida.

=¿Y no queda, añadió Elvira, resquicio alguno, por donde pudié-

semos escapar y salvar la vida de mi pobre madre? ¡Ah! ¡si suprierais con que desprecio desdeñaria yo mi libertad y mi existencia si lograra ver en brazos de mi padre á la mas amada de las esposas!

= No os canseis, la interrumpió Hamete, valerosa doncella; es necesario cerrar los ojos á lo futuro, y entregarnos en brazos de la suerte. Por ahora partamos á comunicar á Ximena los acontecimientos de este dia, pues no es ya tiempo de emplear los misterios. Contad por mi parte con que verteré en vuestra defensa hasta la última gota de mi sangre: porque si tengo en algun precio la vida, es únicamente para poder consagrarla á mis ilustres parientes. ¡Cuan lejos estará vuestro padre de juzgar que

Pelayo, cuyos funerales celebró en su campo con tanta pompa, existe y vela por la salvacion de su familia! No nos detengamos, gentil Elvira, y apresurémonos á penetrar á las habitaciones de palacio por el jardin.

Accleraron en efecto su marcha los afligidos cristianos, y por fortuna llegaron sin tropiezo alguno al vergel, por donde facilmente entraron en el aposento de la doncella. Oíanse desde alli los amenazadores gritos de la frenética plebe, semejantes al lejano murmullo de las agitadas ondas en una noche de invierno. Todo estaba sin embargo silencioso en aquellas estancias, y apenas se percibia pisada alguna. Resonaban tal vez las alegres canciones

de algunos soldados que sin tomar parte en el motin se paseaban por el patio del alcazar con mucho desenfado y con la misma indiferencia que si nada estraordinario aconteciese. Cesó por grados el rumor del lejano tumulto, porque corriendo Abenxafa á los amotinados, les representó los males que podia ocasionar la discordia en tan críticas circunstancias: y ofreciendo castigar á los culpados en la fuga de aquel cristiano, obligó con su política y sus esfuerzos á que se retirasen á sus casas.

Pacificada la sedicion y cortada de raiz, voló al aposento de Elvira con la rabia del tigre, y entrando en el punto mismo en que la doncella acompañada de Pelayo impri-

mia las plantas en la estancia, gritó: = Vil criatura, ¿donde está tu madre? Y vos, Hamete, ¿que haceis en este sitio?

= Lo ignoro, respondió la hija del Cid: y en cuanto á este anciano, hele suplicado que no me abandonase, temiendo el furor de los sediciosos.

Abenxafa sin esperar mas razones, recorrió frenético las cuadras del alcazar, registrándolas de una en una: pero todas sus diligencias eran infructuosas, sin que persona alguna pudiese decir que habia sido de la noble matrona de Castilla. Su hija lloraba tiernamente juzgando que habria perecido á manos de algun traidor, é imputaba este crimen al Monarca de Valencia que se enfurecia

al oir las sospechas de la doncella. Pelayo no podia tener á rienda su despecho, y casi descubria sus verdaderos pensamientos, porque se daba á entender que de ningun provecho le era ya una vida que no habia sido util á la ilustre Ximena. En resolucion; á fuerza de pesquisas se pudo averiguar por un esclavo, que la matrona de Castilla holgaba ya libre y dichosa en brazos de su amado esposo en el campo de los cristianos: pero nadie supo cómo ni cuándo habia roto sus cadenas. Abenxafa convencido de que todo era obra de Elvira, soltó el freno á su venganza y rabiosos zelos, y dándose á entender que estaba vendido por un rival osado y poderoso, mandó que cargasen de cadenas á la in-

feliz Castellana, y que la sepultasen en un oscuro y reducido aposento. Pero trasladémonos á la vega que habitaba el egército del Cid, y veamos por que milagroso acaso consiguió su libertad la virtuosa y enamorada Ximena.

CAPITULO DECIMOCUARTO.

El Cid y Ximena.

Habia en el egército de Rodrigo de Vivar un soldado cuyo nombre era Gayferos, y cuya fama llegaba á las estrellas por el singular ingenio y rara travesura que en él descollaban. Era el mas hazañero, desenfadado y regocijador de sus amigos: andaba siempre haciendo figuras y hablando en chilindrinas, que era cosa de comerse las manos tras los dedos con el gusto de oirle; y podia dar una mano de coces de ventaja á cualquiera en esto de pulsar

la lira, y acompañarse él propio con una voz que tenia como la plata. Con él no valian asedios ni prohibiciones: porque asi que llegaba á un punto conocia al instante los mas ocultos arcaduces, y embasándose un trage desconocido recorria la plaza enemiga, y daba despues cuenta al Cid letra por letra. Pero lo que principalmente le distinguia de todos sus compañeros, era un entusiasmo que rayaba en idolatría por el glorioso héroe bajo cuyas banderas peleaba: y su valor subia tan alto, que mas de una vez enristró la lanza él solo contra seis moriscos, dejándolos tendidos por el suelo.

A este pues llamó Rodrigo para acometer la mas atrevida, la mas gloriosa, y la mas nueva de cuantas aventuras se habian emprendido en

toda la ancha faz de la tierra, desde que doncella alguna calzó la espuela al primer caballero andante de los pasados siglos, cuyo nombre no declaran las historias. Era la noche, y saliendo el inmortal Campeador á la puerta de su tienda vestido de todas armas, con la visera calada, las manoplas puestas, la celada sin plumas y el escudo sin empresa, asiendo con la diestra la empuñadura de la espada, y caida la siniestra sobre el hombro del militar, le dijo asi: = Has de saber, buen Gayferos, que yo he nacido por querer del cielo para repetir en nuestra nacion las altas é inauditas hazañas que á orillas del Eleusis y del Pactolo llevaron á felice cima los héroes griegos. Y es vergonzoso á quien tiene á su cargo tan honorífi-

co arrojo el necesitar de todo un egército para libertar de la esclavitud á su familia, sin que su invencible brazo baste por sí y sin ayuda de otro á romper tan ignominiosas cadenas. Por cuya razon he resuelto entrarme solo en la ciudad sin mirar á riesgos ni á muertes, y sacar libres á mi esposa é hija, y mostrar al mundo entero que Dios me ha puesto en corazon de romper por medio de murallas de bronce, sin faltar un punto mi valor á lo que á sí mismo se debe. Indícame pues el subterráneo camino de que tantas veces me has hablado, y me verás hundirme en las entrañas de la tierra, y caminar impávido por la region de las sombras, sin que me pongan temor ó hagan retroceder los trasgos, vestiglos y demas

gentes de ese jaez. Porque en Dios y en mi ánima, que al rayar el dia he de hallarme ya entre los brazos de Ximena regocijado y dichoso, aunque se opongan á mi resolucion los árabes de toda el Africa y el Asia, unidos á los que habitan aun en España.

= ¡Vive Cristo! respondió Gayferos, que su merced habla como valiente y esforzado militar, y que he de acompañarle en esta temeraria empresa, por mas que se me trasluzcan las dificultades que nos saldrán al paso. Valencia está minada de aqueductos y arrequibes, que recibiendo sus aguas en acequias, las sacan fuera de la ciudad por bajo de las murallas, y estas acequias son subterráneas, y no salen á luz hasta un buen espacio mas allá de la huer-

ta. Para poder pues penetrar á sus calles, es necesario sepultarse en una de ellas, y sumirse por sus arcos hollando un terreno hundido y pantanoso, y tan angosto á las veces, que apenas puede caber un hombre: hay ademas multitud de reptiles y nocturnas aves, que á bandadas cierran el tránsito é impiden dar un paso mas. Pero si todos estos peligros no debilitan el valeroso ánimo de su merced, aqui estoy dispuesto á servirle de guia, y á morir en defensa del mas perfecto de los paladines del mundo todo.

= Te agradezco, replicó Rodrigo, la buena voluntad que me muestras, queriendo partir conmigo los peligros que correré en esta aventura que emprendo, aunque á decir verdad, cuanto mas considero la

gloria que debe resultarme de ella, tanto mas me mueve y aguijonea el deseo de darle fin, para arrancar del corazon de mi Ximena las espinas que lo destrozan y martirizan. Y si, como me doy á entender, logro ver coronadas felizmente mis esperanzas, he de premiarte de mil maneras poniéndote en tan encumbrada dignidad, que no te alcancen sino con llamarte merced.

= Arriesgado negocio es el que traemos entre manos, contestó Gayferos; pero mal dia me dé Dios, y sea el primero que amanezca, si no quisiera morir á manos de una bruja que me acribillase á puros alfileres, antes que recibir paga alguna de su merced. Porque si la recompensa libra de la carga del agradecimiento al deudor, pierdo por ella

el mas alto premio á que podia aspirar. Y lo que hay que hacer en este asunto es, no dejar que nos sorprenda el dia, no sea que al hundirnos en la embocadura del subterráneo nos vea algun morisco aljamiado de los que andan por esas huertas, y avise á los centinelas para que nos descubran y acometan.

=Dices bien, gritó Rodrigo de Vivar: y asi disponte para antes que la luz del alba raye las cumbres de los montes; y nos entregaremos en manos de la fortuna, que ó yo sé poco de achaque de aventuras, ó nos ha de ser favorable en esta. Ensancha ese ánimo, hijo Gayferos, y no te des cata de los tormentos y estrecheces que nos aguardan, que por esos caminos angostos y escabrosos, y no por los anchos y lisos se llega

á la gloria: que el soldado mas bien parece caido, polvoroso y con las carnes desgarradas, que enhiesto, enrizado y lleno de atildaduras que huelen á almizcle y á cobardía. Aunque sé bien que contigo no hay por que encarecerte el valor, que nunca le has dado las espaldas, sino el rostro: y la fama se hace lenguas de ti, como de aquel que campea bajo el estandarte de Castilla, que no admite cerca de sí á ningun malandrin.

Separáronse los dos guerreros para hacer los preparativos de tan inaudita y peligrosa empresa, porque todavía las estrellas lucian en el despejado cielo despidiendo una escasa y suave vislumbre. Oíanse solamente los gritos de los centinelas mezclados al lejano rumor de las ondas

del mar que clara y distintamente se percibian desde los reales.

Ordenó el Cid que celebrase un sacerdote el santo sacrificio de la misa, al que asistió acompañado de Gayferos para implorar el favor del Omnipotente Dios y la ayuda de su brazo. Quemó por sus propias manos el incienso que elevándose por el templo en humeantes nubes lo inundó todo de suave fragancia: puso en manos del digno eclesiástico Don Gerónimo, que despues fue Arzobispo de Valencia, alhajas de oro y plata para levantar en aquel sitio un convento de vírgenes que prodigasen incesantes alabanzas al Eterno; y recibió la bendicion del sacerdote con muestras de singular alegría. Habiendo cumplido con los deberes de la religion tan á gusto suyo, pen-

só que el cielo favorecia sus designios, y que habia llegado el ansiado momento de poner en libertad á su adorada Ximena y á Elvira sin ayuda ni socorro de su egército, pues no queria darle parte en tan glorioso acontecimiento.

Caminaban el héroe y su guia por entre altos y pomposos cañaverales que guarnecian las orillas de los líquidos riachuelos, y que agitados por la brisa de la mañana hacian un son confuso y variado. Pero veis aqui, cuando al rielar el primer rayo del alba en el olimpo, principiaron á percibir los ladridos de los perros en la oscura floresta, el subterráneo ruido de la tierra que parecia abrirse debajo de sus pies y el movimiento de los lejanos árboles que se desgajaban á la vista sacudidos por el

viento. = Aqui está, esclamó Gayferos, la embocadura por donde hemos de entrar: lejos, lejos de nosotros el temor. Y vos, invicto héroe, empuñad la desnuda espada: ahora necesitamos de valor, ahora ha de asistirnos la entereza de nuestros pechos.

Pronunciadas estas palabras, se ahondó el soldado en la acequia, y separando las yerbas que cerraban una especie de abertura practicada desde la tierra hasta el fondo del agua, se entró de hilo en aquella region de las tinieblas con el brillante acero en la mano y seguido del valiente Rodrigo de Vivar, que con impávido corazon y gentil denuedo se caló por aquella singular boca del abismo.

Duendes á cuyo cargo está la cus-

todia de tan umbrosos y horrorosos sitios; y tú, soberana noche, que reinas alli de continuo, alumbrad mi mente para que pueda referir los trabajos y peligros que afrontaron los dos castellanos durante su empresa.

Al punto que Gayferos separó las yerbas que dificultaban la entrada, salieron de cien en cien los reptiles y las aves nocturnas, acometiendo de frente á los arrojados paladines, que ni con la espada, ni con inclinar la cabeza, ni con calarse la visera podian libertarse de aquellos malandrines y desaforados animales. Hundíase el suelo que pisaban, quedando enlodados hasta las rodillas; y cayendo aqui y agarrándose allá, consiguieron penetrar á lo interior del camino subterráneo, que se en-

sanchaba á medida que se alejaban de la embocadura. Marchaban solos y cercados de las tinieblas mas espesas por la espantosa caverna del horror, del mismo modo que suele caminar el navegante por una selva á los mustios reflejos de la escasa y moribunda luna, cuando las nubes entoldan los cielos y la oscuridad se apodera del universo.

=¡Válgate Dios por el hombre, esclamó Gayferos, y cómo parece que nos hayamos abismado en el infierno! Hubiera venido aqui como anillo al dedo una linterna, que por lo menos nos hubiera mostrado estas estrañas y no vistas sendas que á mi entender deben de ocultar preciosidades. Porque hago saber á su merced que andamos por bajo de altos y prodigiosos arcos de piedra, se-

gun diferentes veces me han dicho; y diera yo por verlos un dedo de la mano. Todo es obra de los señores moriscos, que como hacen en esta ciudad su principal comercio, han empleado el mayor esmero y diligencia en perfeccionarla, y establecer en ella cuantas comodidades pueden apetecerse: y no debe ser maravilla el que hayan encerrado en este subterráneo obgetos dignos de admiracion.

=Como no fuesen, respondió Rodrigo, infinitos é inmundos avestruces que me tienen molido á puro de batirme con ellos á brazo partido, dudo que hallásemos cosa alguna capaz de detenernos un solo punto. Asi saltan los malditos sobre el rostro, como si fuese de alfeñique, y quisiesen darse en él un hartazgo:

y en cuanto al suelo pantanoso, de donde apenas puedo levantar las plantas, si oculta alguna rareza, como dices, será la virtud del lodo que á blando y suave puede apostárselas al mismo mar. Pero aunque ningun prodigio nos hiciese ver la tal linterna, soy de parecer que nos hubiera sido de mucho cómodo y provecho para mirar donde fijábamos el pie, y escusarnos algunas cortesías que mal de nuestro grado hacemos á los señores arcos de piedra; y asi, lo que debemos pensar por bien de paz al dar la vuelta con mi Ximena, es tomar una luz que nos sirva de norte; porque á las incomodidades del tropezar, se uniria entonces el terror de mi esposa, que aunque no es medrosa de suyo, juzgaria ver en estas sombras una

cáfila de duendes, que no parecen otra cosa los vapores ó nubes que se ofrecen continuamente delante de mis ojos.

= Es que sin duda, contestó el soldado, tienen su asiento en estos lugares los malos vichos que de cuando en cuando asoman su cabeza por el mundo; y he oido decir que aqui habitan los vestiglos, endriagos y familiares á que por allá arriba se teme tanto. Cabe la misma entrada ó garganta de este subterráneo, mora el dolor rodeado del afan y del cuidado; síguese á su morada la de las pálidas enfermedades, de la vejez, del pavor, de la insufrible hambre y de la indigencia: aspectos que da horror el mirarlos. Vienen tras estos la muerte, la desgracia, el sueño hermano de la muer-

te, y los remordimientos: y frente por frente está la sangrienta guerra despedazándose á sí propia; en torno de la cual yacen las furias, y la civil discordia con los cabellos sueltos á la espalda, que son otras tantas culebras que andan enroscándose por su frente que parece cubierta de vendas. Note su merced qué hubiera sido de nosotros pecadores, si estas alimañas y otras muchas que dejo olvidadas se hubieran abalanzado de golpe contra nosotros, y nos hubieran principiado á acribar y asaetear con sus largos picos, que picos deben de tener como toda ave de rapiña.

Soltó el Cid una carcajada que resonó por el vacío reino de las sombras, al oir las sandeces del socarron de Gayferos, que se pala-

deaba con ensartar semejantes despropósitos por entretener y suspender agradablemente á su amo para quien era muy sensible el camino por los continuos traspies que hacia. Y alzándose del suelo que acababa de besar, respondió con levantada voz de esta manera.

= Por malos de mis pecados, que has descrito con toda puntualidad la garganta del averno, por donde Eneas descendió al tártaro en busca de su amado padre: y ríome de pensar que quizás aquel camino debia de estar como este pantanoso, inmundo, y oliendo á azufre en vez de algalia, y la imaginacion del poeta lo adornó tanto, que mas de dos veces, si no fuese ficcion de un gentil, le vendrian á uno deseos de segundar aquella grande y estupenda

aventura, que á ser verdadera, no habia otra que se le pudiese igualar. Pero ó yo me engaño, añadió á media voz, ó suena á lo lejos un rumor de pasos y de voces que indica que nos acercamos á algun punto donde hay seres vivientes.

= Asi es verdad, dijo pasito el soldado, y juro en mi ánimo que aventura tenemos: apostaria á que es algun espía de los que Abenxafa envia cada instante á nuestro campamento; y en algunas ocasiones, segun noticias, suele visitarnos el traidor de Dolfos, á quien yo daria si lo encontrase en este sitio una cuchillada de mejor gana que al mas poderoso Rey de los moriscos. ¿Y percibe su merced un debil reflejo de luz á lo último del subterráneo que se mueve á intervalos como si

alguien la llevase en la mano?

= Sí percibo, contestó Rodrigo de Vivar, y eso me confirma en que es gente que sabe muy bien este camino, y que asi como nosotros nos dirigimos á poniente, ellos caminan hácia oriente. Lo que hay que hacer pues de primeras á primeras es, agazaparnos tras el primer arco que encontremos, y dejarlos pasar: pero si por azar fuese Vellido, me lanzaré sobre él, y le haré añicos antes que tenga tiempo para respirar.

= Dios nos libre, esclamó Gayferos, de manos de duendes y encantadores.

En esto se colocaron como mejor supieron tras de las piedras de un arco, y esperaron á que viniesen los viageros que ya se acerca-

ban con mucho remanso y prosopopeya: eran dos al parecer vestidos de guerreros cristianos, y llevaban en la mano una luz que iluminaba á medias aquel oscuro recinto. Iban platicando entre sí los fantasmas; y como el sitio estaba vacío y reinaba de todo punto el silencio, desde muy lejos comenzaron ya los escondidos guerreros á oir cuanto hablaban, sin perder una sola sílaba del interesante diálogo.

= Yo, Vellido, dijo el uno, te acompaño solamente hasta la salida del subterráneo: pero asi entraré en el campo de los cristianos, como volaré. Si hubieras conseguido la recomendacion que pretendias de la hija ó esposa del Cid, ya por fin contabas con una esperanza en el

supuesto de ser descubierto: lo que es en el caso presente, te doy por muerto, y juzgo tu empeño temerario é inutil. ¿Como has de dar muerte á un héroe á quien rodean miles de soldados, y cuyo valor raya en el último punto? ¡Ah, desdichado de ti, y cómo vas á hacer unas cuantas zapatetas en el aire colgado de las ramas de un nogal!

= Mira, contestó el otro que segun trazas era Vellido Dolfos, esta mañana, ahora mismo acabo de hacer cuantos esfuerzos he podido para arrancar una seguridad á la familia de ese dichoso aventurero, á quien tú llamas héroe; y no he sido poderoso á lograrla: sino por el contrario me he convencido de que estan todos los nazarenos tan irritados conmigo por la muerte del ca-

ballero del Armiño, que no hay uno que no holgase de verme ahorcado si conquistasen á Valencia. Dias hace que habia yo ofrecido á Abenxafa clavar mi puñal en el pecho de Rodrigo; pero me retraía del cumplimiento de esta oferta por las dificultades y peligros que en ella anteveía; hasta que hoy me he decidido por necesidad y por despecho. Si triunfan los cristianos, ya te he dicho que no me resta ninguna esperanza de vida: y pensar que no vencerán por el orden natural, es soñar necedades: la única confianza pues que puede alimentarme, es disipar con la muerte del candillo ese egército que se deshará entonces como la sal en el agua.

= Mala ventura te mando, replicó el primero que habia hablado: y

á fe del Profeta, que no doy un ardite por tu existencia. Mas tú lo quieres, despolvoréate con la suerte, que á mi casa me vuelvo; y ahora entren ó no entren los sitiadores, nada dirán á quien no se entrometa en negocios que huelen á muerte. Y si algun ruego ó amistad puede contigo, te suplico cuan encarecidamente puedo, que eches pie atras, y abandones tamaño proyecto, que tan caro ha de costarte.

= Será en vano cuanto me digas, gritó Dolfos, y si tu cobardía te hace temblar de miedo al ver la cara del enemigo, yo desprecio los riesgos, y mas quiero morir tentando medios de salvacion, que no aguardar á que caigan contra mí los contrarios, y me hallen tendido pierna sobre pierna, y hagan conmigo de-

saguisado. Y desde aquí puedes volver la espalda y encaminarte á tu casa, fementido compañero, que no mereces vestir trage de hombre, sino enfaldo y pañizuelo como las esclavas: ¿juzgas que por verme solo decaeré de ánimo? Vete, ó por Mahoma, que te rompo una pierna, para que traigas á la memoria cada dia el valor que te asistió en esta empresa; pues el cobarde que teme las heridas del combate, razon es que las reciba del acero de sus gefes para que aprenda á llevar con paciencia los dolores que causan.

Diciendo esto habian ya llegado cerca del Cid y de Gayferos, quienes poniéndose súbitamente delante de Dolfos y de su compañero, los acometieron con la espada, desarmándolos en un abrir y cerrar de

ojos. Al movimiento que hizo el morisco sorprendido por la repentina aparicion de los dos cristianos, se le cayó la linterna de la mano; y apagada la luz, volvió á reinar la oscuridad en el subterráneo. Descargaba Rodrigo sendos fendientes sobre el aterrado Dolfos, hiriendo muchas veces el aire por acuchillarle á destajo y sin ver á tan despreciable enemigo: tantas eran las tinieblas en que todos estaban. Cayó por último el renegado en el suelo, maldiciendo de su fortuna, abierta la cabeza en dos mitades, y pagó con una muerte temprana los muchos crímenes que enegrecian su alma, no siendo el menor el regicidio cometido en la persona del Rey de Castilla.

Daba voces entre tanto el com-

pañero de Vellido, pidiendo con muchos ruegos que le perdonasen la vida, pues habia sido seducido y arrastrado contra su voluntad á aquel sitio. Compadeciéronse de sus lágrimas, movidos por las razones que le habian oido antes de la refriega; y teniéndole Rodrigo asido de los brazos, le preguntó con levantada voz: = ¿Quien eres?

= Señor, ó ánima, ó sombra, ó lo que fueseis, pues yo no lo sé, respondió el morisco; soy Alí, uno de los musulmanes y pacíficos habitadores de Valencia, á quien mis pecados pusieron en la mente la idea de acompañar á Dolfos. Pero si alguna piedad se alberga en vuestro noble corazon, permitidme regresar á mi casa, y vivid seguro de mi agradecimiento, y de que no torna-

ré en mi vida á pisar esta silenciosa morada, ni á interrumpir el sueño de las sombras, si vos lo sois como presumo.

Temblaba todo al pronunciar estas palabras el valenciano, dando unos dientes con otros, como aquel que no juzgaba encontrar piedad en su enemigo. El invicto héroe de Vivar no podia tener á raya la risa al oirse llamar con tales nombres, y reprimida la cólera con la muerte del malvado regicida, comenzó á discurrir cómo podria salvar la existencia del morisco sin comprometer la suya. Porque si le daba libertad y le permitia volver á salir del subterráneo, claro está que daria aviso de lo acaecido á Abenxafa, y alarmaria contra ellos el poder de cuantos árabes guarnecian á Edeta. Du-

doso de lo que debia hacer, y revolviendo en su imaginacion distintos proyectos, dijo al sarraceno: = Tu vida pende de tus labios: si sales un punto de la verdad, ten por cierta en el mismo instante tu muerte. Yo soy Rodrigo de Vivar, generalmente conocido por el Cid, y de quien habrás oido hablar mas de una vez desde que tengo sitiado á tu monarca: diríjome por tan estraña via á libertar á mi adorada esposa, que gime agobiada con el peso de la esclavitud. Este fiel y valiente soldado que me acompaña quedará contigo antes de salir á la luz del cielo, para no verme en la necesidad de poner fin á tus dias: pero esto ha de ser con la condicion, de que como mas práctico en el subterráneo, nos saques á salvo

y conduzcas con religiosa fidelidad á su salida.

= Alá, contestó el morisco, conceda á vuestro acero mas victorias que logró el Profeta, y ponga en vuestros brazos libre y dichosa á esa muger que decís. Os guiaré con entera voluntad, pues os debo el aire que respiro, por estas moradas, y vos vereis que aunque agareno, no soy ingrato á los beneficios que recibo. Conozco un resquicio que sale al jardin mismo del palacio, y que viene de molde á vuestro intento: y donde vos querais, aguardaré vuestro retorno confiado en que despues me concedereis la libertad.

= Te la ofrezco, gritó el Cid, y no hay mas que acelerar el paso.

Cuando tocaron el término del subterráneo, el morisco mostró á

Rodrigo de Vivar la salida, dándole las instrucciones mas exactas: y el héroe ordenó á Gayferos que aguardase en aquel sitio, sin permitir al valenciano que se moviese de alli. Púsose de un salto en el patio del palacio de Abenxafa, y entrándose sin detenerse en el jardin, descubrió á lo lejos á Ximena que andaba divirtiendo sus penas por aquel plácido y ameno sitio.

Mostraba ya el sol entonces sus dorados rayos iluminando las espumosas cascadas que saltaban al valle con magnífica abundancia: y tan solo se percibia al compas de su estruendo la suave música de los alegres pajaritos que entonaban la alborada á la luz del dia. Subiendo la pendiente del montecillo, en cuya cumbre estaban las grutas, se

dominaba con la vista la anchurosa vega por la que atravesaban los cristales del padre Turia, y descubrian los admirados ojos un espectáculo maravilloso.

Ofrecíase por la parte de poniente un bosque de árboles frutales, cuyas ramas se habian entretegido con tal arte, que formaban una especie de toldo impenetrable á los rayos del sol: el rio se deslizaba mansamente por medio de este bosque, retratando en su diáfana corriente las copas de los manzanos, perales y naranjos magestuosamente doradas. Por encima de estos árboles y á corta distancia del Turia traslucíanse las agujas de algunas mezquitas, que eran otros tantos pueblecitos alegres y ricos que parecian sembrados por la flo-

rida vega. Por el lado de oriente se estendian hermosos paseos, segun el gusto de aquellos tiempos, y se divisaban los débiles muros de la ciudad coronados de bulliciosos centinelas que se paseaban con reposado continente, y entonaban versos á sus amadas. Mil cuadros distintos y animados herian la vista por aquella parte: aqui estaban los esclavos llenando sus cántaros de agua y cargándolos sobre sus espaldas con la cabeza inclinada: alli dos mancebos hacian respetuosos ademanes y señas á una mora que con el velo caido caminaba seguida de sus siervas: mas allá dos ancianos con el brazo apoyado sobre un palo, el dedo en los labios, y los ojos en tierra aparecian meditabundos como si discurriesen entonces sobre el sitio de

la ciudad y la suerte que les podia caber: y por último, en un espacio mas lejano brillaban los cascos y corazas de bruñido acero de los cristianos, en los que el sol marchando de frente reflejaba su clarísima lumbre.

Detuviéronse los ojos de Rodrigo de Vivar involuntariamente un momento en este bellísimo espectáculo, antes de haber reconocido á su esposa que con detencion le miraba desde la entrada de una gruta, como dudando de la vision. Pero cuando uno y otro se persuadieron de la verdad de aquel súbito é inesperado encuentro, corrieron ambos con los brazos abiertos á reunirse, y un grito de sorpresa lanzado por la matrona de Castilla rompió los aires, y llevó á los oidos del esposo

Pag.ª 223.

Rodrigo es, gritó Jimenez es-
trechó al guerrero.

aquel dulce y amoroso acento.

= ¡Dios mio! Rodrigo es, gritó Ximena, y estrechó al guerrero con ternura y vertiendo lágrimas de gozo.

= Yo soy, amada esposa, respondió el sensible héroe de Vivar, yo soy que vengo á romper tus cadenas: dijo, y regó tambien con una lágrima la mano de su adorada consorte, y exhaló un profundo suspiro tendiendo la vista al campo cristiano. Un momento de elocuente silencio, durante el cual se encontraron dulcemente los ojos del Cid y de Ximena, siguió á este primer desahogo del amor conyugal: el mundo entero desapareció de su mente ocupada de todo punto en el legítimo cariño que los inflamaba.

¿Y como he de describir tan

tierna escena? ¿Donde está el pincel que sabe espresar los secretos sentimientos del corazon, la llama del amor y la suave conmocion del gozo? Tú, ó patético Virgilio, tú debieras prestarme el tuyo, para retratar un cuadro digno del glorioso héroe que me inspira: entonces la doncella enternecida con mi narracion diria toda alborozada: solamente las virtudes conyugales pueden darme la ventura: y el corrompido mancebo comparando las puras delicias de dos esposos con la saciedad y los remordimientos del vicio, correria á las aras á jurar eterna fidelidad á una hermosura inocente y digna de sus caricias. Dame, dame tu lira; y vosotros, trovadores del Tay y del Sena, enardeced mi espíritu con una chispa del divi-

no fuego que distingue vuestros melodiosos cantos.

= Ximena, añadió Rodrigo, soy feliz, porque te veo, y mi alma no sabe existir sin ti. ¡Ah! ¿pensabas tú que podia vivir tranquilo, ni sosegar mi pecho hasta ponerte en libertad?

= Cruel, contestó la matrona, ¿por que espones asi una existencia tan necesaria al mundo, y que me es tan cara? ¿Por que no aguardabas el momento de venir seguido de tus soldados y rodeado de sus fuertes escudos? ¿No sabes, amado Rodrigo, que los peligros que te amenazan me causan mas tormentos que la esclavitud y la muerte? ¿Como es posible libertar tu vida en este alcazar guarnecido de miles de sarracenos? No; no hay remedio: mura-

mos juntos, y hasta con mi último suspiro defenderé tu aliento: soy una muger debil y sin valor, pero el amor que enciende la sangre de mis venas me hará osada y valiente.

= No temas, mi Ximena, replicó el Cid: he venido por un camino cubierto y subterráneo, y por el mismo llegaremos á mi campamento sin correr riesgo alguno. Aceleremos nuestra partida cuanto podamos, avisando á nuestra hija; y bien pronto daremos la espalda á este alcazar.

= Desgraciada de mí, esclamó Ximena: Elvira ha salido á solazarse por esos campos, y sabe Dios cuándo regresará, porque la acompaña Gil Diaz, y su único consuelo es vagar por las plácidas riberas del rio entreteniendo sus penas. Y si

aguardamos su vuelta, corremos riesgo de que entre alguno en el jardin, y nos descubra y sorprenda: mas ¿como hemos de decidirnos á abandonarla?

=No hay completa ventura en este mundo, dijo el héroe de Castilla asaz triste por la ausencia de su hija: pero consolémonos con que nuestro egército no tardará en asaltar esta ciudad, y me he adelantado solo al asalto para ganar la prez y la gloria de ser el único libertador de mi esposa, Sí, adorada Ximena: hubiera esperimentado cierto desasosiego al considerar que otros guerreros eran tambien acreedores á tu agradecimiento: ahora me paladearé con el gusto de saber que si tus ojos buscan alguna vez á un amante, á un esposo y á un libertador, deben

fijarse en mí que reuno tan gloriosos títulos. El destino me hace comprar á mucho precio la dicha de verte, esposa mia: errante y solo desde que te deposité desterrado de Burgos, en el monasterio de San Pedro, estaba privado de tu deliciosa presencia: y cuando mis brazos se abrian ya para recibirte, te sumió la traicion en esta ciudad, llenando de despecho mi corazon. Llegó por último el ansiado instante, y disfruto el gozo de arrebatarte de este alcazar, gozo que acibara la ausencia de mi hija. Pero no es posible detenernos mas tiempo: partamos, Ximena mia.

= Ya te sigo, esposo, respondió la matrona: y ambos corrieron al patio del palacio por donde entraron, sin sucederles desman alguno

en el subterráneo. Ximena derramó abundantes lágrimas al pensar que dejaba espuesta á tantos riesgos á Elvira: pero el amor que profesaba á Rodrigo y la idea de verle amenazado por la muerte si le descubrian, fueron poderosos á hacerle tomar aquella resolucion. A corto espacio que hubieron caminado, se reunieron con Gayferos y con el morisco, á quien el Cid mandó que los acompañase hasta la mitad del subterráneo, y desde alli le concedió la libertad, ordenándole que declarase á Abenxafa la muerte de Vellido Dolfos.

CAPITULO DECIMOQUINTO.

El caballero del Águila.

Llegando á la abertura del subterráneo los enamorados esposos, salieron felizmente á la luz del dia en compañía del alegre Gayferos que pedia albricias por tan próspero acontecimiento. Una súbita y tumultuosa aclamacion acompañada de alegres músicas y de repetidas demostraciones de júbilo, manifestó á los dos esposos el entusiasmo que su presencia infundia en los ánimos de los valientes guerreros. Cual suele una banda de pintadas avecillas pro-

rumpir en dulces trinos y suavísimas alboradas al aparecer en la azulada esfera el lucero del dia, y unas baten sus alas, otras cercan el aire con ligeras vueltas, aquellas trasvuelan, y estas se levantan á las nubes dando todas claras muestras del gozo que enagena su pecho; no de otra suerte los paladines del egército del Cid al descubrir al héroe que caminaba hácia ellos con gentil gracia y noble ademan conduciendo á su adorada consorte asida de la mano, victorearon á Rodrigo, y arrojando al aire los pañuelos, alzando los brazos y batiendo las palmas corrieron á recibirlos en presuroso tropel. A estas muestras de regocijo correspondieron Ximena y su esposo con graciosas saludes, hasta que detenidos por la multitud, oyeron

de boca de los principales gefes repetidos parabienes. El impávido Ordoñez de Lara abrazó á Rodrigo de Vivar con el entusiasmo que el espíritu caballeresco despertaba en su pecho todas las veces que presenciaba las brillantes hazañas del ilustre Campeador. Pero quien mas se distinguió con pruebas de singular alegría fue el caballero del Armiño á quien el Cid y su esposa pagaron las cariñosas y leales muestras de correspondencia á su afecto.

Cesó el melífluo sonido de la música marcial al llegar los dos esposos al edificio, en cuya cumbre ondeaba el santo estandarte de la cruz: allí una nueva y patética escena se llevó tras sí los ojos de los guerreros. La tierna doncella Doña Sol salió al encuentro de su madre, y col-

gándose de su cuello prorumpió en sollozos y amorosas lágrimas al apretar contra el suyo el rostro de aquella madre por tanto tiempo ausente y á la que adoraba mas que á las niñas de sus propios ojos. Parecia declarar con aquellos estremos el estraordinario dolor que habia martirizado su corazon durante la esclavitud de Ximena: y como si entonces recobrara súbito la vida y el placer, entregábase á la dulcísima conmocion que sentia.

Mientras la matrona de Castilla y su hija Doña Sol gozaban la una en brazos de la otra unas delicias que solamente la naturaleza puede producir, el Cid rodeado de los primeros gefes del egército se volvió á los soldados, y les dijo: = El gozo que os causa, valientes adalides, el triunfo

que he conseguido de un tirano, me declara abiertamente vuestro deseo de pelear. He querido, háme estimulado mi ambicion por la gloria á librar á Ximena de la esclavitud por mí solo, para manifestar á ese déspota feroz que Rodrigo de Vivar no necesita de ageno apoyo cuando ansia llevar á cima una accion gloriosa. Pero esto ha sido solo adelantarme algunas horas á vosotros: coger una hoja de laurel y dejaros el arbol para que os coroneis con sus ramas logrando nuevas victorias: ha sido enseñaros el camino del triunfo, porque tal es el deber de un gefe. Preparaos pues para correr al campo de batalla: no tardará en herir vuestros oidos el eco del clarin guerrero. ¡O España, ó dulce patria de los ánimos denodados! serás

libre, serás feliz. ¡Dichosos una y mil veces los paladines que mueran gloriosamente al pie de esas murallas combatiendo por la libertad: los siglos venideros repetirán sus nombres, y la gloria los escribirá con letras de oro en su templo!

Calló Rodrigo, y resonó el campamento con nuevas aclamaciones y gritos de entusiasmo. Como suele el mar agitarse y levantar sus olas con estrépito amenazando á las nubes y al abismo, y los solícitos marineros asiendo con sus manos las cuerdas amainan unos las velas, otros se ponen al remo, y todos en movimiento corren por el barco adonde el deber los llama, no de otro modo los denodados cristianos vuelan sin esperar señal alguna á sus cohortes, ordénanse en ellas y piden al

Cid por medio de sus gefes, que no dilate el asalto de Valencia. En este punto llegó un mensagero de la playa, y avisó al Campeador que acababa de llegar la poderosa armada del Rey Juzeph Tephin de Africa, con un egército numerosísimo que se disponia á saltar á la arena. Lejos de disminuir esta nueva el ardor del héroe, lo aumentó: recorrió el campo con increible presteza: alentó á los guerreros, y dividiendo en dos mitades sus fuerzas, resolvió asaltar con una la ciudad, y partir con la otra á la playa á batir el egército del Rey africano. Entonces reunió el consejo de los gefes, y les declaró su plan. Esperar á que se juntasen las falanges de Abenxafa al egército africano, hubiera sido poner en duda la victoria. Por des-

igual que fuese el número de los combatientes, aunque los castellanos las hubiesen con triplicados escuadrones, valia mas sorprender á los árabes y decidir la suerte de la batalla con una estratagema militar. Los paladines cristianos admiraron el arrojo y la pericia del Campeador, y juraron obedecer ciegamente sus órdenes, muriendo en aquel dia con gloria, ó coronándose de laurel.

Rodrigo de Vivar debe mandar personalmente el egército que se encaminará á la playa, porque alli existen los verdaderos peligros: todos desean acompañarle al campo del honor. Para satisfacer el ansia de aquellos héroes, determina e Cid decidir por suerte los que deben seguirle, y batirse con el Mo-

narca africano; y ofrece á los que han de asaltar la ciudad, que volará á socorrerlos en el punto en que quede vencedor de los recien llegados adoradores de Mahoma. Llama al caballero del Armiño y á Ordoñez de Lara, y les confia el mando de los escuadrones que han de acometer á Abenxafa: pero ellos se niegan á esta distincion, y el paladin del Armiño le dice asi.

= No rehuso, valeroso héroe, ser el primero que suba á la muralla y que plante en ella el real estandarte de Castilla; porque á mí principalmente toca cumpliros la palabra de poner á vuestros pies la cabeza del inicuo tirano que tiene encadenada á vuestra hija Elvira, y que decretó mi muerte. Debo tambien librar la vida de un bienhechor, del desgra-

ciado padre de Pelaez, si es que llego bastante pronto para estorbar que el filo de la espada sarracena se haya embotado en su pecho. Estos deberes me hacen recibir con regocijo el permiso de pertenecer á los valientes adalides que van á sembrar por Edeta el pavor y la muerte: pero si me glorío de poder acompañarles en tan hermosa jornada, no puedo admitir la honra de marchar á su frente. Acaba de llegar á este campamento un guerrero, en cuyo escudo brilla una águila de oro, y si mis labios pudieran revelaros los secretos que el honor no me permite descubrir, no vacilariais en darle el mando de las ordenadas haces. Pero llevad á bien al menos el que os le presente, para que pueda rendiros el homena-

ge de admiracion que se debe á los héroes.

= Impávido adalid, respondió Rodrigo con singulares demostraciones de gozo; un caballero presentado por vos merecerá desde aquel punto mi confianza.

Inclinóse respetuosamente el del Armiño, y ofreció volver al instante con su compañero de armas.

Resonó en breve el sonido de doce marciales clarines seguidos de cincuenta heraldos magestuosamente vestidos: tras estos venian lindísimos pages cubiertos de seda, todos donceles que apenas contaban quince abriles, y que caminaban al rededor del magnífico carro de plata, con ruedas de bronce, donde iba sentado el caballero del Aguila. Eran blancos como el ampo de la

nieve los bridones uncidos al carro, y parecian sus crines sutiles hebras de plata con los jaeces y las bridas de oro: estaba recamada de perlas preciosas la aurea celada del guerrero, llevando por creston un diamante que servia de broche y afianzaba las hermosísimas y nivcas plumas que lo coronaban. Atravesaba su pecho una rica banda: y al lado del águila que le servia de escudo se descubrian las armas de Castilla con una nube encima que ocultaba una corona real. Saltó del carro el paladin con la visera caida, y retembló la tierra con el peso de sus armas, que resonaron agradablemente por ser de plata: dirigióse luego con dignidad á Rodrigo, y abrazándole con cariño, le habló asi: = Vengo de lejanas tierras á

ver si la fama exagera las hazañas que de tan ilustre castellano pregona, y que ya se repiten de labio en labio por toda España. ¡Dichoso paladin! Tú has sabido ahogar la envidia en su cuna, é inmortalizar tu nombre con ilustres hechos de armas que repetirán los futuros siglos. Permite que permanezca incógnito, hasta que pueda alzarme la visera con orgullo, y envanecido con algun triunfo que consiga bajo tu estandarte: porque aunque fuese yo un monarca de la tierra, ¿con que título me presentaria á tan famoso Capitan sin mas empresa en mi escudo que unos timbres heredados de mis abuelos?

=Señor, le interrumpió el Cid, es demasiado penetrante vuestra voz para los pechos leales, y no es facil

desconocerla. Respeto el disfraz y la ocasion con que V. M. se ha dignado venir á vuestro campo: recibid de mi diestra siempre pronta á defender á V. M., á pesar de falsos aduladores, el baston del mando: y dictadme las órdenes que deba obedecer.

=Te engañas, Rodrigo, replicó el Caballero: y si no te engañas, te ordeno seguir como hasta aqui, siendo el gefe de tu egército.

Habló en seguida al oido al Campeador, y volviendo á subir en su magnífico carro en compañía del paladin del Armiño, corrió á ponerse al frente de los cristianos que ya caminaban hácia la ciudad, cuyos muros aparecian coronados de árabes ufanos con la llegada del Rey Juseph, que ya sabian.

El amable héroe de Vivar llamó á su esposa y á su hija para darles el último adios, por si perecia en un combate tan peligroso, en el que cada cristiano tendria que vencer á diez enemigos, ó morir. Aun gozaba la sensible Ximena de las caricias de su hija; aun estaban los labios de esta pegados á los suyos, y estasiada en el amoroso delirio de una enamorada madre vertia ardientes y consoladoras lágrimas. ¡Que dulce es llorar de gozo, de felicidad! ¡Que puro es este placer, y cuán superior á todos los que puede probar el corazon humano!

El mensagero de Rodrigo sacó de su delicioso enagenamiento á las castellanas, y corrieron á encontrar al mas tierno y virtuoso de los guerreros. Habíase vestido su mas rica

armadura, y brillaba en sus manos aquel acero aterrador tan temido en la pelea: sus ojos resplandecian con el fuego del amor, y una suave sonrisa entreabria sus labios.

= Adios, caras mitades de mi alma, esclamó, adios: parto á pelear. Cuando vuelva á vosotras, será para sentaros en el carro del triunfo, y conduciros à los brazos de Elvira.

Hablando asi, ciñó con los suyos el cuello de su esposa, que correspondió á la ternura de Rodrigo con iguales muestras. Y al querer asir el de Vivar con la mano en que empuñaba la espada la diestra de la matrona, cayó el acero en tierra. Asustóse con el ruido la Castellana, y dió dos pasos hácia atras: pero Rodrigo levantando el acero y vol-

viéndole á la vaina, tornó á acariciar á su consorte.

=Consuelo de mi vida, le dijo, no te aterres: el sonido de las armas debe ser grato á la compañera de un soldado. El deber me llama, y no es posible que me detenga mas tiempo. Si una flecha lanzada al azar, si un bote de lanza casualmente diestro me impiden tornar á tu presencia, cuida de nuestras hijas, y háblales sin cesar de su padre.

Conmovidas Ximena y Doña Sol al oir de boca del Cid estas razones, le estrecharon con mas cariño, bañando su rostro varonil con las lágrimas que abundantemente se desprendian de sus ojos. Reconociendo el guerrero que aquella escena afectaba demasiado su sensibilidad, se desprendió de repente del cuello de

su esposa, y corrió al campo apresuradamente con muestras de una agitacion violenta.

Ya los ordenados escuadrones al son de bélicos clarines se adelantaban á la playa: y el Cid saltando sobre su hermosísimo caballo, desnudó la espada, y se colocó al frente del egército. Volvió el héroe una y otra vez la cabeza, y vió á su esposa y á su hija puestas de pechos sobre una ventana, y haciendo estremos de desesperacion con el dolor de la partida. Suspiró Rodrigo pronunciando el dulce nombre de su consorte, y dando de espuelas al caballo, llegó primero que todos á la playa del mar. Iba á su lado Ordoñez de Lara, por haber nombrado para gefe del egército que habia de asaltar á Valencia al caballero

del Aguila en lugar de Ordoñez; y habiendo ambos reconocido las fuerzas del enemigo que habia ya saltado á la arena, comenzaron á dirigir el ataque. Rompiéronle los flecheros que fueron recibidos por los africanos con serenidad, ordenados en línea de batalla á lo largo de la playa y á la orilla misma del mar, donde se veían anclados los veleros bageles en que habian venido. Acometian los cristianos con su natural valor, arrojando una nube de flechas á los árabes, que lanzando alaridos y adelantando con rabioso denuedo hácia las falanges del Cid intentaban prevalidos del número cercarlas y ponerlas en fuga. No son mas firmes los promontarios donde se estrellan las olas del émbravecido océano, volviendo á caer en el

piélago insondable sin conmover sus peñascos, que valerosos y constantes aparecian los adalides castellanos, en cuyos bronceados cascos brillaban los rayos del hermoso sol. Pero los continuos refuerzos de los que descendian de los bageles y volaban á ausiliar á sus compañeros, hubieran desalentado a los héroes de Castilla, si no hubiesen visto relucir semejante al astro de la noche la lanza de Rodrigo de Vivar, que seguido de unos cuantos paladines, todos héroes, se abalanzó á los contrarios, y principió á sembrar la muerte por sus escuadrones, haciendo morder la tierra á los principales gefes. Y cuando atónitos los africanos ciaban besando ya sus plantas las humildes olas, y los castellanos los llenaban de terror con el grito de viva el Cid,

oyeron á deshora el marcial estruendo de cien guerreros clarines que atronaban los vecinos campos por una estratagema militar del de Vivar, para hacerles creer que se acercaba un poderoso y numerosísimo egército. Al verse rechazados con tanto arrojo, y creyendo que iban á caer sobre ellos triples tropas ausiliares, volvieron la espalda á los cristianos, y se encaminaron con precipitada huida hácia los bageles. Corrian por dentro del agua tirando las armas y sembrándola de despojos, mientras los guerreros de la Cruz los seguian, matando á los que alcanzaban, y obligando á otros á sumergirse en las olas, y buscar en su abismo la salvacion, si no hallaban en él su ruina.

En vano el Rey Juzeph montado

en soberbio caballo árabe y metido en el agua hasta el cuello del animal les mandaba replegarse á un punto, y retirarse con orden para evitar y economizar su propia sangre que coloraba el mediterráneo. Nada bastaba á detener en su carrera al Cid, que abalanzándose al Rey y dando muerte á los que le rodeaban y procuraban defenderle, gritó: = Ahora verás, orgulloso mahometano, si todo tu poder y el de la media luna son bastantes á libertarte de los furibundos golpes de mi acero.

Dice asi, y Juzeph aflojando las riendas al diestro caballo, le obliga á nadar por el piélago sembrado de cadáveres, respondiendo al de Vivar: = No seas tan arrogante, nazareno; que puede trocarse la for-

tuna, y apagarse la estrella que te guia á la victoria.

No son obstáculos para el Cid las olas, y apeándose de Babieca se precipita á nado tras el Monarca de Africa, y llega por fin á desnudarle la cabeza, tirándole la corona con el regaton de la lanza. Juzeph no halla entonces otro medio para salvar la vida que volver el rostro al Campeador, y decirle.

= No es honroso á los héroes triunfar de enemigos desarmados: si quieres derramar mi sangre ó conducirme atado al carro de tu triunfo, hazlo con honor. El último soy que me retiraba del combate, y no puedes tacharme de cobardía, aunque la suerte se me muestre contraria. Salgamos á la arena, y en pelea igual logra la gloria de ven-

cerme, si Alá te la concede.

= Acepto el combate, contestó Rodrigo, aunque no llevas mas objeto que dilatar una existencia que iba á finar en este punto.

Asió el Cid otra vez de la dorada brida á su caballo, y salió á la arena aguardando á su enemigo que le siguió con ánimo resuelto, esforzando su valor para pelear por la dulce vida.

Brillaba la playa á intervalos con los aureos cascos y pavonados arneses que yacian por tierra, y hollaban los pies caidos estandartes de la media luna casi sepultados ó desprendidos de los hastiles: aqui herian los oidos los lamentos de los moribundos, y mas allá resonaban cánticos alegres que entonaban los vencedores. Ocupábanse unos en des-

pojar á los cadáveres y amontonar ricas preseas y soberbias armaduras, mientras otros se vendaban las heridas ó reparaban las perdidas fuerzas apurando los zaques de suavísimo vino del Betis. Las olas se deslizaban blandamente, llegando á rociar en sus últimos momentos á los infieles africanos próximos á exhalar el postrer aliento lejos de su amada patria, donde dejaron á sus esposas y á sus tiernecitos infantes, á quienes no tornarán á ver sus ojos que se cierran para siempre. Y quizás antes de espirar presencian el espectáculo triste de ver á sus compañeros con las manos atadas á la espalda, y hechos esclavos por consecuencia de la victoria de los contrarios, y bendicen la muerte que va á libertarlos del prolongado tor-

mento de arrastrar unas cadenas tan pesadas é ignominiosas. Asi el hombre se entrega él propio á nuevos y acerbos infortunios, como si la naturaleza no le hubiese condenado á hartos dolores, y no naciesen de su constitucion física y moral continuos males.

Rodrigo de Vivar tomó un buen espacio de la playa despues de haber saltado sobre Babieca; y Juzeph, en cuyo trage remojado por las olas se ostentaba la riqueza de los orientales, abrochó con un diamante la túnica al pecho, púsose la corona de perlas preciosas salpicada, y aguijó al caballo con el sonoro látigo de oro. Encontráronse ambos combatientes en mitad de la carrera, y dirigieron la punta de su lanza á la coraza: pero la de Juzeph dando

contra la finísima armadura de Rodrigo, dobló su punta, y se rompió. Penetró la del héroe las siete planchas del mismo metal que defendian el pecho del africano, y cayó herido del bridon, lanzando un penetrante suspiro. El caballo árabe libre del peso de su señor echó á correr por la llanura mas veloz que el viento, relinchando una y muchas veces, y sembrando de espuma la arena. Juzeph afirmando las palmas de las manos sobre el suelo, procuró sentarse, y quitándose con la díestra la real diadema, la alargó al Campeador, y le dijo:

= Vencido estoy, y á ti entrego y rindo las insignias de mi poder. Toma, valiente nazareno; y si alguna compasion te inspiran mis desgracias, escucha las últimas pa-

labras que te dirijo. Tengo una esposa y un hijo que eran el consuelo y la delicia de mi existencia: mil veces les he rogado durante mi mansion en Africa, que sepultasen mi cadaver á la falda del Atlas, junto á un manantial cercado de pomposos árboles. Ellos me ofrecian cumplir mi mandato, é ir por las noches á mi tumba á platicar conmigo y á recordar los deliciosos dias de felicidad que juntos hemos pasado. No me prives de este único consuelo, héroe cristiano; si tu corazon es sensible y ha palpitado alguna vez por una hermosura, si eres padre y sabes cuán dulce es al alma este nombre, si en alguna ocasion se ha enternecido de gozo tu pecho al acercar tus labios á los frescos labios de una joven amada, concede

á mis parientes mis despojos mortales. Descenderán de las naves á recogerlos, y dando despues las velas al viento quedarás libre de esta armada en mal punto venida á las playas del mediterráneo.

Hablando asi se detenia á cada instante para esforzar el aliento, porque iban agotándose sus vitales fuerzas. Volvió los ojos al mar, miró los bageles vertiendo lágrimas, y alzándolos despues al cielo, dejó caer su cuerpo sobre la arena para nunca tornar á levantarle. Espiró el desdichado Rey, y conmovió con su muerte á los mismos cristianos, á quienes sus últimas y tiernas súplicas habian inspirado el mas vivo interes. Rodrigo de Vivar enternecido sobremanera con el ruego de Juzeph, porque en aquel punto re-

cordó la despedida de su esposa y de su hija, ordenó que uno de los soldados botase al agua un batel, y enarbolando una blanca bandera en señal de paz, corriese á las naves y dijese á la triste esposa de Juzeph que podia disponer del cadaver de su marido. La desgraciada reina habia subido á la popa del barco al ver la desercion de los fugitivos que se acogian á las lanchas, y esperaba en vano á su esposo muerto en descomunal batalla. Y cuando cesaron de llegar los que huían del combate, y no descubrió entre los venidos al Monarca, un involuntario temblor estremeció su cuerpo, y se sentó al lado del pequeño hijo que estaba asido á su manto, y preguntaba por su padre. El niño subió á sus rodillas al verla sentada, y comenzó á pro-

digarle caricias besando el rostro de la madre, y ciñendo su cuello con los delicados brazos brillantes con los brazaletes de oro que los cercaban.

Cuando el mensagero de Rodrigo dió la funesta nueva á la viuda, desmayóse al oirla, y solo recobró el aliento para manifestar con claras muestras el dolor de la herida que acababan de abrir en su pecho. Arrojó al mar el rico velo y las joyas que adornaban su cabeza, y tendiendo al viento sus hermosísimas melenas, cubrióse con ellas el rostro, y se puso en el batel del mensagero, llevando en sus brazos al hijo de su corazon. Precipitóse despues á la arena con increible presteza para abrazar al yerto esposo; pero al descubrir el cadaver, se

horrorizó, y detuvo la inmovil planta. El niño reconoció las facciones de su padre, y saltando de los brazos al suelo, se abalanzó á Juzeph, é iba á imprimir un beso en sus megillas, cuando observando que no se movia, y que no correspondia á sus halagos como otras veces, echó á llorar, y corrió á ocultarse de miedo bajo el manto de su madre, abrazado á su rodilla.

No pudo el ilustre Campeador tener á raya su natural ternura, y acercándose á la desesperada reina que se arrancaba los cabellos y hacia estremos de locura, le dijo: = Desgraciada señora, cesad de traspasar mi alma con vuestro llanto: os entrego el cuerpo del Rey para que le conduzcais á Africa, y le deis la sepultura que deseaba. Mis guer-

reros os ayudarán á colocarle en el batel.

Miróle la africana con ojos airados, y hubiera prorumpido en quejas y amargos denuestos, si un nudo que le apretaba la garganta no le impidiera pronunciar una sola palabra. Apartó con sus manos á los soldados que en cumplimiento de la orden del Cid intentaban levantar el cadaver, y abrazándolo con todas sus fuerzas lo puso en la lancha, y subiendo á ella en compañía de su hijo, desapareció con la rapidez del rayo.

Reunió el héroe de Castilla las falanges que celebraban con alegres músicas el obtenido triunfo, y se encaminó á las murallas de Edeta á ausiliar al egército que habia destinado al asalto. No bastaba haber

triunfado de Juzeph y haberle derrotado: era necesario aprovecharse de la victoria, y dar felice cima á la conquista de la ciudad, no dilatando mas tiempo el asalto. Por otra parte al verle los sarracenos vencedor del Monarca africano y con su corona en la diestra, debian quedar desalentados y rendirse con menos efusion de sangre. Al pasar el Cid por el arrabal donde se hallaban su esposa y su hija, saludólas con graciosos ademanes, y ellas que ya sabian su victoria, agitaron los pañuelos, y sonriéronse dulcemente en señal del placer que henchia sus corazones. Pero el héroe no quiso detenerse un solo punto, porque ignoraba los acontecimientos de los combatientes, y no tenia á buen agüero el silencio que reinaba en

los contornos y que manifestaba, sino la inaccion de los castellanos, al menos alguna suspension de armas, á la que los hubieran obligado militares estratagemas. Mas vémonos precisados á cambiar el lugar de la escena, para declarar al lector los sucesos que habian causado tan estraño silencio.

Hemos dicho en el capítulo trece, que cuando Abenxafa supo la partida de Ximena, mandó cargar de cadenas á su hija Doña Elvira, creido de que todo era obra suya: y llamando en seguida á Hamete á quien confiaba sus mas secretos pensamientos, descendió con el anciano al jardin, y le dijo: = La fortuna me abandona, sabio Hakim, y no cesan de caer sobre mí desgracias: ni sé qué hacer, ni qué resolucion

tomar. Mi esperanza de reducir al Cid á que me concediera treguas en una situacion apurada, se cifraba en el cautiverio de su esposa, á la que hubiera amenazado con quitarle la vida, si no le persuadia á que levantase el sitio. Pero se ha fugado, y ningun recurso me resta cuando mas le necesito. El pueblo se queja del hambre que padece: las calles estan cubiertas de los míseros que perecen por falta de alimento: mis tropas débiles y estenuadas; y los ausiliares no llegan. ¿Quien evitará una sublevacion, cuando los principales gefes que conocen la clemencia con que ese perro cristiano trata á los vencidos, arengan al pueblo en favor suyo, y le dicen que Alá los castiga por la muerte de Hiaya? ¿Quien podrá contener á este par-

tido sedicioso y ufano con mis infortunios? ¡Oh, Hamete! podia decirte que tú tienes la culpa de todo, tú que contribuiste á que saliera con vida de mi ciudad el gefe del egército nazareno: pero no quiero culparte, pongo en olvido lo pasado, y desprecio las negras sospechas que pérfidos palaciegos me hicieron concebir contra ti. Exijo sí de tu sabiduría que me saques á puerto con tus consejos de mis desdichas: indícame cómo debo portarme.

= Grande Abenxafa, respondió El-Hakim, el siervo del Profeta no debe mentir: Alá ha resuelto vuestra ruina, y mis consejos no pueden libraros de una tumba que se abre ya para tragaros.

=¡Bárbaro! gritó Abenxafa. ¿Sa-

bes que estás en mi presencia, y que me resta aun poder para despojarte de la miserable vida?

= Pues ¿por que me habeis preguntado mi opinion? le interrumpió el anciano en tono resuelto. ¿No han de herir los oidos del tirano sino dulces lisonjas? No, comience á percibir los acentos de la verdad, á medida que se aproxima su fin. Lo repito; no hay salvacion para el verdugo de Hiaya. ¿No veis vuestras manos tintas en su sangre? ¿No escuchais su voz que os amenaza, sus ojos que os miran con execracion, y que vibran rayos de venganza? Sí, desgraciado Rey: quedarás vengado antes que el sol se sepulte en los mares de ocaso: y escribiré en tu tumba: pereció tu asesino.

= ¡Traidor! gritó el Monarca de

Valencia. Mas El-Hakim habia desaparecido mas ligero que el viento, y se dirigia á consolar á la desgraciada Elvira.

= ¡Oh Dios! esclamó Hamete al entrar en la estancia donde habian sepultado á la doncella; nuestra muerte depende de un hilo. Pero ya el egército cristiano se acerca con precipitacion: viene á asaltar la ciudad, y los sarracenos se disponen á defenderla: no me separaré ya de vuestro lado.

Elvira inclinó la cabeza en señal de gratitud, porque agitada por dudosos pensamientos, no tenia valor para responder una palabra. Mas advirtiendo que Abenxafa se acercaba con pasos acelerados, hizo retirar al anciano al estremo oscuro de la estancia, y se dispuso para su-

frir el mas triste y funesto coloquio.

= Cristiana, dijo el tirano luego que puso los pies en el aposento, disponte para morir, que tal debe ser el destino de la vil muger que me ha arrastrado á mi perdicion. Aquel guerrero de la Cruz con quien te sorprendí, no era una sombra como me obligaste á creer, era mi indigno rival, á quien tú has vuelto á la vida con ensalmos. Mis soldados le vieron partir al campamento de tu padre, y le lanzaron una nube de flechas al pasar á nado el rio. Pérfida, tú has dado libertad á tu madre, tú has entretenido con tus dulces y venenosas palabras mi amor, tú te has reido de mí: pero ya trocado en ira el cariño, llegó tu hora, y morirás.

= ¿Y que me importa morir, res-

pondió la doncella, cuando tengo el placer de que hayan recobrado la ventura las personas que me son mas caras? Si tu rabia habia de sacrificar una víctima, si necesita sangre tu inhumano corazon, vierte la mia.

= ¿Y ni aun á negar te atreves, replicó el árabe, los cargos que te he dirigido, para consuelo mio?

= Ni los otorgo ni los niego, contestó Elvira. Sé que soy el blanco de tu furor, y no aguardo sino la muerte.

= ¿Y he de bañarme en tu sangre? Escucha: acaban de decirme que las huestes africanas han llegado á este mar, y que miles de soldados de la media luna discurren por las vecinas playas corriendo á socorrerme. Tu padre desesperado busca un asilo en esta ciudad, y se

dirige a asaltarla para librarse de los alfanges africanos. Pero hallará su sepulcro en estas murallas: que yo animaré á mis valientes sarracenos, y pereceremos todos antes que sucumbir. No pienses sin embargo que si la suerte de las armas me es contraria escaparás de mi venganza. Te conduciré al muro y á los peligros: y á la primera herida que reciba, envainaré en tu pecho mi acero: ó serás mia si venzo, ó morirás conmigo. Partamos.

Asió del brazo á la infeliz doncella asi hablando, y la obligó á caminar cargada con el peso de las cadenas, y seguida de Hamete que en vano empleaba su sabiduría para persuadir al déspota la clemencia. Rabioso y amartelado juraba cumplir al pie de la letra lo que ha-

bia ofrecido; y atormentaba á la Castellana con públicas afrentas y odiosos dictados: que de todo es capaz el amor lascivo. Mandó tambien para doblar sus dolores que condugesen á Gil Diaz y á fray Lázaro, y los ató con fuertes ligaduras colgados de las almenas de la muralla: y púsose junto á ellos al lado de Elvira, que con llorosos ojos y espíritu abatido veía á los cristianos acercarse á la ciudad.

Descubríase al frente de las falanges la aurea carroza de los caballeros del Aguila y del Armiño, semejantes al astro del otoño que brilla por la noche, y se distingue de las estrellas con su esplendor. Venian tras estos el Conde de Oñate y el denodado Nuño Cabeza de Vaca empuñando una descomunal

maza de armas: seguíanlos Arias Gonzalo, que sonreía con la delicia que le causaba la vista de la ciudad donde habia de repetir sus heroicos hechos de armas: el arrojado Don Alvar Salvadores, á quien una muerte gloriosa privaria de las dulzuras de la victoria: y el intrépido Ordoño condenado por la parca á no pisar las calles de la hermosa Valencia. Caminaban todos con la frente levantada y gozosos de ostentar su denuedo y su pujanza, hiriendo los aires con alegres gritos y amenazas á los sarracenos, que confiados en el socorro del Rey Juzeph denostaban á los castellanos desde las altas y débiles almenas que ocultaban á trechos sus cuerpos.

Los valientes caballeros tirando de la brida á los caballos, hicieron parar

la carroza, y saltaron á tierra desnudando sus limpios aceros relucientes como los rayos de la luna. Pero al ir á ordenar á los mas denodados paladines del egército para acometer con ellos á los musulmanes y arrimar las escalas á los muros, hirió sus ojos un espectáculo que los dejó inmóviles. Vieron anudados por la parte esterior de una almena y colgando de ella á los infelices fray Lázaro y Gil Diaz; y cargada de pesadísimas cadenas á Elvira, con la cabeza inclinada y colocado su cuerpo en el vacio que habia entre uno y otro torreon, como si sirviese de antemural al fiero Abenxafa que con el puñal desnudo estaba tras ella en ademan de embainarlo en su pecho. Horrorizóse el caballero del Armiño al observar el eminente peligro

que amenazaba la vida de su amada, y rogando al del Aguila que retardase con cualquier pretesto una sola hora el asalto, llamó á diez de los mas esforzados héroes, y partió con ellos despues de haberles declarado su idea. Eran estos Fernan Sanchez, Fernan Gonzalez, Don Alvar Salvadores, Nuño, Bermudes, Raimundo, Conde de Borgoña, Enrique de Besanzon, de la casa de Lorena, Gormaz, Berenguel y el conde de Oñate. Apearonse todos de los caballos, y siguiendo la línea de la muralla llegaron al Turia y á la parte por donde este rio entraba en la ciudad, y por donde habia poco antes atravesado al campamento del Cid el paladin del Armiño. Habian levantado los árabes un puente de barquichuelos, y abalanzándose los héroes á los

centinelas que le custodiaban, se abalanzaron á ellos con increible ímpetu, y arrojando los muertos en el agua, siguieron á nado la corriente del rio. Los sarracenos aterrados corrian por las calles creyendo que los acometia Rodrigo de Vivar, y reinaban el desorden y la confusion; y entre tanto los guerreros de la cruz con frente impávida y corazon valiente atravesaban la ciudad. Llegaron por último á la parte del muro que ocupaba Abenxafa, y los guardias que custodiaban sus espaldas por si acontecia algun tumulto popular, trabaron con ellos el combate mas sangriento. Mandábalos Alboraya, árabe valeroso, que rugia como el leon á la vista de los cristianos, y que estimulaba y enardecia con elocuentes palabras á sus compañeros.

Rodeábanle Almanzor, Abdelcadir, y el siempre vencedor Halí Abenaja, azote de los adoradores de la cruz en cuantos puntos fijaba la destructora planta, ora empuñase la maza ó el acero. Dirigió Halí la punta de su lanza al pecho de Don Alvar Salvadores, y pasando con ella la coraza de finísimo acero, bañóla en su sangre, y al caer el héroe resonó el suelo con el ruido de las armas: la espada del fuerte Nuño cortó á cercen la cabeza de Almanzor, penetrando por junto á la gola, y salpicó con la roja sangre el rostro de Alboraya, que redoblando su furor con la muerte de su amigo descargó un descomunal golpe en el casco del caballero del Armiño. Pero era tan fino el oro de que estaba fabricado, que al dar el acero sobre

él, saltó hecho pedazos sin hacer mella en el casco: el paladin rompió con el suyo la cota de malla del sarraceno, é hiriéndole junto al corazon, cayó de espaldas llamando á su amada Zoraida. Atónitos del valor de los castellanos los soldados de Abenxafa, huyeron precipitadamente, dejando libre la escalera que conducia á la parte del muro donde el feroz Abenxafa permanecia amenazando á la donosa Elvira. = Aguardaos, dijo el del Armiño, compañeros mios; si acometemos con este trage al tirano, posible es que al verse perdido clave su puñal en el pecho de la hija del Cid. Troquemos de escudos y de almetes: los guerreros que yacen tendidos por el suelo nos ofrecen este arbitrio; y fingiendo que nos retiramos, podre-

mos asegurar su brazo, y salvar la vida de la mas linda castellana.

Dijo, y desencajándose el yelmo de espaldas á sus amigos, se puso el de Alboraya adornado con una media luna de rubíes: é imitando su egemplo los demas paladines, dejaron tambien sus escudos en el suelo, y embrazando los que hallaron por tierra, se transformaron en mahometanos. Fingiendo entonces que retrocedian acosados por cristianos, subieron al muro precipitadamente, y asiendo con todo su poderío el caballero del Armiño el brazo de Abenxatá cuando mas lejos estaba de imaginarlo, lo apretó con tanto ímpetu, que abriéndose la mano con la fuerza del dolor, dejó caer el puñal en tierra. Ya en esto el paladin del Aguila que observaba los movimientos de

los sarracenos, habia presumido la victoria de su inmortal compañero de armas, y acercaba las escalas á la muralla, al propio tiempo que las trompetas del Cid le anunciaban vencedor de los africanos. Rodrigo de Vivar aguijó á su bridon, y con la bandera real de Castilla en la mano saltó por encima de la multitud de guerreros, y ascendió primero que todos al torreon, y enarboló el estandarte sagrado de la cruz, á cuyo espectáculo doblaron una rodilla sus falanges, y las marciales músicas resonaron dulce y armoniosamente al compas de los gritos de »viva España, viva el Cid, viva Castilla."

Entre tanto Abenxafa retrocediendo con la furia del leon, logró desasirse del paladin cristiano, y comenzó á correr por el muro mas ligero que

el águila cuando egerce sus rapiñas en la region de los aires. Siguióle el cristiano con increible ligereza, hasta que acosado el sarraceno, y no hallando camino por donde escapar, revolvió súbitamente, y denudando el acero, le dijo: = No huiré ya, perro nazareno: que vive Alá, he de vender cara mi vida.

= El caballero del Armiño soy, respondió este, el genio del mal para ti, el que asistirá á tu aciago fin. Déspota feroz, ¿no sabias que los tiranos tarde ó temprano sucumben al poder de la virtud? Con cien vidas no podrás pagarme los males que me has causado, los tormentos que ha sufrido mi corazon. Tú ordenaste mi muerte con la mas negra perfidia, tú acibaraste los dias del dulce objeto de mis amores, tú...

Los ojos de Abenxafa centelleaban al oir al caballero, y las furias y los roedores celos despedazaban su corazon. Cegábale su propio furor, y peleaba desesperadamente y á la ventura: el cristiano despues de haberle burlado una y otra vez parando con su acostumbrada destreza los golpes de su espada, logró segundar un fendiente en el medio del casco, y dividió la cabeza en dos mitades. Espiró el tirano antes de caer: y el incógnito voló á romper las cadenas de Elvira, cuando el Cid y el del Aguila y los otros adalides se batian con los mahometanos. Aun logró pasar con su lanza al asesino del valiente Ordoño: y corriendo en seguida á la castellana, la tomó comedida y cortesmente en sus brazos. Descendió ligero por una de las es-

calas arrimadas al muro, la sentó en la carroza del caballero del Aguila, y aguijando con el látigo á los caballos, principió á correr hácia el barrio de Villanueva con el cadaver de Abenxafa arrastrando del carro. Una nube de polvo envolvia al héroe y á su amante al atravesar las filas de los regocijados guerreros que ponian en el último cielo de la alabanza el valor del incógnito paladin.

Rodrigo de Vivar volaba con el estandarte en la diestra los muros, y caían de ciento en ciento los cobardes adoradores de Mahoma que enarbolaron por último una bandera blanca en señal de rendicion.

El-Hakim-Hamete, ó por mejor decir el anciano Pelayo, corria con la espada desnuda y vertiendo lágrimas de gozo en seguimiento de los maho-

metanos. Exortábalos á que implorasen la clemencia del vencedor y no acrecentasen con una resistencia inutil el ardor de los castellanos. Encontróse con el Cid, y colgándose de su cuello descubrióle quien era; lo que ya sabia el Campeador por relacion del caballero del Armiño.

Cesó en aquel punto la matanza, y los principales gefes de los árabes se arrojaron á los pies de Rodrigo, suplicándole que perdonase las vidas á los infelices habitantes de Valencia. Exigióles el Cid que le entregasen á su hija, á Abenxafa, á Fray Lázaro y á Gil Diaz, sin lo que no queria oir propuesta alguna: y habiéndole dicho que el caballero del Armiño conducia ya libre á Elvira á los brazos de su madre, y que Abenxafa no existia, otorgó á los

vencidos la gracia que solicitaban, y desató á los desgraciados Fray Lázaro y Gil Diaz, que permanecian aun maniatados aunque separados de la almena. Dispuso en seguida que algunas falanges desarmasen á los moriscos, y regresó á sus reales á preparar la entrada de su egército entero en la ciudad.

CAPITULO ULTIMO.

La entrada triunfal.

Ximena y su hija regocijadas con el triunfo que el Cid habia obtenido del Rey Juzeph, permanecian en la ventana, aguardando con ansia nuevas de lo que pasaba en el asalto, cuando descubrieron una nube de polvo que se acercaba con presteza, cual si la impeliese un recio viento. Traslucian por entre la polvareda el brillo de la carroza, en la que el sol reflejaba sus auríferos rayos; y las castellanas esperimentaron una especie de conmocion, cu-

ya causa no era facil adivinar.

= Dulcísima Elvira, decia entre tanto el caballero del Armiño á la hija del Cid, tengo la gloria de restituirte al seno de tu adorada madre. ¿Podré lisongearme de merecer alguna recompensa?

= Valeroso joven, respondió la doncella, hemos tocado el término de nuestros infortunios. Y si las escenas que has presenciado no te han dicho los sentimientos de mi corazon, ¿podrán espresarlo mis palabras? Pero sin embargo, debo quejarme de ti en medio de los sacrificios que mi amor te ha causado. ¿Que dama ignorará por tanto tiempo el nombre de su caballero?

= Tienes razon, vida mia, replicó el joven sacudiendo con el látigo á los caballos para que corriesen

aun mas; tienes razon, y no deberias admitirme disculpa alguna, si no mediasen poderosos motivos. Queria deberlo todo á la gloria y al valor: y nada á mi nombre ni á mi cuna. Lo he conseguido ya: hame ofrecido tu padre que premiará con la mano de su hija á quien le entregue la media sortija de Abenxafa, que conservo, y su cabeza. Ves el cadaver del tirano barriendo el polvo y arrastrando por tierra detras de esta carroza: llegó pues el instante de mi felicidad; y vas á conocer que no es inferior á la nobleza de los condes de Castilla, de quienes desciendes, la generosa sangre que circula por mis venas. Sí, embelesadora doncella: despues de las borrascas que han agitado nuestro espíritu, lucen los dias de la bo-

nanza, los hermosos dias que alegra con sus rayos el sol.

Los ojos de Elvira miraron con dulzura á su amante, á aquel amante que á la virtud, al heroismo y á la mas ardiente pasion por ella unia los encantos y las gracias de la juventud. ¡Es tan natural amar lo que es amable! El mancebo lleno de polvo y de sudor, y tal vez con la armadura salpicada de sangre, dejaba ver por entre las barras de la viscra unos ojos hermosos y brillantes que retrataban al vivo la grandeza y sublimidad de su corazon.

Llegaron los caballos al edificio donde la dichosa Ximena los aguardaba impaciente, y saltaron con gracia ambos jóvenes de la carroza, corriendo á los brazos de la matrona de Castilla. No es posible pintar

con el colorido de la verdad esta escena; las almas sensibles adivinarán los trasportes y suavísimas conmociones que esperimentaron la madre y las hijas al verse reunidas despues de una ausencia que acibaró por largo tiempo su dicha. Estrechándose suavemente unas á otras, imprimiendo en sus frescas y coloradas megillas ósculos de amor, y uniendo sus labios de rosa, desahogaban la natural alegría que las agitaba, aquel gozo que todos sentimos, y que sin embargo ninguno acierta á definir. La presencia del obgeto amado daba incremento á la sensibilidad de Elvira, que halagando á su familia y sacando á plaza su ternura, manifestaba que no podria menos de ser una esposa cariñosa la que era hija tierna.

En medio de estos trasportes y halagüeñas fruiciones, hirieron súbito los oidos las pisadas de los caballos que junto con el resonar de las armas de los paladines dejábanse oir á larga distancia. Apeáronse el Cid y el caballero del Aguila, á quienes seguian algo zagueros Ordoñez de Lara, el anciano Pelayo, el Conde de Oñate, fray Lázaro, Gil Diaz y la flor de la caballería castellana. Todos se abrazaron, y tributaron rendidos parabienes á Rodrigo de Vivar, á su esposa, á sus hijas y al guerrero del Armiño. Este valeroso mancebo clavando en la punta de su lanza la cabeza del tirano odioso, la puso á los pies del Campeador, y dándole la media sortija que tenia guardada, se alzó la visera, y habló asi: = Soy Don Ra-

míro, hijo de Don Sancho García, poderoso Rey de Navarra, como estais mirando. La fama de vuestro valor, la gloria de que habeis cubierto vuestro nombre inmortal, y el ansia de distinguirme con heroicos hechos de armas me sacaron de mi corte para asistir al último torneo que celebrasteis en una de vuestras villas. Los ojos de vuestra hermosa hija fijaron mi suerte, y juré seguiros á todas partes, y ser su caballero para conseguir fama y amor, no por el lustre de mi nacimiento que debí al acaso, sino por mis sentimientos y por mis obras que son adquisiciones mias. Tengo el placer de que la propia sorpresa que os causo con esta declaracion, cabe tambien á Elvira: porque hasta ahora ha ignorado mi clase y mi nom-

bre. Reclamo la palabra que disteis de casarla con quien os entregase las dos prendas que acabo de poner á vuestra disposicion.

= Y si olvidando las pasadas injurias, algun cariño me profesa el Cid, añadió el guerrero del Aguila, alzándose igualmente la visera, le ruego que apruebe este matrimonio.

= Señor, esclamaron todos á una voz doblando las rodillas; ¿por que ventura gozamos el placer de ver á nuestro Rey Alfonso, al Soberano de Castilla?

= Levantaos, respondió su Magestad, unos guerreros como vosotros á nadie deben humillarse. Voy á esplicaros la causa de mi venida. Nadie ignora que los poderosos enemigos de Rodrigo de Vivar, los lisongeros cortesanos me obligaron á

desterrarle de Burgos, pintándome su fidelidad como sospechosa, y dando á cada uno de sus triunfos el nombre de traicion. Engañado y deslumbrado con falsas apariencias que miradas desde el trono parecian realidades, consentí en su destierro, aunque con ánimo de averiguar por mí propio la verdad. Habíanme dicho que en el sitio de la hermosa Valencia habia enarbolado un estandarte distinto del de Castilla, y que mis reales insignias y bandera habian sido holladas y arrojadas á una hoguera: he venido á presenciar este desacato, ó á certificarme de la calumnia, como es en efecto. Te prometo, valiente Cid, que será mas cruel la venganza con que satisfaré tus agravios, que los tormentos y penurias que habrás sufrido

lejos de tu patria y de tu amable familia, buscando con la espada en la mano ocasion en que mostrarme la lealtad de tus sentimientos.

= Señor, contestó el Campeador, á Dios plazca que mis contrarios sean tan felices como deseo. Lejos de nosotros la venganza; pues la mas noble que podia tomar consistia en desengañar á mi Soberano, y ponerle de manifiesto mis acciones. Vuestra es la ciudad que acabo de conquistar, y la mano de mi hija del Infante Don Ramiro.

= Generoso héroe, replicó enagenado el Monarca, te nombro alferez de todas mis tropas, y mando que desde hoy se llame esta ciudad Valencia del Cid. Resuelvo ademas ser el padrino de la boda de tu hija con mi querido amigo.

= Albricias pido, gritó Gil Diaz acercándose á Elvira. ¡Válgate San Andres! ¡y quien habia de decir que anocheceria con torreznos y almíbares unos dias que amanecian con lágrimas y mortajas!

= Te mando, contestó Elvira, un real por cada azote de los que descargó sobre tus costillas el despiadado Vellido. Con que haga el buen Gil la cuenta, y tráigala ajustada, que yo le pagaré real sobre real.

= Benditas sean, dijo alborozado el escudero, las manos que tal me pusieron, y déjenme tomar el pulso á la cuenta, que á buen seguro que no he de equivocarme.

El caballero del Armiño descubrió á Pelayo, y corriendo adonde estaba, le abrazó y presentó al Soberano de Castilla, llamándole su li-

bertador y el único á quien debia la existencia. Todos tributaron los mayores elogios al anciano, á cuyos ojos asomó una lágrima arrancada quizás por la memoria de su hijo.

En esto el Rey Alfonso principió á repartir mercedes á los guerreros que mas se habian distinguido en el asalto, dando á unos títulos, á otros pueblos, y á fray Lázaro permiso para levantar un convento de su orden con el nombramiento de Abad perpetuo. Prodigó repetidas caricias con amable franqueza á la esposa y á las hijas del inmortal Rodrigo de Vivar, diciéndoles que envidiaba su gloria y su felicidad al verlas unidas con los lazos del parentesco á un héroe que al valor y á las virtudes guerreras y cívicas

añadia la amenidad y la cortesanía en el mas alto grado.

El sol despedia brillantísimos rayos de luz desde el cenít, dorando las almenas y agujas de Edeta, cuando los héroes castellanos resolvieron verificar su entrada triunfal en la ciudad. Adornáronse con las mas ricas corazas y con los cascos de gala coronados con marlotas de variados matices, y empuñaron las lanzas con cuentos ó regatones de luciente bronce y con hastiles de box. Los soldados se vistieron los almillos y pespuntes de piel de leopardo y de leon, y acicalaron el alto creston de sus celadas con plumas pintadas ó con pequeñas águilas de acero.

Tendieron al viento los sagrados estandartes de la Cruz; y los clari-

nes, atabales y trompetas unidos á los alelíes y añafiles rompieron con estruendo la marcha militar. Llenaban el aire gritos de entusiasmo y voces de alegría en que prorumpia el egército entero victoreando á la patria, al Rey de Castilla y á Rodrigo de Vivar. Los gefes en sus cifras y preseas declaraban la parte de los peligros que les habia cabido en el combate, y todo respiraba el ardiente amor á España y á su libertad que alentaba en los pechos castellanos.

Los feraces campos que regaba el Turia, y en cuyas floridas praderas se elevaban los muros de Valencia, aparecian entonces coronados con los frutos del estío y matizados de hermosísimos tapetes de flores. Unidas

las ramas de los árboles que á una y otra parte del rio estaban plantados, corrian las aguas bajo un toldo de verdura que aumentaba la frescura y amenidad de tan delicioso sitio. Eran tan puros y trasparentes los cristales del Turia, que se veían en su fondo las guijas que lo alfombraban interpoladas de graciosas conchas y caprichosos mariscos.

Al llegar el egército de Castilla á las puertas de la ciudad, descubrieron una banda de alegres dulzainas que salian á regocijarles, por ser la música del pais, y el festejo mas grandioso que imaginaron los moriscos para recibir al vencedor. Donosas y apuestas moras, de las que ninguna pasaba de quince años, vestidas de blanco y con una especie

de sobrevestes azules veíanse ordenadas al lindar mismo con las llaves de oro de las puertas en un rico azafate de plata: otras llevaban en la mano lindos ramos de azucenas, palomas inocentes y pomos de agua de rosa.

Entraron los flecheros magníficamente engalanados y ordenados con un arco en la mano y su carcax al lado, cuyas flechas resonaban dulcemente al andar: seguian á estos los lanceros del Cid, cuyo lujo oriental y estremadísima bizarría daban claras muestras de la riqueza y poderío de su señor. Venian tras estos trescientos trompeteros atronando con el marcial sonido de las trompetas, cubiertos de telas coloradas y con bronceados almetes, y anun-

ciando que se acercaba el inmortal Rodrigo. Quinientos pages vestidos de seda azul, con aureas palmas en la mano, y de los cuales el uno traía la corona real de Juzeph Tephin vuelta hácia abajo en señal de vencimiento, otro la espada de Abenxafa y distintos despojos ganados en el campo de batalla, rodeaban la carroza de oro, con ruedas de plata, donde iban sentados el Cid y su esposa. A los pies del arrogante héroe de Vivar yacian la diadema y cetro del vencido monarca Abenxafa, y empuñaba el paladin el real estandarte de Castilla. Su preciosa armadura, el riquísimo trage de su esposa brillante como la luz del dia, los aureos jaeces de los bridones, y sus riendas engastadas de perlas pre-

ciosas dejaron deslumbrados y atónitos á los edetanos que apenas creían á sus propios ojos.

Al pisar los caballos el lindar de la puerta, resonaron súbito las dulzainas y deliciosas músicas, y detuvieron las doncellas la carroza para entregar al héroe las llaves de la ciudad. Vertieron tambien los pomos de agua embalsamando el aire con suave fragancia, y ofrecieron arrodilladas á la matrona cristiana los ramos de flores dispuestos con este objeto. Colocáronse en seguida al rededor del carro para conducir unas los caballos, y danzar otras al compas de las dulzainas, dando repetidas muestras de su agilidad y destreza. Entonces los soldados de las falanges de Rodrigo que llena-

ban las vecinas calles entonaron el siguiente

CÁNTICO.

CORO.

Vírgenes hermosas,
Festivas ceñid,
De lauro y de rosas
Las sienes del Cid.

Voz 1.ª

¿Que ninfa tan linda
Los aires rompió,
Sus alas doradas
Desplegando al sol?
El dulce amor patrio,
Infante gentil,

La tea agitando,
Le sigue feliz.

CORO.

Virgenes hermosas,
Festivas ceñid,
De lauro y de rosas
Las sienes del Cid.

Voz 2.ª

Cayó el cruel tirano que oprimia
De la fertil Edeta
La ópima y floreciente pradería.
Sobre su tumba se levanta augusta
La libertad de España,
Y á los campos que el aureo Betis baña
Nuncia con voz robusta,
Que doblarán sus hijos la rodilla
Ante el soberbio carro de Castilla.

CORO.

Vírgenes hermosas,
Festivas ceñid,
De lauro y de rosas
Las sienes del Cid.

Voz 5.ª

Cuando oscuro muere,
¿Que le resta al hombre?
Perece su nombre
En el polvo vil.
Dulce es morir, dulce
Al sol reluciente,
Y ostentar la frente
Con heridas mil.

CORO.

Vírgenes hermosas;
Festivas ceñid,

De lauro y de rosas
Las sienes del Cid.

Voz 4.ª

Por ti, ó patria, se lanzan los guerreros
A la sangrienta liza
Cuando tu fuego atiza
Sus corazones fieros.
Retiembla el suelo con el son horrendo
De sus nudos aceros:
Y el movimiento de su casco de oro,
Y del peto sonoro
Compone una armonía
Mas suave y dulce al pecho valeroso,
Que al rayar en el cielo el albo dia
Del ruiseñor el canto melodioso.

CORO.

Vírgenes hermosas,
Festivas ceñid,

De lauro y de rosas
Las sienes del Cid.

Voz 5.ª

¡Quien me diera rasgar el denso velo,
Que encubre los arcanos,
Y cantando anunciar á los hispanos
Sus futuras hazañas!
Un dia brillará, lo juro, ó patria,
En que libre del árabe insolente
Alzes la altiva frente
Al alto olimpo, y estremezca al mundo
El valor de tu brazo furibundo.
De lauro entonces y arrayan ceñida
Sobre nube de plata
Te elevarás á la region del viento,
Y las naciones todas humilladas
Si pretenden gozar de tus miradas
Habrán de alzar el rostro al firmamento.

CORO.

Virgenes hermosas,
Festivas ceñid,
De lauro y de rosas
Las sienes del Cid.

Montadas en soberbio palafren y servidas de lindísimas esclavas seguian á sus padres las bellas hijas del de Vivar acompañadas por el Rey de Castilla y el Infante de Navarra, Don Ramiro, armados de punta en blanco. El Soberano llevaba la visera caida y el escudo del Aguila conservando el incógnito, pues de otro modo deberia haber ocupado el asiento principal de la carroza. Asian uno y otro caballero las bridas de los palafrenes de las donce-

llas, y recibian los aplausos de la multitud con señales de gratitud y cortesanía. Tras estos aparecian los guerreros de mas nombradía del egército capitaneados por Ordoñez de Lara, y cerraban la marcha Gil Diaz y fray Lázaro, riendo el uno con los carrillos chispeando de puro colorados, y echando bendiciones el otro á la atónita plebe que le observaba con admiracion.

Rodrigo de Vivar acabó sus dias en esta ciudad, despues de haber regresado á Castilla el Rey Alfonso, y haber celebrado las bodas de Doña Elvira con el Infante de Navarra. Ordoñez no quiso nunca casarse, y murió en Burgos, habiendo acompañado el cuerpo de su amigo al monasterio de San Pedro de Cardeña, donde murió Ximena.

Gil Diaz, recibidas muchas mercedes de sus señores, casó con una linda valenciana, con la que pasó una vida laboriosa y alegre: y fray Lázaro espiró despues de muchos años en olor de santidad.

Pelayo, tuvo el consuelo de levantar un magnifico sepulcro á su hijo, y consiguió que le enterrasen á su lado cuando llegó el fin de su vida.

INDICE

DEL TOMO SEGUNDO.

CAPITULO NONO. *La aparicion.* 3

CAPITULO DÉCIMO. *El asalto de Villanueva.* 36

CAPITULO UNDÉCIMO. *Los dos enamorados.* 69

CAPITULO DUODÉCIMO. *Los embajadores persas.* 112

CAPITULO DÉCIMOTERCERO. *La sorpresa.* 148

CAPITULO DÉCIMOCUARTO. *El Cid y Ximena.* 188

CAPITULO DÉCIMOQUINTO. *El caballero del Águila.* 230

CAPITULO ÚLTIMO. *La entrada triunfal.* 286

NOTA DEL EDITOR.

A esta novela seguirá otra tambien original española y escrita por el mismo autor, titulada: *Juana y Enrique, Reyes de Castilla.*

Dos son los obgetos que tuvo el autor al escribirla; el uno moral y el otro político: manifestar cuán infeliz es una familia, cualquiera que sea su rango, que se separa de la virtud y falta á los sagrados juramentos del matrimonio. En el Cid acabamos de ver dos esposos afortunados con el amor y el cumplimiento de sus deberes: en la novela que anunciamos, las mas acerbas desgracias son la consecuencia del rompimiento del lazo conyugal.

La pintura de las revueltas de Castilla, la ambicion de los corte-

sanos y los vicios de algunos de ellos componen un cuadro bastante exacto de lo que era entonces un palacio.

Saldrá adornada con hermosas láminas: y la edicion será igual á la de esta novela.

En las mismas librerias donde se encuentre esta se hallará la siguiente.

GRECIA, Ó LA DONCELLA DE MISSOLONGHI: novela histórica original, de la última guerra de los griegos, escrita *por Estanislao de Cosca Vayo.* Dos tomos en 16.° de bella edicion con hermosas láminas.

Cuando obstáculos insuperables se oponen al amor, tales como una patria y un culto distintos, entonces es inconcebible el interes que inspira esta pasion combatida por el deber. Esta es la situacion de la doncella de Missolonghi: los sentimientos religiosos, el convencimiento de que todo debe sacrificarse á la reli-

gion y á la virtud, detienen sus pasos por mas que la naturaleza con irresistibles prestigios le presente el veneno del amor cubierto con bellas flores.

El entusiasmo de una nacion valerosa y los prodigios que ha obrado por espacio de diez años, la lucha de las pasiones morales, la diversidad de las opiniones y el odio nacional de dos pueblos enemigos, todo se ha utilizado en este escrito, cuyo interes supera á cuantos encarecimientos pudiéramos hacer.

Precede á la obra un analisis completo de la guerra de los griegos desde que estalló en 1820, hasta diciembre de 1830, en que se juzgó concluida. Está escrita la novela en un lenguage puro y castizo que hace mas recomendable su lectura.